

José Luis Muñoz

el sabor de su piel

*El libro más erótico
de José Luis Muñoz,
ganador del premio
"La Sonrisa Vertical"*

Hernán, Borja y Leticia, tres amigos del instituto, constituyen el triángulo amoroso perfecto.

Los dos adolescentes varones exploran con su sensual y abierta amiga los misterios placenteros del sexo en una búsqueda de la felicidad total a través de la exaltación de los sentidos.

José Luis Muñoz escribe su novela más carnal desde *Pubis de vello rojo* y describe la evolución de estos tres personajes a lo largo de los años a través de su relación con el sexo con una prosa sensorial que arrastra al lector por la geografía de los cuerpos en sus delirios amorosos.

El sabor de su piel es una narración en la que lo carnal impone sus leyes y la sacralización de la actividad sexual deviene el fundamento del erotismo. Una novela de amor, camaradería y sexualidad en la que los tres personajes ponen el sexo en la cúspide de sus vidas y gozosamente se sacrifican por él.

José Luis Muñoz

El sabor de su piel

La


Proyecto
Scriptorium


www.epublibre.org

Aniversario

siempre marca el tesoro...

*El erotismo es una creación intelectual
que los animales desconocen. Es la acción
intelectual más popular.*

Bigas Luna

Surgió impetuoso del caño
Como agua espumosa de la fuente
Despeñóse por ambos montes
Cruzó plácido por la hondonada
En busca de la mágica sima
Río blanco de placer

Carpe diem

—Borja se muere. Quedé con el teléfono suspendido en la mano, silencioso, mientras trataba de recordar nuestras caras, las de los tres, puesto que, de común acuerdo, siempre desistimos de hacernos fotografías que no harían otra cosa que acrecentar nuestra nostalgia con el paso del tiempo y una foto siempre es maldito pasado que ya no vuelve. La cara de Borja alargada, como un cuadro de El Greco; la mía, algo cuadrada; la de Leticia, redonda, como su cuerpo, con un delicioso hoyito en la barbilla como los hoyuelos que tenía al final de su espalda e inicio de su precioso culo. Su voz, todavía muy dulce —la edad y las circunstancias no quebraban el tono agradable que tuvo siempre, suave, bajito, aun cuando proponía las mayores procacidades—, me hizo volar una veintena de años hacia atrás, cuando las arrugas eran algo surreal que les pasaba a los otros y nosotros éramos jóvenes irredentos que nunca envejeceríamos y, por supuesto, inmortales. Patricia me miraba, desde el otro extremo de la sala, y me interrogaba con los ojos mientras yo era incapaz de soltar una sola palabra de aliento y me sentía desconcertado con el auricular en la mano. Percibía hasta mis pulsaciones en la muñeca y el batir de la sangre en las sienes.

Cuando alguien se muere no se sabe nunca qué decir para paliar una situación que no admite paliación posible, y por esa razón permanecí mudo. Toda desgracia es relativa, menos la muerte. ¡Qué desvalida debía de sentirse Leticia para recurrir a mí en ese momento tan triste! O quizá era que seguía firmemente enamorada, como al principio, o que yo continuaba siendo el mejor amigo que tenía Borja, su referencia viva, lo que le recordaría a él. Acerqué el auricular a mi boca e invoqué mi voz. No salió. Solía pasarme en momentos de tensión: las palabras huían de mi mente y esta se quedaba en blanco, o, cuando ya tenía las palabras en la punta de la lengua, esta se mostraba reacia a soltarlas, se convertía en un inútil miembro parapléjico que me llenaba la garganta y me ahogaba. Algo así me sucedió. Estuve frío y distante y, mientras hablaba, me escuchaba y me decía a mí mismo que esas no eran las palabras adecuadas para consolar a una chica que, el que se iba y yo, que me quedaba, habíamos compartido apasionadamente una buena racha de tiempo y con la que tocar el cielo, saboreando su piel, se convirtió en algo corriente. Volví a sentirme como el canalla sin escrúpulos que era, cuando me acostaba con ella haciéndome pasar por otro y Leticia era un mero trozo de carne temblorosa a mi más absoluta merced, o cuando engañaba a Borja en sus propias narices y a muy pocos metros de donde él, ajeno a todo, peroraba, teorizaba, mientras ambos fraguábamos la traición impelidos por el deseo brutal de nuestros cuerpos.

—¿Estás segura? ¿Qué han dicho los médicos?

Los médicos eran los gurús de esta nueva sociedad que habíamos creado y de la que no estaba muy seguro de sentirme satisfecho. Procuraba evitarlos y demoraba años una ITV que debía ya pasar pues, estaba en edad de adquirir un bonito cáncer de próstata o ser usuario de un *by pass*. Mi pavor hacia la secta de las batas blancas, hacia sus reconocimientos, era tal que prefería salir a la calle desnudo antes de que uno de esos adivinos de mis posibilidades de futuro echara un vistazo a mis entrañas y me predijera el tiempo que me quedaba. Todos podíamos morir a partir de una cierta edad, y Borja no era más que un ejemplo de ello. Morir antes de los cincuenta era un fracaso, o una cobardía, o un acto de inteligencia.

—Le dan de vida un mes —la voz de Leticia se hizo ronca, se partió por los lamentos. Tuve la visión de sus ojos acuosos e imaginé el estremecimiento de su pecho. Esas noticias precisaban contacto de piel más que teléfono. La hubiera acariciado, la hubiera besado, pero no tenía otro instrumento en las manos que un frío auricular del que brotaba esa voz rota. Hubo silencio largo e incómodo. Si ella me llamaba era para oír una palabra de consuelo, para que yo le dijera *Ok. Voy para allá, cariño*. Pero no hubo nada de eso. Patricia me miraba, y me escuchaba, desde el otro extremo de la habitación, aunque no había censura en sus ojos sino simple curiosidad o preocupación por el gesto grave de mi cara que parecía estar leyendo como los sustos del diario de la mañana.

—De veras que lo siento. Si puedo hacer algo, ya sabes dónde me tienes.

Colgó.

—Borja que se muere —le dije a mi mujer, antes de que me lo preguntara.

—¡Dios mío! No creí que fuera tan rápido.

Murió con puntualidad treinta y dos días después de aquella llamada. Los médicos de la UCI eran como los hombres del tiempo, ya no erraban en sus proféticas predicciones: miraban la carne y podían decir cuando empezaría a descomponerse. Su esquila salió publicada en los diarios. Una nota laica, concisa, sin apelaciones al recuerdo y huérfana, por supuesto, del “rogamos eleven sus oraciones por el alma del difunto”. Al menos Borja fue coherente consigo mismo en esos últimos momentos en los que a muchos se les enciende en la cabeza la luz de la duda. Leticia no me llamó para darme la noticia. Fui al tanatorio de la mano de Patricia mientras mi madre se quedaba al cuidado de Paulina a la que le dijimos la verdad, que íbamos a visitar a un viejo amigo.

No había excesiva gente ni se mascaba el dramatismo. Recuerdo que el suelo brillaba, que reflejaba nuestras figuras pasando por él, que reproducía nuestros pasos después de que hubiéramos estampado nuestras firmas en el libro de condolencias de cubierta de cuero. Los recintos mortuorios hacía mucho tiempo que habían abjurado de su aspecto tétrico y eran antros luminosos que predisponían a la alegre locuacidad de los que en ellos se reunían para intercambiar recuerdos sobre el que ya no estaba y, en cierto modo, celebrar la vida. La arquitectura moderna, la luz y los espacios ajardinados habían sustituido a la tétrica suntuosidad de antaño en un intento de desdramatizar la muerte. Solo el pesado olor de las flores cortadas me devolvía a la realidad.

Yo siempre había sostenido la teoría de que en los funerales es donde verdaderamente están los que te aprecian y es una desgracia que el muerto no pueda levantarse para agradecer su presencia: los que acuden no esperan nada a cambio, reviven al muerto en sus charlas, se pellizcan con cierta alegría diciéndose que aún ellos están vivos, se mueren de hambre y lo

normal es que después de la inhumación se vayan a comer a la salud del difunto y todos alardeen de una salud de hierro, como si la muerte fuera contagiosa. Había algunos viejos amigos de facultad, ya sin pelo, o con el pelo blanco, o con barriga burguesa, y amigas con las señas crueles de la menopausia en sus cuerpos distorsionados en donde antes hubo curvas generosas que avivaban el deseo, y los escasos familiares que le quedaban a Borja, y su viuda, aunque nunca llegó a casarse con ella.

—¿No vas a verlo? —me preguntó Patricia.

—¿Me acompañas?

—Ya sabes que me desagrada.

Fui a verlo. Y mientras entraba en aquella reducida salita en la que Borja reinaba bajo un refrigerado vidrio, eché la cuenta de todos los entierros a los que ya había acudido, de qué proporción de muertos sobre vivos tenía entre mis conocidos: demasiados. No me desagradó contemplarlo. Los servicios funerarios del país se estaban poniendo a la altura de los del otro lado del océano; quizá es que vinieran técnicos con acento de Idaho y goma de mascar entre los dientes a instruir a los maquilladores de cadáveres y embalsamadores. Había muertos que tenían mejor aspecto que los vivos, que estaban más guapos, que dormían sencillamente y te inquietaban porque cabía la posibilidad de que abrieran un ojo y sonrieran. Ese era el aspecto del bueno de Borja. Sonreía. Alguien, quizá algún bromista, había dibujado ese rictus en su boca, en vez de alinear sus labios con la mandíbula y darle el aspecto solemne y dramático que las circunstancias requerían. Al menos no le han puesto corbata, me dije, mientras colocaba la mano sobre el glacial cristal que lo cubría y abandonaba la pequeña salita.

Estaba guapa Leticia, aunque la palidez de su rostro indicara las noches que se había pasado en blanco, llorando. Iba de oscuro, oculta bajo gafas de sol sus más que probables ojeras, y vestía un traje entallado negro que le confería un aspecto elegante y limaba su perenne sensualidad que hubiera estado fuera de lugar en aquel momento. Estampé breve beso en su mejilla helada y cogí unos instantes su mano huidiza. Ocupó, sola, el primer banco, a pocos pasos del ataúd, mientras un empleado de la funeraria tomaba un micrófono y desgranaba frases laudatorias acerca del finado —que me parecieron una aberración. ¿Qué demonios sabía aquel tipo de Borja? ¿Por qué esa cara de dolor? ¿Le pagaban también por simular honda pena?— y terminaba leyendo un poema de Rabindranath Tagore. Al fin y al cabo no morían de muy distinta manera los *progres* laicos que los católicos de conveniencia. En su último trance, antes de volver a la tierra, emulaban el ceremonial cristiano cambiando un cura por un funcionario, una oración por un poema. Me juré que en mis disposiciones testamentarias dejaría escrito que no quería ni una mala ceremonia, que, en cuanto mi corazón dejara de latir, fuera quemado sin más preámbulos y mis cenizas desperdigadas en la montaña, volver directamente a la tierra para evitar la violación de la putrefacción.

Desde el banco que ocupaba, en la tercera fila, podía espiar a Leticia sin que ella lo advirtiera. Tenía una visión lateral de ella. Y ella, a su vez, miraba de forma esquinada el féretro de caoba barnizada que presidía aquella función, en cuyo interior imaginaba a un Borja hierático con la cabeza reposando en un almohadón de terciopelo y las manos cruzadas sobre el estómago, con esa sonrisa que ya le quedaba para la eternidad.

—Está muy guapa —se me escapó, antes de que pudiera reprimir esa observación dicha en momento tan inadecuado.

—Hernán, por favor —fue la esperada reconvención de Patricia.

Tuvieron la mala idea de poner la *Marcha fúnebre* de Mahler. Ignoro si esa fue una última disposición de Borja, para imponer un poco de emoción al momento, o era el disco que tenían más a mano los del tanatorio. Resultaba imposible escuchar aquellas dramáticas notas, las más dramáticas y tristes de la historia de la música, sin derramar una lágrima y yo no quería hacerlo; seguro que a Borja le repatearía vernos a todos llorar. Gustav Mahler era el culpable de que se me empañara la vista cada vez que intentaba ver “Muerte en Venecia” de Visconti, cuando el vapor que conducía a Dirk Bogarde entraba en la laguna veneciana, y que las imágenes de la película temblaran en mi retina durante toda la proyección tras la cortina acuosa de mis sentimientos.

Lamenté no tener unos algodoncitos a mano para taponar mis oídos. Opté por cerrar los ojos, pero antes de hacerlo vi que Leticia lloraba. Un río de lágrimas se deslizó mejilla abajo, hacia la barbilla, quedó suspendido de ella, gota de dolor, hasta que debió caer al suelo. Seguí viendo esa lágrima con los ojos cerrados, el surco húmedo que había dejado en su cara, los labios abiertos, temblorosos y la punta de su nariz ligeramente enrojecida de sonarse. No fui a consolarla. Debiera haberla cogido del brazo, apretado suavemente su mano entre las mías. No lo hice sino que soñé con los tres e hice brincar del ataúd al bueno de Borja, como en los mejores tiempos, cuando nuestra piel no tenía mácula y la envoltura carnal de Leticia era ajena a las leyes de la gravedad y tocarla era una caricia para las manos.

Voluptatibus corporis

¿Desde cuándo conocíamos a Leticia? ¿Veinte años? La conocimos desde siempre, realmente, desde antes de verla, pues nuestro subconsciente, siendo muy niños, parecía haberla recreado con los atributos de la mujer perfecta, la mujer de nuestras fantasías, y ella fue el premio a nuestra imaginación, coincidió con lo que soñábamos. Si le hubiéramos pedido a un mago que nos trajera a la mujer ideal sin duda habría hecho aparecer con su varita a Leticia de su sombrero de copa.

Entró con nosotros en el colegio cuando era una niña de faldita plisada, calcetines de lana y tirabuzones que pasaba inadvertida entre las demás compañeras de clase. Entonces, por aquella época, los chicos no se juntaban con las chicas en sus juegos, formaban un clan aparte y despreciaban a esas lloronas que enseñaban las piernas rematadas en calcetines, dejaban rastros de su pelo en las mesas del comedor escolar y cuchicheaban entre ellas. “Odio sus cabellos largos” solía decir a quien me escuchara. Nada hacía presagiar su prodigiosa transformación de un curso a otro, máxime cuando nosotros permanecíamos iguales. Se marchó del colegio en julio, siendo una cría, y alguien nos la devolvió mujer al curso siguiente. Lo que sucedió aquel verano fue un misterio de la naturaleza. Se hicieron una serie de cábalas. Quizá descubriera el sexo, y de ahí esas redondeces exultantes que poblaban su cuerpo, y de ahí también sus andares provocativos. Quizá un amante la había moldeado a su gusto con sus manos, como alfarero con el torno, y había conseguido el milagro de hacer brotar sus curvas. Realmente se hizo otra en la adolescencia, cuando el cuerpo se estiró y se ensanchó siguiendo unos parámetros mágicos que la acercaron a la perfección femenina, a ese canon de belleza algo carnal que teníamos los adolescentes de las mujeres y venía dado por el hambre de ellas. Era como si aquella Leticia rolliza y con las mejillas sonrosadas picoteadas por los granos de acné que conocíamos, con la que compartíamos pupitres y exámenes sin prestarla excesiva atención, se hubiera metamorfoseado en una crisálida y de su seco caparazón hubiera brotado una hermosa mariposa, ajena a la larva, cuyas alas nos cegaban al revolotear. No lo hubiéramos creído si nuestros propios ojos no hubieran sido testigos de su prodigiosa transformación, si cuando el profesor pasaba lista y decía Leticia, ella contestara con un “presente” y todos nos volviéramos para mirarla.

Leticia no era como las demás chicas de la escuela, al menos para mí y creo que para todos los que llevábamos pantalones. Estaba en posesión de algo especial que la diferenciaba de todas, un halo mágico que la hacía sobresalir y volar por encima de sus compañeras de clase. Describirla resultaba tan difícil como empobrecedor. Ella era como un paisaje, al que un texto o

una foto no terminan nunca de hacerle justicia, porque faltan elementos inasibles que están en él y que no resultan transferibles si no se está exactamente allí, en ese lugar, a cierta hora, se capta la luz y se aspira la atmósfera. Tenía unos enormes ojos verdes, que deslumbraban al mirarla, labios anchos y mullidos, reventones, de fresa madura por donde debía correr la sangre con ímpetu, y un cuello largo, de cisne, que entoncaba aquella cabeza de belleza clásica, de virgen de Sandro Botticelli, ajena a cualquier pensamiento obsceno, con un cuerpo que estaba a la altura de los más sensuales desnudos de Modigliani, Renoir o Romero de Torres, los pintores que más se recreaban en la representación del cuerpo femenino, los que más lo veneraban con sus pinceles. Había un provocativo desgarro entre la dulzura e inocencia que irradiaba su cara y sus curvas voluptuosas, entre la espiritualidad de su rostro y la carnalidad absoluta que desprendía su cuerpo. En ese desajuste físico residía precisamente su irresistible encanto, en esa paradoja excitante de rostro y cuerpo, en que sus generosos senos, sus pronunciadas caderas y las recias nalgas que se intuían bajo sus vestidos —las muy visibles señas de identidad femeninas, de las que se sentía muy orgullosa porque la alejaban de la cría que había sido y le daban un innegable poder— no casaran con la inocencia de su mirada ni con la dulzura de sus sonrisas. Era como si a una niña le hubieran pegado el cuerpo de una mujer; el resultado era una mezcla explosiva, turbadora y pecaminosa.

Leticia era muy distinta a todas las chicas del colegio que atravesaban una adolescencia terrible, que eran delgaduchas, filiformes, de largos brazos, mejillas pobladas de acné y aparatos correctores en los dientes y se movían con desgarbada indolencia, sin controlar su cuerpo. Como de otra raza. La naturaleza le había allanado el camino para seducir al género masculino, le había regalado ese don, tan gratuito como efímero, y yo fui una de sus víctimas reconocidas, pero no la única. Los damnificados por sus encantos podríamos haber constituido un club.

Dejé que transcurriera todo aquel curso académico sin acercarme a ella, sin dirigirle la palabra, mirándola a escondidas y desviando rápidamente los ojos cuando temía que ella advirtiera mi babeante admiración. Otros lo hacían por mí. Especialmente los de los cursos posteriores, los que ya se afeitaban y tenían la voz cambiada que les permitía acceder a las películas no aptas para menores. Yo la observaba y a ella le gustaba coquetear con ellos, reír de sus estupideces, mirarlos fijamente a los ojos hasta que ellos los bajaban, sonreírles con estudiada malicia. Luego, cuando ella marchaba con sus característicos y estudiados andares —cruzaba las piernas al caminar, como lo hacían las modelos de las pasarelas, con lo que incrementaba el natural contoneo de sus caderas y ponía en marcha un incitante bamboleo de sus nalgas— yo pasaba cerca del grupo de zánganos embobados y escuchaba sus vulgares comentarios con rabia contenida.

—¿Te has dado cuenta cuando se ha agachado y nos ha enseñado las tetas?

—*Too much.*

—Me perdería en su canalillo.

—Me gustaría ser esa crucecita que lleva colgada del cuello.

—Meterle la polla en el escote.

—Hagamos apuestas de quien se la follará primero.

—Me parece que estáis todos equivocados. Leticia no folla. Tiene el virgo intacto.

—¿No? ¿Qué hace? ¿La chupa?

Me reprimía para no entrometerme en sus conversaciones y afearles la grosería de sus expresiones. Lideraba el grupo un individuo llamado Paulino Barrabés que años más tarde, ¡paradojas de la vida!, se convirtió en un escritor de éxito a base de novelitas pretendidamente sesudas y filosóficas que funcionaban como libros de esoterismo barato, un falso gurú cuyas idioteces encandilaban a un extenso club de lectores dentro y fuera de nuestras fronteras. Leticia era deseada por los grandullones del colegio con esa brutalidad masculina que es más boquilla que otra cosa; seguro que si ella les proponía acostarse con ellos se habrían arrugado al instante y les hubieran temblado las piernas. El sexo, para aquellos haraganes, se limitaba a una retahíla de expresiones audaces con que paliaban su falta de decisión y su incapacidad amatoria. Yo, por aquel entonces, no estaba en esa tesitura. En casa, cuando llegaba del colegio, me encerraba en mi cuarto, cogía papel y bolígrafo y escribía encendidos poemas de amor en los que, como máximo, me conformaba con tocar su mano o me perdía en el iris de sus ojos, reacio a mancillarla con un pensamiento que fuera más allá de su barbilla. Ella fue un amor platónico, una musa inspiradora de versos que ahora, al releerlos, juzgo de una cursilería insufrible y sirvieron de combustible para la chimenea de la casa que me compré en la montaña.

Empezó otro curso. Leticia fue el estímulo para que yo lo aprobara todo en junio ante la sorpresa familiar. No tenía a mis progenitores acostumbrados a esas hazañas académicas cuando era habitual que me dejara una buena cosecha de suspensos para septiembre, y mi padre me felicitó y hasta pidió a mamá que me regalara con el dulce que más me apeteciera: arroz con leche con una ramita de canela. El nuevo año aún le sentó mejor al físico de Leticia, el sol de la playa había pintado su piel de un bonito color tostado: había crecido en altura y sus redondeces, lejos de resentirse, resaltaban más en su cuerpo esbelto que parecía un instrumento musical dispuesto a ser tocado, resultaban más abruptas y tentadoras por el contraste.

Me turbaba su belleza y sospechaba que no era el único tocado por ese dulce veneno que destilaba la encantadora Leticia. Curiosamente su hermosura resultaba una losa, pues nadie en su sano juicio osaba acercarse a ella: el terror paralizaba la actividad predatoria de los machos prendados de sus encantos.

Se sentaba siempre con una amiga al lado, su compañera de pupitre, una chica feúcha y desgarbada, y sospechábamos que lo hacía para que el contraste físico fuera más brutal, pero no hacía falta que recurriera a semejantes artimañas. Yo procuraba sentarme detrás de ella y durante las clases no estaba atento a los logaritmos, a las raíces cuadradas, a la declinación de *rosa rosae* o a las traducciones de textos de Heródoto, sino a ella. Miraba su nuca tan próxima, que podía besar, fijaba mis ojos en las guedejas rubias de sus cabellos, suaves, que caían en cascada sobre sus hombros desnudos y redondeados —ya era gozosa primavera y ello nos permitía disfrutar de aquella parte deslumbrante de su anatomía—, y trataba de captar el aroma siempre agradable y fresco que despedía su cuerpo cuando levantaba el brazo para hacer alguna pregunta al profesor que lo desconcertaba, no por su contenido sino por la belleza de quien la enunciaba. El perfume de su cuerpo me enervaba. La visión de su axila depilada, de su torneado brazo, de su fina muñeca, de su delgada mano, me hipnotizaba, y su carne brillaba, era oro sobre terciopelo negro, luz sobre la oscuridad que la rodeaba.

—¿Es cierto lo que dicen de Alejandro Dumas, que utilizaba *negros* para escribir sus novelas? —hurgaba con un lapicero entre sus cabellos mientras miraba fijamente al profesor de literatura.

Tuvimos uno de los mejores profesores de literatura posibles con el que siempre me sentí en deuda, un tipo que simplemente nos decía que la literatura no estaba hecha para estudiarla sino para leerla, una obviedad que otros docentes solían olvidar y eran en parte culpables de la apatía libresca del país. Nos leía en clase fragmentos de novelas de Jack London, Emilio Salgari, Julio Verne, Robert Louis Stevenson y Joseph Conrad en vez de atosigarnos con los clásicos del Siglo de Oro que figuraban en el programa oficial. Era de mediana estatura, cuadrado, el pelo echado hacia atrás y lucía potentes gafas que acompañaban el rictus amargo de su boca. Luego supe que, cuando dejó el instituto y obtuvo una cátedra en la universidad, escribió un sinfín de libros, que se convirtió en el crítico literario más temido y odiado del país, pero yo siempre tendré una deuda de gratitud hacia él: junto con una biblioteca pública de la que fui asiduo lector —¡hasta recibí un premio por contumaz devorador de toda clase de literatura!—, la querencia paterna por los libros —los acariciaba, al sacarlos de los anaqueles, con la misma delicadeza que si fueran mujeres—, él fue el responsable de que miles de historias impresas en papel blanco me vampirizaran durante muchos años y deseara prolongar la vida simplemente para terminar mis lecturas pendientes.

—Y además Alejandro Dumas era negro, mulato —el profesor miró hacia el origen de la pregunta y juraría, mientras se acercaba a ella, con las manos en los bolsillos, una costumbre característica en él, que se le empañaban los vidrios de sus gafas—. Cuentan, en cierta ocasión, que el escritor de folletines cogió una gran depresión al enterarse de que su *negro* principal, el que debió escribirle “Los tres mosqueteros” o “El conde de Montecristo” —ahí compuso una mueca pícara que quería decir *no lo tomen al pie de la letra*— murió de repente para su consternación. Y estando desesperado por tan irremediable pérdida, tras acudir a su entierro, alguien llamó a la puerta de su casa. Abrió Alejandro Dumas y se encontró con un caballero al que no conocía de nada. Le preguntó qué era lo que quería, y aquel misterioso individuo lo tranquilizó: “No tiene por qué temer, señor Dumas, yo soy el *negro* del *negro* que acaba de perder”.

¿A qué olía Leticia? Olía a rosas, olía al mejor de los perfumes posibles, a ella misma, sin aditamentos, y mientras la olfateaba, capturando el aire que la tocaba, trataba de imaginármela todas las mañanas, cuando debía entrar desnuda en la bañera, abría el grifo y su cuerpo se sometía al rito diario de las abluciones, y entonces quería ser esa agua, despeñándose por sus pechos redondos —mientras la mayor parte de las chicas se rellenaban el sujetador con papeles o lucían tetitas escuchimizadas que las acomplejaban, Leticia ya destacaba por un pecho hermoso, poderoso, de bañista de Renoir—, rodando por sus muslos y besando sus pies. Progresivamente, y sin darme cuenta, la carne se abría paso en mi imaginación y una porción de mi cuerpo obtenía un extraño deleite de ello, sorprendiéndome y asustándome a la vez, conjugando al mismo tiempo placer y dolor por no saber cómo complacerla.

Leticia me enloquecía, aunque parecía ajena a mi ofuscación permanente. Realmente no había reparado en mí, yo no existía o eso creía. Nos enloquecía a todos, a los de mi clase y a los del curso superior a los que acudía para gorrearles pitillos clandestinamente y que seguían con sus comentarios vulgares una vez se daba la vuelta y se alejaba, y hasta a los hombres mayores que se volvían a su paso cuando se cruzaban con ella por la calle. Me acercaba, durante los recreos, pasaba por su lado, le pedía algún cromó, pero ella no parecía estar al tanto de mi pasión, no asociaba mi tartamudez al deseo terrible que me despertaba.

—Hernán, ya me pediste ese cromo la semana pasada y te dije que no lo tenía. ¿No tienes memoria? Además, yo ya no colecciono cromos. No soy tan niña.

A la vista estaba. Mi amor por ella había dejado ya de ser platónico para hacerse descaradamente carnal. Tras varios meses de inspeccionar científicamente mi propio sexo me había dado cuenta de que este no solo agradecía las ligeras caricias con que lo regalaba sino que imágenes de hermosas mujeres, vestidas o desnudas, alteraban inequívocamente su dimensión y dureza, que ese miembro que colgaba entre mis piernas era un barómetro de mi apetito carnal aunque todavía no era muy consciente de lo que podía hacer con él, de cuál era su lugar, cometido y finalidad.

Miraba a Leticia y me asaltaban una cascada de pensamientos lúbricos en los que ella, inevitablemente, aparecía semidesnuda, con los cabellos cubriendo parte de sus encantos —fruto de una pudibunda autocensura—, para terminar desnuda ya, sin tapujos, sonriéndome, invitándome a mirarla. Trataba de imaginar su cuerpo por la visión parcial que tenía de sus piernas, hombros o el perfil de sus senos delatándose bajo el vestido, imaginaba en mi calenturiento cerebro una Venus desbocada que movía su desnudez con elegancia y era insensible al terremoto que causaba a su alrededor. Mis poemas se volvieron osados, carnales, e inventaba un sinfín de absurdas metáforas para referirme a cada una de las porciones de su cuerpo comprometidas con la sexualidad, porque me producía pudor recurrir a sus nombres reales por la carga de descarado erotismo que llevaban implícitos. Su cuerpo era un territorio complejo con montes, bosques y valles, y yo era un caminante perdido por los pasajes de su piel, un escalador de turgencias siempre húmedas. Mataba el deseo frustrado de su carne con nocturnidad y alevosía. Bajo las sábanas de la cama me desnudaba por completo, tomaba mi miembro endurecido entre los dedos, duro durante toda la jornada de clase, duro mientras regresaba a casa, escudado detrás de la cartera, duro mientras cenaba, mientras orinaba, el enojoso indicador físico de mi pasión carnal, y lo acariciaba trémulo con la mano pensando en ella. ¡Al fin había descubierto su utilidad! La veía desnuda, tendida en un prado verde que era la cama voluptuosa en la que se hundía su cuerpo, con los senos brillantes, heridos por los rayos de sol, mirando al cielo y los muslos muy abiertos, mostrándome la puerta secreta de su cuerpo, una boca vertical que yo imaginaba bordeada por delicados labios, y mi mano, húmeda de mi propia saliva, se deslizaba una y otra vez por el tallo duro y convulso de mi pene hasta que el temblor se hacía insoportable y el semen brotaba imparable e inundaba la cama a falta de sus deliciosos muslos. La primera vez me sentí aturdido, asustado, contemplando aquel líquido blanco y espeso y creyendo que quizá fuera el fruto de una interna infección. Luego la lógica se impuso: el placer no podía derivar de nada malo.

—Si pudiera verterlo en tu cuerpo —soñaba en voz alta mientras sobaba mi pecho plano imaginando que las tetillas eran sus abultados pezones y manoseaba mi trasero pensando en el suyo.

Me cocía lentamente por mi propio deseo. Manchaba las sábanas. De niño las manchaba cuando me orinaba, a raíz de cierta incontinencia, y de adolescente lo hacía con mis ensoñaciones eróticas que no me daban respiro. No captaba por parte de mi madre, cuando las retiraba para llevarlas a la lavadora, ni el más mínimo reproche en su rostro. Simulaba que no veía esos lamparones amarillos, esas costras endurecidas, y hasta diría que se sentía orgullosa de

que aquel niño, al que ya le crecía el vello por el cuerpo, le brotaba la barba en la cara y tenía una voz ronca, se estuviera haciendo adulto a tamaña velocidad.

—Se está haciendo un hombrecito —le oí un día decir a papá.

—¿Por qué lo dices?

—Vamos, ya sabes por qué.

Tenía muy pocos amigos en la clase, pues siempre fui un tipo asocial e introvertido que sintió fobia por los clanes y no quiso nunca sentirse dominado por un líder. Uno de mis íntimos era Borja. Era el chico más empollón, sabiondo e insoportable del curso, una máquina perfecta de cálculo y una memoria capaz de retener los números del listín telefónico sin esfuerzo. Mientras otros se obsesionaban por ejercitar sus músculos y destacaban cruzando las paralelas o trepando por la cuerda, a él le importaba la salud de sus neuronas. Me solía sentar a su lado en los exámenes, para copiarlos, y él permitía mi trampa a condición de que la copia no fuera textual, que empleara sinónimos. Llevaba gafitas, era rubio y flacucho y tampoco quitaba la vista de Leticia a pesar de que a él sí le interesaban las explicaciones de los profesores. Me daba cuenta de que no se levantaba nunca hasta no verla a ella que se alzaba del pupitre, que observaba los movimientos ondulantes de su cuerpo cuando tomaba los libros bajo el brazo y cruzaba el aula para dirigirse a la puerta, y entonces él lo hacía, colocándose los libros por delante, exactamente como hacía yo. Supuse entonces que tenía el mismo problema, que la deseaba con tanta furia como yo.

Un día, en el recreo, no pudo más, y me habló de Leticia con pasión, lo que me llenó de sorpresa al haberlo considerado hasta entonces tan racional que solo la piel de los libros o las formas alambicadas de los números conseguían seducirle. Estaba equivocado. Bajo sus ojos de miope anidaba un tipo cuyas pasiones desbordadas entraban en liza con su intelecto.

—¿Para ti quién es la chica más guapa de la escuela?

—Leticia —contesté sin dudar—. No hay nadie como ella. Es espectacular. Es más que guapa. ¡Es la hostia! Tiene un cuerpo...

—Cuándo lo haces, ¿piensas en ella?

Enrojé. Sabía a qué se refería, por supuesto, pero no me atrevía a reconocerlo. Es más, estaba convencido de que los veintitantos críos de la clase la tenían en la cabeza mientras se aliviaban solitariamente. Moví la cabeza tras dudar de si era sensato asumir que cada noche me masturbaba pensando en aquella guapísima rubia de ojos como esmeraldas y divino pecho de bacante.

—Es tan guapa —dije, como excusa.

—Y está tan buena —movió la cabeza, como si le pesara reconocerse esclavizado por semejante belleza.

—Debe de tener los pechos grandes, redondos.

—Sí, con pezones abultados, de estrella —siguió él, al parecer animándose con las descripciones físicas a las que yo estaba dando pie.

—Y el coñito cerrado —la progresión era imparable. Nuestra osadía verbal ya no tenía fronteras. Estábamos al nivel de los haraganes a los que antaño criticaba. La teníamos enfrente, dentro de nuestro campo visual, tomando el sol del recreo en el patio, y carecía de ropa en nuestra imaginación.

—Húmedo, caliente, ligeramente pegajoso.

—¡No te pases! ¿Te has fijado como anda?

—Lo bien que mueve el culo. Derecha, izquierda, derecha, izquierda. ¡Vaya balanceo! Da vértigo mirarla.

—¡Joder!

—Sí, con qué gusto me la follaría.

—¿Tú también?

—Yo también.

—Creía que solo te excitaban las matemáticas.

—Y Leticia. Últimamente bastante más ella que todos los números. Leticia es Pí.

—¿Tres, catorce, dieciséis?

Nos la follábamos mentalmente varias veces al día. La veíamos siempre desnuda en el recreo, por muy pudibundo que fuera el vestido que la cubriera y muy cursis los calcetines que le tapaban toda la pierna. Cuando llevaba falda escocesa, cerrada por un gran imperdible, que le llegaba hasta la rodilla y tenía un excitante juego al andar —siempre me he preguntado por qué esas delicias textiles quedaron en desuso—, como cortinas bamboleantes que velaran el mayor espectáculo del mundo, nos imaginábamos que estábamos entre sus piernas y le arrancábamos las suaves braguitas de seda que debían seguir el contorno redondo de su nalga y cubrir su hermoso coño.

—¿Se lo besarías?

—Claro.

—¿Y no te daría cierto asco hacerlo?

—No, me excitaría, estoy seguro de ello, y a ella más todavía, y su excitación volvería multiplicada a mi cuerpo, por lo que la seguiría chupando.

—¿Podrías meterle la lengua dentro? —hice la pregunta horrorizado, enarcando las cejas con incredulidad.

—Por supuesto. Y mover mi boca alrededor de la rajita, dejando un rastro de babas.

—No te creo, cerdo.

Fantasear sobre ella se convirtió, de este modo, en una de nuestras principales distracciones. Hablábamos constantemente de Leticia en los ratos libres, cuando no pensábamos en los próximos y odiosos exámenes que se avecinaban, y se nos hacía la boca agua imaginando uno y mil detalles procaces de su preciosa anatomía; cómo la tocaríamos, después de desnudarla, como nos echaríamos encima de ella y nos correríamos tras un mete saca agotador por delante y por detrás, las mil maneras de estimular sus pechos con nuestras manos y labios.

—¡Es que es tan guapa, la condenada!

—Y está tan buena. Porque hay guapas que no están buenas, pero ella lo está, y de qué manera. ¡La hostia!

—Lo debe saber.

—¿Tú crees?

—Todas lo saben. Se miran en el espejo y se adoran. ¿Por qué crees que anda de ese modo? ¿Por qué sonríe con tanta frecuencia?

Íbamos a masturbación diaria. Los fines de semana aumentábamos el ritmo. Yo me encerraba largos ratos en el lavabo, me desnudaba, me la cogía ante el espejo y me la acariciaba una y otra vez excitándome cuando el semen brotaba disparado de la pequeña rajita abierta en el glande y

anegaba el lavabo. La visión de aquel líquido cremoso, fruto de mi lubricidad, me excitaba. Seguía acariciándome el miembro, con furia, lubricado con mi propia lefa, y no lo dejaba en paz hasta que me dolía, después de haberme imaginado a Leticia desnuda en todas las posturas imaginables, haciendo el amor con toda clase de tipos brutales y con aspecto patibulario o portuario que le estrujaban los pechos entre las manos y fustigaban sus nalgas, como la víctima inocente que despierta las pasiones en buena parte de los cuadros renacentistas, cuyas diapositivas nos ponía el profesor de Historia del Arte, y termina siendo violada. Una virgen lasciva y redonda entre faunos priápicos rendidos a sus encantos. Y yo espectador, pero nunca actor, que salía finalmente en su defensa y acuchillaba a todos sus mancilladores y me llevaba en brazos su cuerpo desmayado y húmedo tras tanta lujuria desencadenada con la aviesa intención de violarlo a su vez.

—¡Hernán! ¿No sales del lavabo? La cena está lista.

Tenían que notármelo en la cara. Era difícil de disimular esa pasión enfermiza que me devoraba como la más terrible de las obsesiones y frustraba cualquier pensamiento que no la tuviera a ella como objeto. Cerraba los ojos y la veía, etérea y luego carnal. Los abría y seguía viéndola, cada vez con menos ropa, con ligueros que abrazaban su muslo, con sujetadores que tenían la virtud de juntar sus pechos y moldear un sugerente canalillo, o transparentes combinaciones detrás de las que su cuerpo se desvelaba más que si estuviera desnuda. A veces la veía sentada en la mesa del comedor, a mi lado, como vino al mundo, comiendo el plato de pasta, tiznándose sus labios reventones con la salsa de tomate, limpiándose una pequeña mancha en su busto, junto al pezón, y sentía su mano suave trepando por mi pierna, buscando aquel bulto siempre fijo entre mis muslos, el molesto y visible testigo de mi deseo, con la intención de calmarlo.

“¿Todo esto es por mí? ¡Pobrecito!”, me decía, en mis fantasías mientras se acuchillaba entre mis piernas y me besaba precisamente allí. Imaginaba lo dulce que sería meterlo en su boca, lo placentero que resultaría liberar aquel río blanco y cremoso entre sus labios.

—Hernán, cariño, no comes. ¡Estás desganado últimamente!

No estudiaba. No vivía. No escuchaba lo que decían los profesores. Me bloqueaba ante los exámenes. Entregaba los trabajos en blanco. No tenía más ojos, más pensamientos, más deseos que para ella, y la sensual Leticia parecía vivir ajena a mis desdichas, ciega a mis miradas, impasible a mi pasión. ¿Qué debía hacer para que se diera cuenta?

—Hernán, ¿tienes los apuntes de *mates* del otro día?

Se había dirigido a mí y yo no acababa de creer que aquello realmente estuviera sucediendo. Soñaba en la cama y estaría a punto de despertarme para acudir al colegio, me dije. Pero era real. La olía y, si movía la mano, con la osadía que me faltaba, podía tocarla. No tenía los apuntes, ¡maldita sea! ¿Cómo iba a tenerlos si no hacía otra cosa que pensar en ella y el bolígrafo pendía inmóvil de mi mano cuando el profesor explicaba la materia mientras el pene duro amenazaba con trepanarme el pantalón? Cómo la deseé aquel día, y qué cara de idiota debí poner, con mi silencio, mientras mi mirada se perdía en sus hermosísimos ojos, en su sensual boca, no osaba bajar de su cuello de cisne, que tenía un brillo especial producido por el barniz de su sudor, y mis mejillas se cubrían de arrebol.

—¿Los tienes, Hernán? —insistió.

Me fijé en su boca abierta, en sus labios separados, en sus bonitos dientes. Fue como si hiciera una instantánea de ello. Se acariciaba, al hablar, la comisura con la lengua. Imaginé aquella lengua explorándome la garganta tras un beso, discurriendo por el pecho, como una deliciosa babosa, lamiendo mi glándula con movimientos suntuosos antes de que toda mi polla desapareciera en su boca. El maldito pantalón se tensó como si dentro de él hubiese un muelle.

—No, no los tengo —farfullé y corrí hacia el lavabo de la escuela.

—¿Cuántas al día? —me preguntó Borja, obsesionado por la estadística.

—Cinco. Cada vez más. Una por la mañana, en la ducha. Otra en el colegio, en el retrete. Otra cuando llego a casa, cuando no hay nadie y estoy solo, sobre el suelo de mi habitación. La última en la habitación, sobre mi almohada.

—¿Te follas la almohada?

—Sí, claro. Es suave, de plumón. Lo más parecido a su piel. La abrazo con las piernas y es como si la tuviera a ella tomada por las caderas. Froto el pene contra ella, una y otra vez, y me corro.

—¿Y qué haces luego con la almohada?

—La lavo con agua.

—¿Y se va?

—Sí, si voy rápido.

—Probaré. La almohada... Nunca se me había ocurrido.

Mis estudios eran catastróficos. Un fin de semana quedé para ir a casa de Borja y que me pusiera al corriente, en un intento desesperado de aprobar las matemáticas, el latín y la historia, tres de las asignaturas que tenían todas las probabilidades de quedarme para septiembre. Sus padres no estaban y toda la casa era para nosotros. Llegué a la hora de máximo calor. La ciudad ardía por un reguero de incendios forestales que unos cuantos desaprensivos habían desatado a su alrededor. El calor era tan intenso que el asfalto se reblandecía y las huellas de las pisadas quedaban impresas en él. Me abrió en bañador. Tenía un cuerpo escuálido, a tono con su cara, pálido, manchado de pecas y con una mata de pelo rizado en el pecho. Me invitó a pasar. Nunca hasta aquel momento había estado en la casa de los padres de Borja. Su padre tenía una fábrica de muebles y todos los que se veían por la casa habían salido de sus talleres. Yo nunca los hubiera comprado: demasiado convencionales. Las ventanas de la casa estaban abiertas, pero la humedad era sofocante allí dentro y no corría ni pizca de aire, a pesar de que vivía en un bonito ático de la parte alta de la ciudad.

—¿Coca cola?

—Con ginebra.

—No sé si mis padres habrán cerrado con llave el mueble bar. Lo suelen hacer cuando se van. No se fían de su estudioso Borja.

—Y hacen bien.

Dio con el escondrijo de las llaves. Preparó dos cubatas y abrió una bolsa de patatas fritas. Comenzamos a estudiar en su habitación, tendidos en el suelo, porque se estaba más fresco. Pero Borja, al cabo de un rato, cerró su libro, suspirando.

—No puedo.

—¿El qué?

—No puedo estudiar. No consigo concentrarme. En cada página la veo a ella. ¿Por qué tiene que ser tan guapa?

—Y tan sensual.

—Sí, como una bañista de Renoir.

—Eso lo digo yo —protesté por robarme la idea.

—Pues como un desnudo de Modigliani. En el examen de historia del arte entrarán los impresionistas. Eran todos unos disolutos, unos adictos al sexo y a la absenta. ¿Sabías que Gauguin murió de sífilis después de estar muchos años viviendo en la Polinesia?

—¡Bendita sífilis!

—Las nativas nunca decían que no y él era sumamente promiscuo. Hizo el amor con todas sus modelos, y con las hermanas de sus modelos, y con las primas de sus modelos mientras su amigo Van Gogh llevaba una vida aburrida de asceta y se cortaba la oreja.

—Y con los monitos de sus modelos. Leticia está infinitamente mejor que esas mujeres grandotas con flores en los cabellos. Las polinesias se engordan como demonios debido a su inactividad.

—Nos imaginamos que Leticia es muy bonita, que tiene un buen cuerpo. Pero todo es imaginación. No tenemos ni la más remota idea de cómo tiene los pechos. Hay pechos pera, pechos manzana, pechos limón, pechos pepino. ¿Cómo serán los suyos? Las piernas las conocemos, de acuerdo, y si hacemos una extrapolación hacia arriba, hacia las caderas, haciendo un somero cálculo matemático, prolongando la línea de sus muslos, podemos evaluar la superficie y prominencia de su culo.

—¡Estás loco! Cómo si la belleza se pudiera medir como las matemáticas. No hay bellezas a peso. No existen cánones fiables. En los años veinte se llevaban las mujeres con poco pecho pero redondos traseros; después de la segunda guerra mundial empezaron a triunfar las curvilíneas y lácteas por el hambre que se pasó, fue la época de las contundentes *maggioratas* italianas con Sofía Loren a la cabeza, caderas de ánfora y pecho prominente; con la revolución ácrata del 68 volvieron las esmirriadas, mujeres que parecían hombres, desgarbadas, sin pizca de gracia para vestir, que lo más sexy que llevaban era una camisa *Mao*; ahora vuelven las redondeces porque hay toda una industria de la silicona y de la cirugía plástica detrás de ello. Las celulíticas Venus de Rubens serían hoy en día clientas de un cirujano plástico. La belleza no es algo mensurable, Borja, ni una ciencia exacta.

—Todo es proporción, todo es número. 90-60-90 es el canon de los despleables de *Playboy* y cualquier mujer que se precie suspira por adquirir esas medidas. 69 es un ejercicio sexual muy estimulante, según los libros eróticos. El sexo se reduce a una imbricación perfecta entre curvas —las mujeres— y rectas —los hombres—. Se habla de triángulos amorosos. Todo es matemática, aunque no te lo creas. 23 centímetros son las dimensiones que debe tener un actor *hard core* para dar la talla. Luego hay cuestión de ángulos en las posibles acometidas. Creo que hay que tenerla larga, de todas maneras, para obtener un buen rendimiento, como Rocco Siffredi. La anchura no es tan importante. Se empieza por un proceso físico, de rozamiento, y se acaba con una reacción química, de vertido de fluidos.

—Si no es ancha corre el peligro de perderse. Es el frotamiento rítmico contra una superficie lo que provoca el placer. Es como la masturbación. ¿No cierras bien la mano alrededor del pene

cuando te lo coges? Tu mano es un tubo y tú lo metes en ella. La vagina de ellas también. Lo estudiamos en naturales el año pasado.

—Estudiaría naturales sobre ella. Imagínatelo. El *profe* la saca desnuda al entarimado y con el punzón va señalando cada parte de su cuerpo y su función. Aquí las tetas, aquí el coño, y detrás, el maravilloso culo. Pero te repito. No sabemos cómo es ella, la reconstruimos con nuestra imaginación, y eso no es fiable, no es en absoluto científico. Hay muchas tías que utilizan trampas, que se rellenan el sujetador con papeles, que se compran tejanos que les moldean un trasero flácido y lo convierten en maravilloso, que se pintan unos labios de la hostia porque los tienen finos como una raya.

—¿Qué quieres decir? ¿Que a lo mejor la realidad es decepcionante, que toda ella es trampa? Imposible. Ella es la perfección hecha carne.

—Eso no lo sabremos nunca —se lamentó—. Quizá su novio, o su marido, si se casa, podrá disfrutar del esplendor de su cuerpo. Daría todas mis matrículas por estar un instante con ella.

—¿Y la vida? ¿La darías por acostarte una vez con ella?

Me miró detenidamente, lo pensó.

—No, joder, la vida no.

—Yo sí —exclamé.

—¡No digas locuras! Tú nunca te matarías por estar con ella, y si lo hicieras serías un perfecto gilipolla. Y no creo que vayas a encontrarte en la disyuntiva, para tu desgracia. Nos casaremos con alguna feúcha que quizá nos dé guerra en la cama, y poco más.

—Joder. No seas tan pesimista. ¿Quieres decir que no la veremos nunca desnuda? Podemos espiarla mientras hace gimnasia, mientras se cambia en los vestidores, o cuando se ducha después de jugar al baloncesto.

—Seríamos unos asquerosos mirones. ¿Y si nos descubren? ¡Vaya vergüenza!

—Y ahora no somos unos asquerosos masturbadores.

—Dalí reivindicaba la masturbación. Shere Hite dice que el onanismo es hacerse el amor a sí mismo y que, por lo tanto, es algo sano, que nadie, como uno, conoce su cuerpo y lo que le da más placer, que tipos con una vida sexual normal se ponen a tono masturbándose.

—Pero Dalí era un loco pervertido que se corría encima de sus dibujos.

—No, él no podía mantener una erección, masturbaba a sus modelos y utilizaba el semen como si fuera pintura.

—¡Joder! Yo nunca compraría ese cuadro.

—A lo mejor lo tituló “Materia orgánica”.

Se me había puesto dura durante la conversación. La tenía siempre en un estado de semierección y cualquier imagen o palabra referida al sexo me llevaba a una erección completa y dolorosa. ¡Gloria a aquellos tiempos de carne trémula y cerebro humeante! Fantaseé con Leticia jugando a baloncesto con sus pantaloncitos cortos, encestando la pelota desde medio campo, corriendo como alero, con los pechos libres del sujetador brincando en el interior de la camiseta y los pezones frotándose contra la tela y creciendo, y la vi luego entrando desnuda en la ducha del vestidor, abriendo los labios, tragando agua, frotándose el cabello y acariciándose los pechos y las nalgas mientras se enjabonaba de pies a cabeza y se liberaba del pegajoso sudor. Suspiré. La estaba lavando yo y estaba haciendo algo más que lavarla.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Borja al ver que mi pantalón crecía de forma alarmante.

—Joder. En ella. Voy a masturbarme al lavabo.

Hice el gesto de levantarme, pero Borja me detuvo cogiéndome por el brazo.

—No hace falta que te escondas en el lavabo. Hazlo aquí.

—¿Aquí? ¿Contigo delante?

—Yo también lo haré. Nos masturbamos y hablamos de ella, tumbados.

Me excitó la idea. Borja tenía ocurrencias retorcidas.

—Okey.

Me desnudé del todo. Hacía mucho calor y apetecía hacerlo. Y él hizo lo mismo, se bajó el bañador por las piernas. Nos miramos las pollas, tras un instante de silencio, y nos reímos. La mía permanecía hinchada, con el glande al descubierto y la piel del prepucio enroscada a lo largo de la columna marmórea del tallo por el que se había deslizado simplemente al crecer; estaba encendida y brillaba como un globo a punto de ser pinchado. La de él no conseguía aflorar de la piel que la cercaba. Existía una ridícula desproporción entre aquellos apéndices sexuales erectos y los cuerpos de los que pendían, hasta el punto de que parecían tener vida propia, ser independientes. Comencé a acariciarme mientras me tumbaba en el suelo, mirando el artesanado del techo, y noté, por los suspiros, que Borja hacía lo mismo a mi lado. Empezamos a sudar mientras bramábamos.

—¿Cómo tendrá los pechos?

—Como cántaros de leche. Grandes, duros, muy juntos. No cabe una moneda entre ellos. Cuando se abre el sostén, se separan, oscilan, bailan un instante en su torso, con una blancura láctea. Son pechos traslúcidos, en los que se marca el entramado de venillas azules. El pezón es la guinda, sedoso, pero con la presión del dedo se frunce.

—¿Y a qué sabrán?

—A rosas.

—A carne. Las mujeres tientan al canibalismo. Las morderías. Empezarías a morderlas por los senos y acabarías en su culo. ¿Te has preguntado por qué están hechas así?

—Para ponernos cachondos, creo. Hum. Ahora le muerdo las tetas. Primero una, luego la otra, y le beso los pezones, y le meto el dedo en el coño.

—¿Cómo está su coño?

—Increíblemente húmedo. Un chochito extraordinario.

—¿Cuándo le vas a meter la polla?

—Ya, ya se la meto, joder —bramé arreciando la caricia—. Creo que me viene, creo que me viene, joder.

—Y a mí. Yo me voy a correr encima de sus tetas.

—Yo se la meto en el culo. Dios. ¡Qué placer! Me muero, me muero, me muero.

El semen saltó al suelo. Luego habría que limpiarlo. Y sobre mi estómago, formando una laguna pastosa y cálida encima del ombligo que era igual que gel de baño. Seguí acariciándola, puesto que seguía dura y excitada, deslizando mi mano a lo largo de todo el tallo lubricado, mientras miraba a Borja como manipulaba su pija y había conseguido que el glande se abriera paso entre la gruesa piel del prepucio.

—¿No te duele, tan cerrado?

—Algo.

—Deberías operarte.

—Leticia —gimió una y otra vez— Leticia —mientras la leche brotaba con relativa calma y se deslizaba por su columna erecta de carne.

Fuimos a lavarnos. Y luego recogimos el semen que había caído al suelo.

Seguíamos calientes. Nuestros miembros colgaban de las piernas como rabos incansables y permanecíamos desnudos, reacios a vestirnos, invocando la sensualidad con nuestros cuerpos. Continuábamos viendo a Leticia, sin ropa, en cada rincón de la casa, en la librería, al abrir la puerta de la nevera para tomar un refresco, espiándonos en el lavabo, mientras orinábamos. No nos vestimos, estábamos a gusto con nuestra desnudez. Me deslizaba por la casa y me sentía extrañamente libre, tanto que me cruzó la idea absurda de salir de esa guisa a la calle, pasearme por la ciudad, acudir sin ropa al colegio. Se estaba bien desnudo, se estaba cómodo, y sentía un narcisista placer en contemplar mis piernas fuertes, mi abdomen plano, los anchos pectorales bien marcados. Me di cuenta de que pisaba con mis pies descalzos el suelo de aquella casa con la soltura de las modelos que se sienten seguras de la belleza de sus cuerpos. Con dieciséis años no te avergüenzas de nada porque todo es perfecto, cada músculo permanece en su sitio, sin decaer, no hay lugar para la grasa. Nos olvidamos de los libros, de estudiar, de todo. Borja puso música de Bob Marley, un viejo disco de vinilo en un tocadiscos Vieta que, a pesar de su antigüedad, tenía un sonido limpio, puro, y el ritmo del *reggae* estimuló nuestros pensamientos. La veíamos bailar, desnuda, con los cabellos trenzados al estilo rasta, en una playa de Jamaica entre negros que la devoraban con la mirada y se aprestaban a follarla junto a una hoguera tras estar danzando desnudos a su alrededor. Veíamos ondular sus caderas y nos imaginamos el temblor de sus nalgas. Describí como los negros se la metían, tras atarla a una palmera con los brazos alzados, como se removían encima de ella, como pasaban uno tras otro por su cuerpo pálido y rotundo, besaban sus labios y sus pechos y llenaban su coñito de semen. Culos oscuros moviéndose, entre suspiros, sobre su cuerpo blanco, miembros negros y duros entrando sin cesar entre sus piernas abiertas. Una borrachera de jadeos. Nos pusimos calientes con mi ensoñación en voz alta mientras las guitarras de The Wailers acompañaban prodigiosamente con su música, creando una atmósfera sensual que se podía morder. Solo nos faltaba algo de marihuana. Y ella, por supuesto. O ella habría hecho inútil todo lo anterior, ridículos los prolegómenos.

—¿Te la meneo y tú haces lo mismo?

Lo miré. ¿Estaba loco? Creí haber oído mal. Me escandalicé de verdad.

—¿No serás maricón?

—Para nada —dijo con una racionalidad que me espantó—. Pero siempre es mejor que sea otra mano la que te acaricie, aunque no sea la de Leticia. Imaginaré que es ella.

Dudé. Era una argumentación que no admitía ningún reproche, como casi todas las ocurrencias de mi amigo Borja. Seguía viendo a Leticia follada por muchos negros, la oía gemir, se revolcaba en la arena mientras un tipo la enculaba, otro le metía la pija por el coño y un tercero, tras besarla en los labios, le daba a probar su pene. Era un conjunto de cuerpos trabados que resultaba muy excitante, aunque no novedoso. Los cuadros de penetraciones múltiples databan de tiempos pretéritos, formaban parte de colecciones eróticas con las que los aristócratas se alegraban la vista o de grabados que ilustraban libros clandestinos que corrían de mano en mano tras la revolución francesa antes de que el cine porno lo convirtiera en brutal realidad.

Yo tenía la polla dura, como el acero, y caliente, como hierro a punto de fundirse. Nos tumbamos uno al lado del otro, junto a la ventana. No corría el aire, pero sí el sudor por nuestra piel, barnizando nuestros cuerpos erectos, otorgándoles un aspecto oleoso. Sudábamos de calor, pero también, sobre todo, de excitación. Él me la tomó primero, comenzó a masturbarme con suavidad; yo lo hice a continuación. La repugnancia que me causaba sentir su polla temblorosa en mi mano, pasando por el círculo de mis dedos convertidos en émulo de sexo femenino, quedaba paliada con creces por el placer que obtenía de aquella caricia extraña y ajena sobre la mía. Se lamió la mano con la lengua, se la ensalivó profusamente: fue mucho mejor. Yo hice lo mismo. Nos miramos. El corazón nos latía a mil por hora, en el pecho, mientras el calor arreciaba, nos faltaba el aire, jadeábamos como peces fuera de la pecera.

—¿Cómo va?

—Bien.

—¿Me avisarás cuando vayas a correrte?

—¿Para qué?

—Para sacar la mano.

—No tiene gracia entonces. Hay que actuar como si yo fuera tú.

—De acuerdo. Pero no me pringues.

—No lo hagas tú.

Cerré los ojos. Tenía razón. Su mano era mejor que si lo hiciera con la mía, porque no controlaba su movimiento, se movía ajena a mi cerebro, no tenía en cuenta el grado de excitación. Él debía pensar lo mismo. El placer no era así solitario, que siempre era un poco triste, sino compartido, solidario. Me mojé los labios con la lengua. Los dedos ensalivados de Borja rotaban por mi glande con notoria efectividad, su pulgar frotaba la pequeña raja por donde se desbordaría el semen en cuanto se produjera la erupción, el resto de los dedos masajeaban suavemente el tenso frenillo, una y otra vez, como debía hacerlo el maravilloso coño de Leticia si lo invadiera con mi la polla.

—El culo de Leticia.

—Sus maravillosas tetas.

—Sus rojos pezones.

—Su chochito.

—Creo que voy a correrme.

—Y yo. No te detengas, por favor. Me encanta —gemí, mordiéndome los labios mientras sentía una ola imparable recorriéndome el sexo hacia su extremo y lo hacía temblar con violentas convulsiones.

Me corrí en su mano, como un manantial, y él hizo lo mismo en la mía, casi al mismo tiempo. Permanecimos unos segundos así, plazeramente, acariciándonos las pollas mientras estas se reblandecían y perdían su erección.

—Pero no somos maricones —le dije, luego.

—Claro que no. Yo no pensaba en ti.

—Ni yo.

Desde aquel día ampliamos nuestras experiencias masturbadoras sin complejos. Era más placentero que fuera otro el que te acariciara la polla que no uno mismo; tenía la ventaja, al hacerlo mano ajena, que no controlabas tu placer, que era el otro el que te dirigía hacia el

orgasmo a tu pesar. Lo hacíamos en su casa, en la mía, en la playa, y mientras nos dábamos mutuo placer repasábamos con nuestra imaginación cada centímetro del cuerpo de Leticia en donde mentalmente derramábamos nuestros homenajes.

—Shere Hite dice que el hombre aprecia su propio semen, que se siente orgulloso de verlo brotar, que es un momento intensamente masculino culminar la masturbación.

—Me importa un huevo tu Shere Hite. No podemos seguir así.

—¿Por qué? ¿No te gusta?

—Claro que me gusta. Pero no es sano. Esta fantasía no nos conduce a nada. Es un puto callejón sin salida.

—¿Es más sano que te la casques en la ducha o en el váter?

—Es más sano que no nos la casquemos, es más sano que hagamos el amor con Leticia.

—Claro. Por supuesto. Pero, ¿cómo? Como si fuera fácil.

—O probar con una puta. Llama a un teléfono. Hay cientos.

—Será una puta interpuesta.

—¿Qué coño quieres decir?

—Que será lo mismo que ahora, que nos la tiraremos pensando que se lo hacemos a ella. Lo que queremos es hacerlo con ella.

—Sí, claro, pero ¿cómo? No es tan fácil. De todas maneras mejor hacerlo con una mujer de verdad, de carne y hueso, que podamos tocar, que nos hable, que nos indique lo que tenemos que hacerle, que gima de placer, ¿no?

—De acuerdo. Encárgate de ello.

—¿Por qué yo? —protesté—. Me da corte.

—Tú eres más lanzado que yo. Tienes más voz de tío hecho y derecho.

Decidimos tener una experiencia carnal previa y dejar de ser vírgenes pagando por la clase práctica. Era necesario para ahuyentar el terror que nos producía intentarlo con Leticia. Creíamos que estando antes con otra mujer iríamos más seguros, tendríamos más soltura. Reunimos nuestros exiguos ahorros y exploramos las páginas de ofertas sexuales del periódico. Todas eran tentadoras y prometían paraísos ilimitados de placer con solo marcar un número. Había algunas fotos de chicas medio desnudas, muy bonitas, en poses provocadoras que incitaban a la penetración, con pechos y culos de ensueño que no debían corresponderse con la realidad, todas jóvenes, casi todas estudiantes, con medidas de canon de belleza clásica y un largo catálogo de placeres. Nos comenzábamos a calentar leyendo las numerosas ofertas, la literatura comprimida de los anuncios, la telegráfica reseña de cualidades eróticas. Había muchachas de todos los colores, de todas las nacionalidades, que practicaban todas las especialidades sexuales posibles. Saciaban nuestra imaginación en breves y gráficos anuncios. Nos decidimos por una chica colombiana. Ponía en el anuncio que era dulce. Creo que la escogimos, tras mucho dudar, porque el texto de su anuncio era divertido y hasta tierno. “Colombiana cariñosa y redondita te da sus tetitas mientras lo hace”, y por su nombre de guerra —o quizá fuera realmente el suyo— Miladys, que nos llevaba de nuevo a “Los tres mosqueteros” de Alejandro Dumas. Queríamos una chica dulce para empezar, no un putón salvaje, para que la experiencia no resultara un trauma, por lo que eliminamos todas las que ofrecían tetas enormes, besos negros, enemas y lluvias doradas. La llamé. Tenía un acento agradable, un tono de voz suave, aterciopelado, y que me excitó por teléfono. Empecé por el precio. Le pareció bien. Le dije que éramos dos. Noté un

chasquido de su lengua, pero aceptó. Le pregunté cómo era. “Ya me verás”, me dijo. Insistí. “Pequeña, pero rotunda. Tengo el pecho muy bonito y no es operado”. Le di la dirección de Borja y le indiqué cómo podría llegar a ella.

Tardó media hora. Borja me dijo que la abriera. Estaba asustado. Yo más. No mintió. Era pequeña, pero tenía un cuerpo generoso. Se quitó los zapatos mientras me miraba. Aún se hizo más pequeña. Tenía unos bonitos ojos oscuros y una boca sensual y oscura que denotaba una mezcla de razas excitante. La cara era de india, el culo, de negra, amplio y respingón.

—¿Dónde lo hacemos?

Estaba nervioso. Señalé el suelo. Borja me había advertido para que no utilizáramos la cama por si dejábamos las sábanas hechas un asco.

—Ok. ¿Me desnudo?

Moví la cabeza. Llevaba una falda y una cazadora de cuero. Debajo una ropa interior bonita, muy pequeña y apretada. Se abrió el sujetador. Los pechos eran hermosos, oscuros, los muslos cortos, las nalgas poderosas. Pura curva hecha carne bien alimentada. Me desabroché el pantalón. Buscó luego mi pene. Lo chupó con naturalidad hasta endurecerlo. La dejé hacer con mansedumbre y poniendo cara de póquer, como si siempre me la hubieran chupado. Era muy agradable, muy excitante, más de lo que me había imaginado. Me dijo luego que me tendiera en el suelo. Lo hice, sin rechistar, dominado por ella. Acabó de desnudarme. Se fijó en mi polla erecta, temblorosa, apuntando el techo de la habitación.

—Estás a punto. Relájate un poquito para que puedas disfrutar. Se montó encima. Se penetró ella dejándose caer lentamente sobre mi vientre. Me hundí en su coño húmedo que se iba abriendo a medida que entraba en él. Me di cuenta en aquellos momentos que ese agradable orificio era el paraíso soñado, el mejor rincón del mundo, de dónde salíamos y adónde deseábamos volver. Me cabalgó suavemente frotando su culo de negra contra mi vientre. Me sentí mojado. Estaba muy corrida y aquello no era teatro. Le gustaba hacerlo con un tipo joven como yo. Era delicioso. Me indicó que le tomara los pechos, que le lamiera los pezones. Lo hice. Tenía un buen par de tetas que invitaban a morderlas. Se las acaricié mientras ella se movía y gemía diciéndome lo que le gustaba sentir mi polla dentro. Las besé. Las cubría una deliciosa película de sudor. Todo era húmedo. La humedad era sinónimo de placer. La tenía durísima. Me cabalgó con más brusquedad a continuación. Me vine entonces, sin más, con una terrible frustración, sin posibilidad de frenar, entre sollozos. Eyaculé durante casi medio minuto. Ella tenía que sentir mis espasmos en su coño. Se demoró un rato más, refregando su culo húmedo contra mi ingle mientras tironeaba con sus dientes de mis tetillas y jugueteaba con el vello de mi pecho.

—¿Y tu amigo? —me preguntó mientras se levantaba y con un Kleenex que sacaba del bolso se limpiaba el semen de su sexo. Entró Borja. Hizo lo mismo. Lo estimuló con la boca. Luego lo tendió en el suelo y lo cabalgó. Los miré. La colombiana movía su robusto cuerpo entre las piernas abiertas de mi amigo de forma traicionera, sabiendo que nos iríamos enseguida porque éramos unos pardillos que no teníamos experiencia previa. Me fijé en su coño abierto, bordeado de fronda oscura, y en el pene húmedo que entraba y salía de él. La mecánica del sexo, sin sentimientos de por medio, resultaba glacial.

—¿No te apetece tocarme las tetitas?

Lo hizo Borja. Entonces ella lo vació con precisos movimientos, sin remisión, bailando encima de su vientre. Tenía un coño voraz, que sabía lo que se hacía.

—¿Os ha gustado?

Sí, pero nos supo a poco. Se vistió. Tomó el dinero de mis manos. Lo contó. Se despidió besándonos en las mejillas. Antes nos dio su tarjeta. Estaba bien para salir de un apuro. Era mejor que la mano. Pero no era mucho, la verdad.

—¿Qué tal?

—Ha estado bien —confesé.

—Pero estaba buena.

—Pero no era Leticia.

—Al menos sabemos hacerlo.

—¿Tú crees? ¿Cuántos segundos hemos durado? Nos hemos corrido cuando a ella le ha parecido bien. Somos unos putos eyaculadores precoces, lo que más desprecia una mujer.

—Debemos hacerlo con Leticia.

—Sí, claro, pero ¿cómo? Ella no es una puta, no podemos llamarla y decirle: oye, queremos echar un buen polvo.

¿Cómo? Me volvía loco. ¿Sería Leticia virgen? Si era así, estábamos perdidos. O podía ser frígida, o lesbiana, o pureta que reservara su virgo para el matrimonio. La espíé. Me volví osado. Me escondí —nunca hubiera dicho que fuera capaz de hacerlo— en los vestidores, para verla desnuda cuando volviera del partido de baloncesto que jugaba una vez a la semana, y aguanté la respiración, la tos, las ganas de orinar, el picor, que todo me vino a una, para incordiarle, mientras por una ranura pegaba el ojo y la observaba. Se quitó una camiseta muy sudada y literalmente pegué un respingo cuando vi aflorar sus senos desnudos. Fue una visión maravillosa. Superaban todo lo que Borja y yo habíamos imaginado en cuanto a belleza y eran más bonitos que las tetas de la colombiana que nos habíamos tirado. No eran exactamente redondos, sino que tenían una forma ligeramente ovoide, lo que los hacía mucho más excitantes, y sus puntas, que en aquellos momentos se balanceaban mientras ella se agachaba para sacarse el pantaloncito, estaban rematadas, como si se trataran de guindas, con generosos pezones de un tono más fuerte que el resto del pecho. Los imaginé de una textura suave como la seda, junto a mis labios, lamidos por mi lengua, un oscuro fruto. Le vi el culo entonces, cuando se volvió, y lo encontré soberbio, de una redondez y carnalidad exultante, un apetitoso fruto partido en dos hemisferios, alzado, fuerte, del tamaño preciso para tomarlo con ambas manos mientras se le hacía el amor. Caminó luego con soltura, desnuda, por el vestidor, hacia la ducha, con una gracia y elegancia que hacía sospechar que fuera consciente de que tenía un mudo admirador rendido por sus encantos, y tuve una buena visión de sus piernas torneadas y de sus carnosos muslos de una perfección rodiniana. ¿Y si saliera y la abrazara? ¿Y si la besara en los labios? Se metió en la ducha y escuché el rumor del agua. Me aproximé exponiéndome a ser descubierto, a una expulsión segura y convertirme en la vergüenza del colegio. Pero por suerte estaba sola, era la única chica. La vi entre la nube de vaho del agua caliente de la ducha, como una aparición, Venus naciendo de un cuadro clásico entre vapores, el cabello pegado a su cuello y a su espalda, el delirio de sus curvas recibiendo la caricia sensual de la ducha caliente. El agua corría, como cascadas, por su sinuoso cuerpo, y los pezones, tan suaves, se habían convertido en fruncidos trozos de carne roja, erectos y atrayentes, sobre los que las manos de Leticia se afanaban con una

delectación que iba bastante más allá de la simple higiene. Sus dedos rotaban sobre aquellas puntas sensibles de su pecho que se erizaron por la excitación. Las tomó entre el índice y el pulgar, convertidos en tenaza, y las oprimió tras toquetearlas. La oí gemir y una sonrisa transfiguró su rostro batido por el agua. Tragué saliva. ¿Ellas también se masturbaban? Luego, sin dejar de manosear sus tetas con una mano, deslizó la otra del pecho hacia el vientre, del vientre sobre el pubis y frotó vigorosamente aquella raja divina que era la puerta mágica de su cuerpo y quedaba emboscada detrás de su aterciopelado monte de Venus, un triángulo de trigo rubio que parecía recién cortado, una perfección geométrica que salvaguardaba el centro de su universo, la antesala ajardinada, el Rosebud de Orson Welles. Atisé durante unos instantes, transido por la excitación, el éxtasis de su cuerpo, su mirada perdida, su jadeo animal, mientras retozaba con sus manos y se extendía el agua y el jabón por cada rincón de su generosa anatomía. Se tomaba ambos pechos, los juntaba, separaba, subía y bajaba, como juguetes eróticos, mientras abría y cerraba los muslos con pasión y el agua, cada vez más caliente, la bañaba y la debía quemar. Buscó entonces, con desespero, el borde redondeado de una ampolla de gel y se la metió entre las piernas una y otra vez mientras su otra mano no dejaba un instante quietos sus pechos. Le faltaban manos para acariciarse, pensé, viendo su culo huérfano y abandonado. Se penetró con ferocidad con aquel improvisado artilugio muchas veces y yo, confuso, excitado, estuve dudando de entrar en la ducha y sustituir el frío e impersonal objeto de plástico por mi humana polla erecta. Mantenía la boca abierta y el chorro de agua entraba en su garganta, impetuoso, mientras todo su cuerpo se estremecía de voluptuoso placer. Fui cobarde y opté por masturbarme allí, delante de ella, sin que me viera, sin bajarme el pantalón, en tan corto espacio, en tan breve tiempo, en tan incómoda situación, y debí correrme cuando ella lo hacía, gemimos al alimón separados por las paredes forradas de baldosas de las duchas y la humareda del vaho. ¡Puto cobarde!

Aquella tarde, mientras nos masturbábamos —carecíamos de dinero para contratar a la colombiana—, se lo conté todo a Borja, con pelos y señales. Fui generoso en describirla. Lo hice de forma tan vehemente que mi amigo tuvo una erección oyéndome.

—¿Seguro que no te vio?

—Seguro.

—¿Se masturbaba?

—Como una diosa.

—¿En quién pensaba?

—En ti, si te parece.

—No, idiota, en serio. A lo mejor pensaba en nosotros. Ellas deben pensar en alguien en concreto cuando se proporcionan placer solitario, como lo hacemos nosotros. Aunque no sé por qué han de masturbarse si con un chasquido de los dedos se pueden llevar a quien quieran a la cama. ¡Quién fuera mujer!

—Estaba hermosísima, con el agua cubriendo su cuerpo, con los pezones erizados y los muslos bien abiertos —describí con vehemencia, mientras mi mano terminaba de aliviar el excitado pene de Borja, la escena que había tenido el privilegio de presenciar.

—Le pediremos relaciones.

—¿Cómo?

—Como sea. Pero si se masturba quiere decir que está tan caliente como nosotros, que necesita con urgencia un macho que la alivie, o dos.

—¿Y va a querer hacerlo con dos granudos imberbes? ¿Te has mirado al espejo?

—Tú lo has dicho. Con dos. Por lo que me dices es una chica sensual, imaginativa, fantasiosa, a la que le debe de ir el sexo. La seduciremos con nuestras fantasías, con nuestra imaginación perversa.

—¿Tú?

—No, tú.

—¿Por qué yo?

—Tienes más planta. Yo soy el empollón.

—Está bien. Acaba.

Y me concentré en su mano, la vi frotando sin pausa mi pene mientras mi mente estaba en la ducha mirando a Leticia gozando con sus manos.

—Tardas en correrte.

—Me entreno para cuando esté con ella. No hay cosa que más detesten ellas que a un eyaculador precoz. Hay que demorar la expulsión del semen.

—Me estoy cansando. Me duele la muñeca.

—Ahora —jadeé mientras liberaba de golpe todo el deseo y el semen alcanzaba su hombro.

—¡Joder! Se te ha disparado. ¿Lo guardabas desde su famosa ducha? ¡Qué asco!

—No, me la pelé en la ducha, junto a ella, mientras alcanzaba su éxtasis.

—Debió de ser muy excitante. ¿Es como nos la imaginamos?

—Mejor.

—Yo me la hubiera follado.

—Y te habría dado un soberano bofetón.

No le dije nada a Borja y dos días después llamé a la colombiana con el producto de una sisa a mis padres. Miladys tenía el contestador conectado, debía de estar atendiendo a otro cliente. Dejé mi mensaje y el número del móvil. Me llamó al cabo de media hora. Le dije que la conocía y quería estar un rato con ella.

—Oh, ¡qué bien! ¿Te gustó? ¿En tu casa o en la mía?

—En tu casa.

Llegué bastante excitado a una modesta vivienda ubicada en el centro rojo de la ciudad, un dedalo de calles oscuras y malolientes que era territorio de la prostitución y de la emigración clandestina. Tuve la sensación, mientras caminaba entre extranjeros de pieles oscuras que esperaban a sus clientes en las puertas de sus supermercados de alimentación o sus carnicerías musulmanes, de que yo era el extraño y lamenté no ser más oscuro de piel para pasar desapercibido. Me abrió la puerta medio desnuda. Se volvió para que le desabrochara el cierre del sujetador. Se bajó las braguitas. No me reconoció. Ni me miró la cara. Quiso cobrar antes. Contó los billetes mientras los metía en el bolso. Luego se volvió.

—¿Cómo quieres hacerlo?

—Ponte de espaldas, apoyada en ese mueble, con la cabeza baja.

Lo hizo. Esperó en silencio mientras me desnudaba. Masajeé su coño despacio, antes de meter la polla, me aseguré de que estuviera lubricado para hacerlo. “Me estás poniendo muy caliente”, me dijo ella, sin volverse, suspirando. La metí sin esfuerzo, vi como desaparecía entre

sus bonitos glúteos, tragada por ellos. La cabalgué de pie. Me gustó más que la primera vez. Quizá porque me viniera más tarde. Quizá porque era yo el que dominaba la situación. Me excitaba la visión que tenía de mi polla convulsa sumergiéndose en su sexo dilatado, el rumor de la carne frotando, la humedad de sus nalgas y su falso gemido de gozo cada vez que se la hincaba dentro.

—¿Ya te vienes, cariño?

—Ya.

Me hundí por última vez y permanecí con mi vientre pegado a su trasero, quieto, y el pene desaparecido en su vulva. Comencé a correrme con un agradable cosquilleo. La llené con mi lefa mientras la mantenía abrazada por las caderas y su culo temblaba pegado a mi estómago. Luego la saqué y ella se volvió para chupármela sin que yo se lo pidiera. Ignoro si lo hacía con todos o realmente se excitaba conmigo. Borró todo vestigio de mi semen con su lengua, me la estuvo besando luego un buen rato, tomándola con la mano, mirándome de reojo a través de sus largas pestañas postizas.

—¿Te gustó, cariño?

Moví la cabeza. Miladys era una buena chica.

Me dio un beso en la mejilla, alzándose sobre las puntas de sus pies descalzos, poniendo sus tetas a la altura de mi camisa mientras yo intentaba salir de su casa. No falló su cálculo. Las tomé en mis manos, como dos exquisitas ofrendas, sin conseguir cubrirlas con ellas. Quise hacerlo de nuevo en cuanto comencé a manosearlas y ella empezó a darme besos en la boca. Me arregló el precio y se abrió de piernas sobre la cama mientras me bajaba el pantalón y me excitaba la visión de su coño muy abierto, esperándome. La estuve follando un buen rato, sin correrme, sin besarla. Tenía ambas manos bajo su culo de negra y lo sentía vibrar cada vez que mi polla entraba limpiamente en su coño. Tuve mi segundo orgasmo.

—¿Te gustó?

La pregunta sobraba. La respuesta la tenía ella en su cuerpo.

Me crucé con otro tipo en la escalera. Nos miramos. Era un viejo árabe con aspecto de imán que iba a pecar con la menuda y curvilínea Miladys. Guardé silencio sobre aquel encuentro a Borja. Fue mi secreto. Durante quince días me estuve observando la polla por si veía algo extraño en ella y maldije en secreto mi alergia al preservativo. No sucedió nada. Miladys era limpia y legal, un ángel moreno.

—Mañana, en la fiesta, te lanzas.

—¿Y por qué no te lanzas tú?

Bebí en la fiesta de fin de curso un combinado de alcoholes diversos para desinhibirme. El evento tenía lugar año tras año en el patio del instituto y era una excusa para ligar. Sin estar un poco borracho me veía incapaz de hacer ninguna proposición de ese tipo a la bella Leticia. Ella estaba hermosísima y muy sexy, y los chicos de la clase revoloteaban a su alrededor como mariposones en las proximidades de una luz, pidiéndole bailar. La vi como movía la cabeza negativamente, pero siempre con una sonrisa, para desespero de los adolescentes que confiaban en poderle dar un achuchón mientras durara la música y tocarle un poco el culo bajo el vestido. No había más chica que ella, y Leticia lo sabía. Estaba resplandeciente como una estrella. Llevaba un top ceñidísimo que envolvía sus pechos como una segunda piel, contra el que se marcaban sus grandes pezones, y un pantalón de licra oscura que dibujaba con precisión sus

nalgas y hasta, juraría, su hermosa rajita de tan prieto que lo llevaba. El pantalón dejaba al descubierto el ombligo, y esa pequeña perla de carne acaracolada sobre sí misma era hermosísima también. La adoraba toda, hasta sus pies que asomaban por la sandalia y sus pequeños deditos de uñas perfectamente recortadas. Podían ser los pies de Sue Lyon, entre algodones, enamorando a James Mason en “Lolita”. Se me hacía la boca agua imaginando el placer que obtendríamos de su cuerpo, pero me faltaba decisión para ello. Di un nuevo sorbo de whisky, tanteé luego una botella de Martini y tuve dificultades para mantener la verticalidad en cuanto aquel combinado de alcoholes llegó a mi estómago. ¿Sería capaz de articular alguna palabra?

—Vamos —me empujaba Borja—. Es tuya. La tienes a punto. Ve ahora, que no hay ningún moscón a su alrededor.

Tragué saliva y crucé la pista de baile, tambaleándome. Sonaba música de The Platters. Todo muy americano. Quizá había abusado del alcohol y temía que la lengua se me trabase dentro del paladar y no pudiera decir ninguna frase inteligible. Me sudaban las manos y me temblaban las piernas. Pero reconocía que sereno era incapaz de ese paso. Daría un rodeo, disimularía mi deseo, le diría que quería hablar con ella en un lugar apartado, que me molestaban todos aquellos chavales granudos, que era un fan de Kierkegaard y un admirador compulsivo de todo el cine de Ingmar Bergman, que el único cine americano que tragaba era el de Woody Allen. La cuestión era sacarla de allí.

—Leticia.

—¿Qué?

Se volvió. Estaba hermosísima. Me enfocó con sus enormes ojos verdes, que tenían brillo propio, como una linterna que me deslumbrara. Verde esmeralda, verde pradera, verde de seda tailandesa de la Jim Thompson Factory de Bangkok, verde de algunas aguas lacustres o fluviales en su lento discurrir. Estaba al borde del infarto mientras la voz se me estrangulaba en la garganta y mis intestinos gemían de una forma extraña, como cuando tenía hambre. Mis manos expelían una desagradable sudoración. Estuve a punto de dar media vuelta, desistir y seguir con las prácticas masturbadoras que habían mejorado considerablemente desde que descubrimos que manos ajenas proporcionaban placeres que propias no conseguían, o con los clandestinos encuentros con la colombiana. Era más práctico seguir soñando con ella, imaginarla que nos recibía en mil y complicadas posturas que hacer reales, y carnales, nuestras fantasías. Me vi a mí mismo, como si fuera un actor de comedia malo y el director de la película estuviera haciendo una toma cenital de la escena, y me sentí ridículo y pequeño allí abajo, aplastado por las circunstancias. Hubiera desistido, dado media vuelta, regresado cobarde y abatido a la trinchera en donde esperaba impaciente mi amigo si ella no hubiera insistido.

—¿Qué?

Sus labios rojos expelían la interrogación con cierto nerviosismo. Me imaginé besándolos. Olvidé toda mi estrategia preconcebida, mis palabras de doble sentido, el barniz intelectual que pensaba dar a mi deseo, mis controvertidas dotes seductoras hasta aquel momento nunca puestas a prueba. Fui brutal y directo. No me iba a reprochar que no lo hubiera intentado.

—Que nos morimos por acostarnos contigo —solté de un tirón, sin respirar, juntando las palabras, creyendo así que las hacía ininteligibles.

Lo había dicho. El 16 de junio de 1992, a las 22 horas treinta de la noche, bajo una atmósfera de bochorno y una euforia étlica, había dado ese gran paso finalmente y me sentía orgulloso de mi heroicidad. Lo importante, en aquellos momentos, era el intento, no el resultado. El resultado ya no dependía de mí. Cuando tuviera sesenta y cinco años y repasara mi vida pasada no iba a reprocharme que por falta de valor no hubiera intentado acostarme con la criatura más bella del universo. Por fin me había atrevido y tenía que estar muy loco y borracho para hacerlo. Entorné los ojos previendo la bofetada. “Toma, mocoso grosero. ¿Qué te has creído?”. Era una forma de que me tocara a la que estaba dispuesto a someterme. Pero no llegó. Quizá el insulto. Tampoco. La miré entonces. Sonreía agradablemente contra todo pronóstico. Estaba luminosa. Le brillaban los ojos de excitación.

—¿Nos morimos? —me interrogaba con la parte de mi aturullada frase que más le interesaba.

Quería saber quién era el otro que no podía vivir sin ella. Quizá era simple curiosidad para reírse de ambos. A lo peor solo era una coqueta, una caliente braguetas que se limitaba a provocar sin llegar a consumir nunca el acto, que se exaltaba sabiendo que todo el mundo se masturbaba pensando en ella y escribía nuestros nombres al final de una larguísima lista de onanistas confesos que la utilizaban en sus ensoñaciones lúbricas.

—Borja y yo.

—¿Borja? —rio, pero no de burla, me di cuenta de ello. Rio de pura excitación. Vi como temblaba su pecho dentro del ceñido top, como se cerraban sus muslos, e intuí que su mente se derretía imaginando ser tomada por ambos. Lo leí en sus ojos y en la forma convulsa de mover los labios, en como la lengua los humedeció de forma inconsciente, como un acto reflejo del placer que su imaginación le deparaba. Mira por donde parecidas fantasías ocupaban los pensamientos de nuestra diosa del erotismo, de nuestra hermosa Venus que nos hacía derramar sin pausa en las manos homenajes seminales a ella destinados.

—¿En serio? ¿Queréis los dos...? —lo más excitante de sus palabras eran los puntos suspensivos y el tono bajo de la voz, para evitar que alguien, que no fuera yo, pudiera oírla. Me miró antes de proseguir, curvó sus labios en una encantadora sonrisa—. Os espero en la playa del Espigón, mañana, al anochecer. —La última parte de su frase fue un susurro apenas audible, hasta el punto de que tuve dudas de que la hubiera pronunciado realmente y temí fuera fruto de mi calenturiento deseo que ya me provocaba espejismos auditivos.

Se me olvidó todo. Podía haberla pedido bailar. Podía haber hablado con ella, para suavizar y disimular mi interés sexual, y no hice otra cosa que cruzar la sala y comunicar la buena nueva a Borja con las dos manos metidas en los bolsillos de los pantalones para bajar la irresistible erección que me habían provocado sus palabras.

—¡Ha dicho que sí! —le grité eufórico—. ¡Ha dicho que sí! Le excitó sobremanera que el empollón de la clase estuviera más pendiente de sus tetas y de su culo que de los libros.

—¿Eso dijo?

—Nooo. Eso es lo que yo pienso.

La sesión masturbadora de aquella tarde tuvo aires de despedida, fue más larga y placentera que en otras ocasiones quizá porque sabíamos que aquella fase iba a ser superada. Desnudos, uno junto al otro, en la cama de sus padres que ya se habían marchado de vacaciones al extranjero, nuestras pollas tardaron una eternidad en dejar escapar el cálido licor que las turbaba.

Deteníamos las caricias cuando el brutal temblor de los tallos erectos indicaban que la eyaculación sobrevenía, nos abandonábamos entonces, teníamos pensamientos banales alejados del sexo, retomábamos los miembros tras el pequeño descanso y los hacíamos de nuevo llegar hasta el preciso límite, hacia ese momento doloroso que un deslizamiento más del prepucio sobre el glande provoca el derrame irreversible del placer y acaba con el juego hasta una próxima erección. Nos dimos cuenta de que nos estábamos adiestrándonos para satisfacerla bien en la playa, que el nuestro era un calentamiento ante la batalla, poner los motores a punto antes de que empezara la carrera. Estuve tentado de decirle de lo bien que me había ido hacerlo con la colombiana, pero guardé silencio.

—¿Y si nos ve alguien en la playa?

—¿Te importa que te vea alguien?

—No, la verdad. ¿Le has dicho que yo también quería? ¿Seguro que me has nombrado?

—Creo que eso es lo que le ha decidido. Le excita que fuéramos dos. Se ha sorprendido de que tú estuvieras encoñado con ella.

—¡No me lo puedo creer! Esto es la hostia, Hernán. ¿No sé si te das cuenta de lo que significa? Seremos un buen tándem. Vamos a pedalear al unísono. Creo que me moriré si lo consigo. Humm. Sueño con la delicia de introducir parte de mi cuerpo en el suyo, de ser ella en esos instantes.

—Quedaremos como hombres.

—Luego, ella no es virgen si ha dicho que sí a la primera, sin que insistieras.

—Claro. Sería un insulto a la belleza que lo fuera. Con lo hermosa que es tiene que haber despertado el deseo de los varones desde la cuna. ¿Te importa que no seamos los primeros en hacerle el amor?

—No me importaría ni que fuera el número mil en su larga lista de amantes. Quizá se la tire el profesor de literatura. La observa detrás de sus gafas, le hace constantes bromitas.

—¿Tú crees?

—Se pone muy nervioso cuando ella le hace una pregunta. Le mira directamente a las tetas en vez de a los ojos y anda siempre con la mano metida en un bolsillo y la tiza en la otra.

—Eso quiere decir que se la quiere follar, pero que no se la ha follado todavía.

—¿Por qué lo debe hacer?

—¿Ella? Por placer. No creo que esté enamorada de nosotros. El sexo es puro instinto animal, y el hombre sublima y convierte en placentero lo que no era otra cosa que una actividad reproductora, un fraude de la naturaleza para engendrar. Es una reacción química y una trampa en la que todo el mundo cae. Ella es joven y sus hormonas están revueltas por suerte para nosotros.

Tan revolucionadas y excitadas como las nuestras.

—Vamos.

—Vamos a ello.

Primero yo, luego él. Después nos lavamos las manos, comimos un bocadillo, bebimos una Coca Cola, vimos una película porno de alquiler y nos acomplejamos al comparar el tamaño de nuestros pobres atributos comparándolos con los de aquellos profesionales de la penetración, un rubio y un moreno escultóricos, que eran capaces de un mete saca brutal de hasta quince minutos

en coños y culos sin correrse y que finalmente lo hacían con una abundancia espectacular sobre los rostros de sus amantes.

—¿Les gusta la doble penetración?

—El *gangbang*.

—¿Qué dices?

—Así se denomina en el argot del *hard core* cuando una actriz se lo hace con varios hombres a la vez. No todas se prestan a ello.

—Creía que lo tuyo eran solo las matemáticas.

—Ya ves que no.

—Eso es en cine.

—Pues si yo fuera mujer, creo que me gustaría.

Fuimos al día siguiente a la desierta playa del Espigón con el temor de que a fin de cuentas la cita no fuera otra cosa que una tomadura de pelo y Leticia se estuviera riendo con sus amigas de nuestra bobería. Llegamos y no había nadie más que un niño aprovechando las últimas horas del sol para hacer volar su cometa.

—¿Y ese gilipolla? ¿Por qué no se va a casa?

—¿Y Leticia? ¿Por qué no viene?

Se hacía de noche. El niño recogió la cometa. El sol se hundió por el horizonte. Nos sentamos en la playa, desalentados. Nos sentíamos engañados, timados, avergonzados de nuestra bobería. A medida que la penumbra se extendía crecía el desánimo.

—¿A qué hora te dijo?

—No la concretó. Al anochecer, dijo.

—Demasiado bonito para ser cierto.

—Volveremos a nuestras prácticas masturbadoras.

—Prefiero la colombiana, la verdad.

—No tenemos tanto dinero como para permitirnos ese placer. No nos va tan mal seguir haciéndolo.

—Pero sin Leticia como inspiradora.

—¿Con quién, entonces?

—Con Marilyn Monroe.

—Pero está muerta.

—Pero vive para siempre en el celuloide. La recuerdas en “Niágara”. Eran más impresionante sus andares que las cataratas.

—Pero joder, tú la viste a ella desnuda y yo no. Eso no vale.

—Tenía unas tetas fantásticas.

—¿Redondas?

—No exactamente. Las tetas redondas suelen ser de silicona. Emergían poderosas como obuses de carne. ¡No, joder! Esa no es la palabra. Obuses no. No explotaban. Tiernos melocotones con una fresa insertada en su punta, pulpa húmeda en cuanto las lames.

—En el siglo XVIII los senos perfectos eran los que cabían en una mano. Silicon Valley ha alterado esas medidas. Los senos de Madame Pompadour inspiraron las copas de champán. Los norteamericanos nos han creado, a través de su cultura, un apetito por los senos grandes para el

desarrollo de toda la industria estética. Pero yo prefiero senos que pueda coger, no que se me escapen. Hay mujeres cuyas tetas son más grandes que sus cabezas. Eso es monstruoso, ¿no?

—No me interesa lo que dices. ¿De qué me hablas? ¿Es normal toda esta disquisición intelectualoides cuando lo que debemos debatir es si viene o no? Melocotones. Y no son duras, son algo blandas.

—Muy frutal estás hecho. No me gustarán.

—Si no va a venir.

—¿Oíste bien lo que te dijo?

Ya tenía mis dudas. Llegué a pensar que había oído simplemente lo que quería escuchar y mi subconsciente me había jugado una mala pasada. Tiritábamos. A medida que transcurría el tiempo tenía la sensación de que se nos iba poniendo cara de idiota. El sol estaba en su ocaso y bajaba en picado la temperatura. No estábamos para contemplar hermosas puestas de sol. La cadencia de las olas, lamiendo la arena, nos ponía tensos. Cielo y mar adquirían una tonalidad púrpura, irreal. Todo sería perfecto si viniera ella.

—Larguémonos. Nos tomó el pelo.

Fue como una aparición fantasmal. Aun hoy, cuando lo evoco, tengo mis dudas de que realmente fuera así. Los niños, en la soledad de la noche, desarrollan fantasías de terror, creen ver sombras, movimientos de cortinas, escuchar crujidos de huesos y cadenas de fantasmas arrastrándose por el suelo. Los adolescentes, por la misma regla de tres, podíamos desarrollar fantasías parecidas. Venía andando, descalza, por la playa, con un bikini nimio de color negro que la desnudaba más que la vestía. Creo que llevaba la prenda de baño más reducida del mundo, un artilugio de tela que se limitaba a subrayar las porciones más excitantes de su cuerpo y cabría en mi monedero. Los pechos bailaban dentro de aquel exiguo sujetador de tela mojado que revelaba la forma y la textura del pezón que cubrían con una gozosa precisión, como si un pastelero los hubiera untado de chocolate. Se había dado un baño y llevaba gotas de mar prendidas de su glorioso cuerpo. Balanceaba sinuosamente las caderas. Se plantó ante nosotros. Rio.

—Creí que vendríais en bañador. Sería más fácil. Tenía toda la razón del mundo. Pero nosotros ya dudábamos que viniera y no queríamos coger una pulmonía aquella noche sin más prenda que el bañador. Su repentina aparición, cuando ya estábamos dispuestos a asumir nuestro fracaso, era como un sueño, como el más maravilloso espejismo de nuestra vida. Estaba ahí, ante nosotros, y se ofrecía sin rodeos. Nos miró. Nos miró directamente allí abajo, entre las piernas. Quería sexo rápido y ya. Era lo que queríamos nosotros, por lo que nos moríamos. Estábamos en perfecta sintonía.

—Me parece que ya no hay nadie —dijo oteando la playa en lejanía—. Podemos empezar. ¿Quién da el primer paso?

—Tú, Borja —le dije.

—¿Por qué yo?

—Creía que os ibais a pelear por ser el primero —dijo con cierto aire de decepción mientras se desabrochaba la parte superior del bikini y nos dejaba alhelados con la redondeada belleza de sus senos. El frío había fruncido los pezones y estos marcaban justo el centro de pechos generosos y turgentes que parecían salir de algún lienzo de los maestros del desnudo. Se los cubrió con las manos, y aquel gesto de falsa timidez aún fue más excitante.

—Vamos —dijo con una voz suave, casi infantil—. El que tenga más ganas. A mí me da igual.

Empujé a Borja. Le ciñó la cintura tras dudarlo. Quizá creyera que le iba a cruzar la cara con un bofetón por tomarse semejantes libertades. Luego se besaron. Él mantenía, pudoroso, los labios cerrados, pero ella se los abrió con la lengua, juguetona, se los chupó, los lamió, los penetró finalmente ante el desconcierto de mi empollón amigo. Lo vi sofocado, perdiendo su norte mientras no se atrevía a dar una utilidad precisa a su sentido del tacto. Luego contemplé como sus manos rozaban tímidamente sus pechos antes de posarse sobre ellos ya sin reparos mientras ella se bajaba la braguita del bañador y exhibía sin pudor su hermoso monte de Venus. Borja estaba muy excitado, iba muy rápido, y yo temía que se corriera en los pantalones, antes de quitárselos. No acertaba el pobre ni con el cinturón, ni con la cremallera. Yo me encontraba a un par de metros del escenario y los oía jadear con intensidad. Eran como dos animales desbocados dispuestos a aparearse que se tanteaban antes de consumir su acoplamiento. Borja ya estaba desnudo, por completo, y el cuerpo le brillaba de sudor a pesar de que caía la noche. Leticia le tomó el pene, con delicadeza, lo acarició, lo llevó a su vientre. Los miré en tensión, con un cierto arrobó. No era lo mismo mirar una película porno en la televisión que asistir a un coito en directo que me iba a dar a continuación la alternativa. Iba a asistir como se la follaba y prometía ser muy excitante. Podía aprender de él puesto que me precedía. Pero yo ya sabía hacerlo, me acordé de la colombiana. Lo hacían de pie. Borja, liberado finalmente de toda inhibición, soltando al macho que llevaba dentro, la besaba en el cuello, en los labios, le lamía los pechos, hundiéndole los pezones con la punta de la lengua, mientras sus dedos se clavaban en las blandas nalgas de ella y las removían. Ella le rogó que empezara. Estaba ansiosa por ser invadida. Miré su rostro. Mantenía la boca abierta y la mirada ausente, una indicación de que se desentendía de lo que hiciera su cuerpo. Borja la penetró tras varios intentos fallidos, tras hundir la polla en el vacío, entre sus piernas, o errar el camino. No debía acertar con la cavidad adecuada y ello provocó una risita en Leticia. Debían de darnos clases particulares en la escuela al respecto en vez de tanta odiosa matemática. Debió practicar más con la colombiana. A mí no me pasaría, me hundiría limpiamente en su preciado coñito. Allí, en aquella parte, las mujeres tenían nada menos que dos orificios en donde elegir, aunque los dos eran los usuales para satisfacernos y satisfacerse. Hundió Borja su polla erecta despacio, la sacó entera y brillante, lubricada por el flujo de ella, y la volvió a meter. La metió y la sacó del sexo de su amante docenas de veces y cada vez lo hacía con más entusiasmo. Leticia temblaba por entonces y me fijé en la humedad de sus muslos. La cabalgó mi amigo dando pequeños golpecitos a su vientre que a su vez provocaban excitantes ondulaciones en sus nalgas. Se movió entre sus piernas mientras ella permanecía de pie, abrazada a él, y gemía mientras me miraba. ¿Por qué lo hacía?, me pregunté sin entender mucho esa actitud. Quizá le excitaba mi situación, mi anhelante espera. Me hubiera corrido con mirarlos. Si acariciaba un par de veces mi glánde el semen brotaría con ímpetu y se vertería en la playa. No lo hice. Aguanté aquella particular exhibición sexual.

—Me gustas —le decía—. Me gustas. Oh, cómo me gustas. Fóllame, folláme más, métemela hasta el fondo.

Me sorprendía la crudeza de su lenguaje, lo directo que era. No se comportaba de muy distinta forma que las siliconadas actrices del porno cuando eran embestidas por las espadas de sus caballeros sirvientes. Sus expresiones sexuales estaban a tono con la rotundidad carnal de su

cuerpo, pero no con su cara. Eso fue lo que nos excitó siempre de ella, la disociación de sus rasgos inocentes, de virgen recién salida del cascarón, y su cuerpo que parecía diseñado para el placer, para alimentar las más tórridas fantasías en los más sórdidos burdeles portuarios o en los serrallos de los turcos. Las nalgas de Borja se movían a buen ritmo, acompañando aquella penetración que ya duraba demasiado y ella lo envolvía con sus piernas, perdiendo el contacto con la arena. Desde donde estaba tenía la sensación óptica de que la aguantaba en el aire simplemente con su pene. Parecía mi amigo un conejo follando. Se movía rápidamente. ¿Cuándo tardaría en correrse? Yo me había desnudado y mi pene apuntaba exactamente al cielo y se humedecía solo. Lo masajeeé. No hacía falta. Era una lanza de hierro dispuesta a herir aquel tajo placentero que la naturaleza había abierto entre los mullidos muslos de la muchacha de mis ensoñaciones. Jadearon al unísono. Leticia se abrazaba al cuerpo de mi amigo, lo devoraba con los labios, chupaba su cuello, gemía mientras el culo de Borja, por los movimientos sincopados, indicaba que por fin liberaba el néctar en aquel maravilloso coño soñado, que finalmente materializaba las fantasías de tantas masturbaciones frustradas. El semen no se perdía en la mano sino que caía en aquella maravillosa sima diseñada por la naturaleza para abreviar el placer. Lo oí llorar. Ignoraba que alguien pudiera hacerlo sacudido por el éxtasis de un buen polvo. Aún siguieron abrazados, sin separarse, besándose, acariciándose, y las manos de Leticia parecían muy dulces hundiéndose entre los cabellos de mi amigo, recorriendo la espalda, bordeando sus estremecidas nalgas. Tras la violencia de la batalla se firmaba la paz y venía la ternura. Era como si ambos se pidieran perdón por la brutalidad del encuentro.

—Has estado muy bien. Me ha gustado mucho —oí que le decía, y la aborrecí. ¿Acaso ponía notas a sus amantes? ¿A cuántos muchachos ya se había tirado? ¿Qué número hacíamos nosotros? ¿El mil? ¿El dos mil? ¿Aprobaría?—. Sal. Ahora le toca a tu amigo —le dijo, apartándolo y mirándome muy fijamente.

—Maravilloso —suspiró Borja, derrumbándose a mi lado y pasándome el brazo por el hombro mientras cogía el calzoncillo de la arena y se lo colocaba—. Ha sido tocar el cielo. Inimaginable. La mejor experiencia de mi vida. Anda. Ve. Yo te miro.

Parecía difícil de superar. A mí me recibió tumbada. Quizá estaba cansada, o sencillamente quería variar de postura. Había un barniz de humedad en donde se juntaban sus muslos. Me los abrió. Su coño era barroco, una tilde hecha carne, la superficie anhelante de una bonita ostra que alentaba a devorarla y se movía como si respirara, rojiza, oxigenada. Me eché sobre ella, la besé en la nariz, en los labios, en los pechos, se los lamí con fruición, levantando un gemido en ella cada vez que mi lengua los recorría, cada vez que la punta de mi apéndice golpeaba sus pezones. Luego se los palpé con ambas manos, comprobando su consistencia, su tersura, descubriendo el placer que mi caricia producía en ella, y le toqué el culo bajo la arena, y levanté algo sus nalgas para hacer más accesible su coñito enmarcado por corto vello rizado.

—¿Te gusta? —me preguntó riendo mientras sorprendía mi embelesada mirada hacia la joya que se abría entre sus piernas.

Lo adoraba. Una sima profunda entre las piernas, envuelta en labios de carne, húmeda de excitación y del barniz de semen que había dejado el amante anterior, abierto como una flor carnívora de rugosos pétalos y llamándome a entrar. Una boca vertical, dispuesta a tragarse mi miembro, que expelía un aroma salvaje. Lo hice, mientras la abrazaba, tocaba y besaba, pues ponía en funcionamiento todo mi espectro sensorial para disfrutar de aquel precioso momento,

único, mágico, irrepetible de hacer el amor con la primera mujer de mi vida puesto que con la colombiana fue meramente una mecánica venal. Ningún goce posterior superó aquel momento. Era pura liturgia, transferir al mundo real todo lo fantaseado durante años. Entré en ella sin dificultad, como si me tragara un acogedor abismo, me moví ansioso agrandándolo y agrandándome, farfullando obscenidades cuando mi boca se veía libre de sus jugosos labios que jadeaban elogios a mi polla en el oído cuando no me besaban. Crecía dentro de ella hasta hacerme un gigante y sentía el vientre convulso bajo mi cuerpo, estremecido por el placer, ajeno a mi mente, como si yo fuera dos y uno de ellos, el que disfrutaba, estuviera fuera de toda racionalidad.

—Tienes una gran polla. Gran polla. Me gusta. No te corras aún. Sigue, sigue, sigue, pero sin correrte. Detente cuando estés a punto.

Fui obediente. Me detenía para mirar su cara. Sacaba el pene, lo apoyaba tembloroso en sus muslos húmedos y ella me rogaba con un mohín de niña traviesa que se lo metiera de nuevo si era capaz de demorar su corrida. Lo hacía lentamente, observando la gradación del éxtasis en su rostro, me deleitaba mirando como desaparecía en su cuerpo y nuestras ingles se juntaban. Se mordía los labios, entornaba los párpados, se agitaban sus pechos bajo mi mano mientras un alud de contracciones sacudía su vientre.

—¡Cabrón! —decía, cariñosamente, envolviéndome en una mirada turbia—. Parece que lo hayas estado haciendo siempre. Sigue así, sigue así, y no pares.

Brillaba una luz sobre su rostro, por encima de la noche, me hipnotizaban sus ojos de mirada turbia mientras sus pechos botaban entre mis manos y sentía bajo la carne de uno de ellos el batir de su corazón. Palpitaba su vientre bajo el mío. Me quemaba con su pasión. Ardíamos. La besé en la barbilla, mordisqueé sus pezones, metí mis dedos por la raya de su culo hasta acariciar su ano, y ello le hizo gemir intensamente, la sacudió de arriba a abajo, como una descarga eléctrica. Y luego la seguí follando, y me paraba cuando estaba a punto de correrme, para besarla, para acariciarla, para decirle, en mi locura, lo que la amaba, lo loco que me tenía, lo mucho que me había masturbado imaginando ese momento, la vez que la vi desnuda en la ducha, acariciándose en solitario bajo el agua.

—¿Estabas allí? ¡Sinvergüenza! ¿Por qué no entraste? Hubiéramos hecho entonces el amor, y hubiera sido muy excitante hacerlo en los vestuarios del colegio, con el riesgo de que alguien nos viera. Así, contra la pared húmeda, resbalando por el suelo, tú hundiéndome tu hermosa polla y corriéndote entre mis muslos mientras el agua lamía mis pechos y se llevaba tu semen.

Seguí. Me encontraba bien. Dominaba el asunto como si no hubiera hecho otra cosa en mi vida, desde la cuna, que follar. Si no tenía oficio ni beneficio podía dedicarme al *porno*. Me moví entre sus muslos de seda que se cerraban gradualmente para hacer más angosto su hermoso coño. Era entrar en un tubo de carne húmedo y extraordinariamente caliente. Hacíamos un ruido extraño de tan corrida que estaba ella, un rumor de fluidos espesos y carne que frota. Me pegaba tanto a su cuerpo que ya parecíamos uno, y el sudor, el ungüento que nos unía.

Me detuve para mirar su rostro. Estaba bellísima. Tenía la piel alrededor de la boca enrojecida, por mis besos, como la carne que circundaba las areolas de sus pechos, que parecían haber madurado con mis efusiones bucales. Me fijé en ellas. No eran estrellas perfectas de carne, sino que tenían una forma irregular, un curioso relieve derivado del fruncimiento de la carne. Aquel tono profundamente carmesí con que aparecían pintados parecía indicar su alta

sensibilidad. Pezones eréctiles, estimulados por mis dedos y mi boca, succionados una y otra vez, saboreados hasta la saciedad, mordisqueados suavemente. Brillaban, cubiertos de baba, mientras mis pulgares se deslizaban por ellos, como las agujas de un reloj para luego invertir el curso de la caricia. Hundía, cuando me cansaba de la rotación, las yemas de los dedos en esa carne blanda y trémula que cedía suavemente y recuperaba su forma primigenia en cuanto abandonaba sus pechos. Le encantaba que le tocaran los senos. Se moría de gusto cuando sentía mis manos y mis labios mimándolos. Su coño se cerraba, se contraía, de puro placer, su cuerpo se tensaba, su vientre se volvía más húmedo y palpitaba.

—¿Te gusta así? —me preguntaba ella mientras me besaba en los párpados, recorría con manos expertas mi espalda, acariciaba mis nalgas—. Lo cierro por ti, Hernán, para que te corras más a gusto. Puedes correrte ahora si lo deseas. Estoy preparada. Ya he tenido varios orgasmos. Ahora te toca a ti tener el tuyo, tu *big bang*.

Fui a ello. La cabalgué entonces sin pausa, como un corcel brioso que espolea la yegua que monta, sacando fuego de su sexo, una y otra vez, ajeno a sus orgasmos, a su gozo, a sus gritos, a los golpecitos en las sienes, al surco de sus uñas en mi espalda, excitado por el inmenso placer que truncaba su cuerpo y mataba el mío. Entonces noté físicamente lo que iba a ser mi orgasmo, tuve conciencia de ello. Nada que ver con la triste masturbación y el vertido en un coño venal. Tenía algo de sísmico, de dolorosa contracción, de ola que nacía de los testículos y crecía y crecía navegando por aquel tallo hundido y en movimiento, de dolor de resistencia, renuente a liberar, cerrando la puerta por donde ya irremediablemente iba a surgir, desembocar, explotar. Venía, inevitable, violento y placentero, como una sacudida, tirando de mi cuerpo, cegando la cabeza, la vista, como si el centro del universo estuviera en esos momentos en esos veintitantos centímetros de carne dura bien lubricada por humores propios y ajenos que no cejaban en sus movimientos en ese abismo de placer. Me besó, me pellizcó las nalgas con fuerza, aposentó con firmeza sus manos en ellas, quizá para detener sus violentos movimientos, para demorar un segundo más, valiosísimo, la explosión del placer, me lamió la cara con la lengua mientras sollozaba.

—¡Ah, ah, ah, ah, ah!

Seguí cabalgando su cuerpo hasta el límite, hasta la frontera del no retorno, con la vista fija en sus ojos verdes, muy abiertos, y en su boca, floja, húmeda de baba, por entre cuyos labios brillaba el rosario de perlas de sus dientes. ¿Llegaba al orgasmo o se estaba muriendo? Si la estaba matando no por ello iba a parar. Era animal, irracional, impelido por la furia que me movía a entrar y salir en aquel cuerpo pletórico de redondeces que mis manos moldeaban. Flexionó las piernas, llevó sus rodillas a sus hombros, abrió su coño para recibirme con toda la intensidad, y yo me hundí en él con loca pasión y derramé cataratas de placer en sus entrañas sin dejar de mover el culo y convirtiendo todo mi cuerpo en un gigantesco émbolo que se acercaba y se alejaba mientras se vaciaba, una y otra vez, solapando con mis gemidos los suyos. Agonizamos en esos instantes y el mundo dejó de girar. El mundo éramos ambos, el centro del universo, lo único que importaba.

—Te quiero —le dije, besándola con tanto apasionamiento que temía morderla—. Te quiero muchísimo —gemí, infinitamente agradecido a aquel cuerpo que temblaba de excitación entre mis brazos y exudaba placer por todos sus poros, mientras recuperaba el aliento.

No andaba desencaminado Borja en su apreciación de aquel momento irrepetible. El primer coito es una experiencia inolvidable por su terrible intensidad, te deja una marca indeleble más allá del cuerpo, una maravillosa señal en el subconsciente que no se borrará aunque pasen los años y hará que los posteriores actos amorosos sean medidos con ese baremo. Era perfecto, era hermoso, placentero, sublime, divino, lo mejor que nos podía ocurrir, no había gozo que ni de lejos se acercara a esa barroca amalgama de sensaciones límites que llevaba hacer el amor. Por aquel instante, en el transcurso del cual uno quedaba vacío, en blanco, como muerto, estaba justificado nacer, venir a este mundo. Por aquel momento uno podía morir a continuación con la sonrisa en la boca y la sensación del deber cumplido. Nada podía igualar ese placer. Éramos hombres, machos, y veníamos al mundo para amar a las mujeres, para ahondarnos en ellas, abrazarlas, acariciarlas y besarlas. Desentrañar su misterio y alcanzar el éxtasis. Tocar aquel mito carnal que durante miles de horas previas nos había atormentado, palpar la materia del deseo, fundirse en ella. Me desalenté pensando que la segunda vez, si la había, no sería lo mismo, no podía serlo. Me angustié, mientras me abrazaba a ella, pensando que quizá no habría una segunda oportunidad, que yo para ella podría ser un mediocre amante a pesar de sus exclamaciones de gozo. ¿Era una chica educada que no quería desalentarnos?

—Has estado muy bien —me dijo, como si leyera mi pensamiento.

Creo que en aquel momento fue cuando comencé a amarla, en cuanto calmé mi deseo hacia ella y la vi como mucho más que esa preciosa envoltura de carne que para mí, en un principio, era. Lo pensé, una y mil veces, mientras su cuerpo tibio permanecía enroscado al mío, en una eternidad gozosa, temblando ambos, con nuestros vientres unidos, reacios a la separación.

—No salgas todavía —me dijo con dulzura, besándome en los labios—. Me gusta tu boca, me encanta esa forma tan viril que tienes de besar y de acariciarme, y esa polla maravillosa —maulló, entre sonrisas.

Y permanecí dentro, destilando mi semen en sus entrañas, en lento goteo, temblando aun, boqueando entre sus labios, abrazado a su cintura, mi pecho sudoroso contra sus hermosas y suaves tetas tantas veces acariciadas por mis manos, nuestros corazones batiendo al mismo tiempo bajo el caparazón de las costillas mientras recuperábamos el aliento perdido. Aquel tierno abrazo paliaba la brutalidad animal de nuestro ayuntamiento, civilizaba el instinto procreativo que estaba en el origen de ese terremoto carnal. Nos miramos a la cara con cierto pudor, pidiendo excusas por lo que nuestros cuerpos habían hecho instantes antes. Ella volvió los ojos, tímidamente, y a mí me encantó ese recato viniendo de quien se había entregado de forma tan desinhibida hacía solo unos instantes.

—¡Qué vergüenza! —me dijo al oído, con una sonrisa tierna.

—¿Por qué?

—Por disfrutar tanto. Soy una escandalosa. Pero es que el sexo me encanta. Follaría, follaría y follaría hasta la extenuación.

No le pregunté si follaría con todo el género humano o solo lo haría conmigo. No salí todavía de ella. Mantuve una agradable semierección que me permitió retrasar el traumático momento de abandonarla. No lo hubiera hecho nunca. La besé en los ojos, en la nariz, en la barbilla, me demoré sobre sus labios encendidos, saboreando su deliciosa humedad.

—Te quiero —le dije, en medio de mi borrachera de sentidos.

—¿Estás seguro? ¿Por un polvo?

—No ha sido un polvo. Ha sido un acto de amor.

—No. Ha sido quitar las bridas a nuestros cuerpos. El amor tiene que ser mucho más complejo. Pero yo también te quiero, os quiero —rectificó de inmediato, al sorprender la mirada de protesta de Borja.

La noche había caído por completo y yo seguía sobre ella, colmándola de besos y de caricias. Ya no buscaba excitarla sino recompensarla, darle las gracias por la generosidad con que se había entregado. Se removió debajo de mí mientras alzaba mi rostro entre sus manos y me observaba con la escasa luz reinante.

—Eres guapo, Hernán. Sois guapos ambos. Me ha gustado hacerlo con los dos. En serio. Ha sido brutal, un sueño —cerró los ojos—. Pero he de levantarme. Los granitos de arena se me están metiendo en la raya del culo y empieza a hacer frío. ¿Me dejas? No sé si veré dónde he dejado el bikini.

Era reactivo a abandonar aquel juguete de carne cálida y húmeda. La besé de nuevo, caprichoso. Atenacé sus bonitos pechos con mis manos mientras crecía dentro de ella.

—¿Por qué tienes que irte?

—Me tengo que ir. Mi madre me está esperando.

Cuando me desacoplé, un hilillo de semen brotó de su vagina y se deslizó por su muslo. Me emocionó saber que ella llevaba en sus entrañas ese fluido de mi cuerpo, el néctar que liberaba el placer cuando se volvía insensato. Reparó en él y lo secó con un Kleenex. Se colocó luego media docena de ellos en la braguita del bikini, alrededor de su sexo encendido. Pidió a Borja que le cerrara el sujetador. Nos lanzó un beso al aire. Desapareció por la oscura playa, como un fantasma, con sus brutales contoneos, una silueta que tenía luz propia, y tuvimos que pellizcarnos, mientras nos metíamos en los pantalones, para cerciorarnos de que aquello no había sido un sueño, una alucinación onanista.

—Ha sido lo mejor que me ha pasado nunca, Hernán. Leticia es maravillosa. ¡Qué cuerpo! Uno ya puede morir después de una experiencia así.

—Exquisitamente dulce. Íbamos para hacer algo sucio, lo confieso, iba para desahogarme entre sus piernas, pero ella ponía arte en lo que hacía. Es una vestal, una de esas putas sagradas que tenían los romanos y hacían del fornicio un bello y excitante arte.

—¡No digas que es una puta! —había indignación en su protesta, hasta agresividad—. Sensibilidad, amigo. Es una diosa.

—Tan hermosa. Tan dulce.

—¿No te estarás enamorando de ella?

—No puedo enamorarme puesto que no la conozco. ¿De sus tetas? ¿De su coño? Sigue siendo un fantasma, un delicioso fantasma.

—Sus tetas y su coño son ella. Y sus piernas. Y su culo. Y las uñas de sus dedos. Y los hoyuelos de su espalda.

—Ella es bastante más que sus tetas y su coño.

—Sí, claro, una vestal.

—A lo mejor juega con nosotros.

—Probemos de nuevo. Creo que le gustamos.

—Tuvo una verdadera cascada de orgasmos. Yo creo que parte de mi placer venía del suyo.

—Pero yo estuve más tiempo dentro de ella que tú.

—Pero yo la hice disfrutar de forma más plena. Se le endurecían los senos, se convertían en piezas de mármol. ¿A qué sabían sus tetas?

—A su carne dulce, a membrillo cubierto de melaza. A la sangre que las recorría por el entramado de venillas. Le frotaba con los pulgares los pezones y jadeaba enloquecida. Le juntaba las tetas, se las separaba.

—Se derritió cuando bordeé su ano con el dedo.

—¿Eso hiciste? ¿Y no se molestó?

—¿Por qué? Le gustaba. Le gustaba todo. Hasta su aliento transpiraba sexo.

—La deseo más que antes.

—Yo también.

La citamos cuando acabó el curso, una semana después de aquel maravilloso encuentro en la playa, excitados por el recuerdo. Ella dijo sí, sencillamente, sin disimular la alegría que le producía que nos volviéramos a ver. Tonteamos por teléfono dentro de lo que ya era un preámbulo erótico. Tuve una fuerte erección mientras hablaba con ella. Los padres de Borja estaban en el extranjero. Disponíamos de toda la casa para nosotros. Compramos bocadillos vegetales de lechuga, tomate y mayonesa, bebidas frías, velas para dar más intimidad al ambiente. Estábamos tan nerviosos como la primera vez y nuestra preocupación se centraba en si seríamos capaces de devolverle el placer que ella nos dispensaba, si estaríamos a su altura. No pude contar las veces que nos cepillamos los dientes ni las barras de desodorante que usamos a fin de oler agradablemente durante el encuentro. Llegó con puntualidad. Llevaba un vestido ceñido de un rojo rabioso, corto, que le llegaba a mitad del muslo, y sandalias en sus bonitos pies. No podía llevar menos ropa encima. Me fijé en sus dedos, bonitos y acicalados, en sus uñas recortadas y pintadas de rojo. Estaba tan excitada como nosotros. Nos sonrió mientras la repasábamos con la mirada, sin perder detalle. Nos olvidamos pronto de las bebidas, de la comida y las velas. Solo queríamos follar. Borja la besó no bien le abrió la puerta. Y Leticia se desnudó por el pasillo, saludándome, dejando un reguero excitante de ropa por el suelo a medida que avanzaba y se deshacía de nuestros abrazos y caricias. Borja la ciñó por la espalda mientras yo la estrechaba por delante y besaba su boca. Estaba como ebria de sensualidad. Le toqué los pechos con ambos pulgares mientras seguía besándola. Le froté con el filo de la mano el coño que se abría sin resistencia, rindiéndose al placer. Suspiró estremecida por un breve orgasmo besándonos a ambos. La bloqueamos contra una pared y nuestras bocas y manos la pusieron literalmente a cien. Su coño estaba húmedo, exquisitamente pegajoso, se estremecía bajo la caricia de mi mano. Tuvo un primer orgasmo así, de pie, tocada y besada por ambos.

—Uno después del otro —dijo, presintiendo que pretendíamos asaltarla al mismo tiempo.

Borja se hizo con ella. La mordisqueó el cuello, luego lo hizo con sus tetas mientras se deslizaba el pantalón y el *slip* y frotaba su pene contra su vientre. Después se metieron en la habitación y cerraron la puerta. Pero los oí. Hacían un ruido endemoniado: crujía el canapé de la cama, agitaban todos los muelles con su enloquecida entrega sexual. Luego vinieron los jadeos. Los de ella, intensos, solaparon a los de él. Era ruidosa haciendo el amor, tan apasionada como lo éramos nosotros. Hernán salió demudado al cabo de un tiempo que se me hizo larguísimo, tambaleándose, y fue al lavabo sin más prenda que una toallita cuadrada que envolvía su pene. Me miró como si estuviera borracho y me sonrió como un estúpido. Lucía llamativos rosetones en el cuello y alrededor de las tetillas.

—Quiero morirme entre sus brazos. Quiero morirme mientras la tengo abrazada y me derramo en ella. ¡Qué hermoso y placentero es hacer el amor con Leticia! ¡A la mierda las matemáticas!

Estaba ebrio de sensualidad, como enloquecido. Si le dijeran que tenía que matar a alguien para estar con ella no tenía ninguna duda de que lo haría. Entré yo, entonces. La habitación estaba a oscuras, pero olía a sexo, a cuerpos sudorosos, al fragor de la batalla. Tanteé la cama, desnudo. Un brazo me tomó por la cintura, otro me rodeó el cuello. Sentí el aliento de su garganta y luego un beso profundo, su lengua ahogándose en un delirio de pasión.

—Te voy a chupar el pene.

—No —era una negación, pero en realidad era una afirmación tremenda, emboscada.

—Sí. Te lo pondré tan duro en mi boca que te dolerá —me susurró, muy excitada—. Te irá creciendo entre mis labios hasta que ya no puedas más, hasta que te mueras casi.

—No.

Lo hizo. Buscó mi miembro a tientas mientras yo me tendía en la cama y abría brazos y piernas. Engulló el glande tras acariciarlo con la lengua y recorrerlo de punta a extremo con breves besos, picotazos húmedos que lo endurecían. Luego lo hundió todo en su boca, hasta la garganta, y me animó a moverme. Lo hice. El placer era extraño e intenso, morboso, de algo prohibido. No la veía, pero la imaginaba sudorosa, moviéndose entre mis piernas con pasión. Sus labios se aferraban con fuerza a mi pene, sin soltarlo, sus dientes me rozaban, su lengua me acariciaba sin tregua el punto de máximo placer, el frenillo, y una película de baba cálida barnizaba el tallo endurecido. Me moví en su boca con la misma pasión que lo hubiera hecho en su coño. Le acaricié luego el pubis por la espalda con los dedos, abrí sus labios, rocé su sexo cálido, pegajoso, lo froté con avidez mientras me movía contra su cabeza y mi vientre golpeaba su nariz. Hundí un par de dedos en su sexo, suavemente, los metí bien adentro, y con la otra mano estimulé su ano. Piafaba como un caballo desbocado, sin respirar, mientras succionaba mi glande.

—Me corro —avisé, para que apartara su boca, pero deseando que no lo hiciera.

No lo hizo. Succionó las sucesivas oleadas de mi semen que rompieron contra su garganta. Siguió chupando mi polla, una y otra vez, hasta cerciorarse de que la había vaciado, de que mi deseo había sido completamente saciado. Luego se abrazó a mí, me besó en el cuello.

—¿Te ha gustado?

—Inenarrable —acerté a decir, todavía estremecido de placer—. Gracias.

—¿Gracias? ¿De qué? —sonrió—. ¿Crees que te la hubiera mamado si no me gustara hacerlo? —Cerró los ojos y soltó una perversa risita—. Me gusta ese momento, cuando explotas, los espasmos. El semen no es muy agradable, pero no voy a rechazarlo si lo provoco, no soy tan hipócrita de echarme atrás en el último momento.

Comimos entonces los bocadillos, en la cocina, y bebimos coca colas, los tres, desnudos, como una hermosa hermandad. El amor nos había abierto el apetito. No dejamos de mirarla y a ella, al final, nuestra insistencia llegó a incomodarla, a buscar ropa con la que cubrirse. No hicimos más sexo aquella tarde, sino que hablamos de literatura. La culpa de ello la tuvieron los numerosos libros del padre de Borja que cubrían dos paredes del salón hasta el techo y volaban sobre el arco de la puerta a falta de espacio. Leticia escribía poemas eróticos y era una aplicada lectora de los surrealistas, de Louis Aragon —le fascinaba el relato de un tocón de metro que

consigue excitar a la anónima pasajera hasta límites inenarrables frotándole con su polla las nalgas en un vagón atestado de viajeros— y Guillaume Apollinaire. Yo comenté, riendo, que el poeta autor de “Las once mil vergas” y “La Roma de los Borgia” hacía honor a su apellido. Borja, que aclaró que nada tenía que ver con el perverso pontífice ni su retorcida familia, se decantaba por la osadía transgresora de un Marqués de Sade y proponía, alocadamente, poner en escena algunos de los capítulos de “La filosofía del tocador” con Leticia en el papel de aplicada alumna. Mis gustos eran más contemporáneos en ese aspecto, se ceñían a Henry Miller, Bukowski y John Fante. La lectura de los “Trópicos” podía calentarme. Bukowski era más elemental. Fante era un Bukowski más civilizado. También salió a colación, como una excentricidad, la voluminosa experiencia sexual de Georges Simenon, las miles de amantes que tuvo, un apetito carnal desmesurado que, sin embargo, no dejó que se reflejara en su literatura. Hablamos aquella tarde largo y tendido, mientras nos fumábamos unos *mails* de chocolate que aportó Leticia tras liarlos admirablemente entre sus dedos, sobre si la literatura era capaz de erotizar y si el ser muy explícito era contraproducente a la larga. Borja señaló que el párrafo más erótico que leyera nunca se encontraba dentro de “Rayuela”; Cortázar era capaz de narrar un coito omitiendo expresamente todas las palabras abiertamente sexuales sin que menguara su carga erótica. Estuvimos de acuerdo en que la literatura podía erotizar al lector, pero que luego la conclusión tenía que ser siempre física, táctil.

—Nadie se corre leyendo la página de un libro.

—Pero puede estimularse con la otra mano. Como con una foto.

—Me suena a publicidad encubierta. Pero mejor una mujer.

—O un hombre —dijo ella.

—Los libros eróticos suelen ser libros de hazañas imposibles, porque los dicta la imaginación, y la imaginación no tiene ninguna frontera si se desinhibe. Es recurrente la mujer asaeteada por varios penes, pero yo estoy seguro de que ella obtiene más placer disfrutando de un amante después de otro que tratando de hacerlo con dos o más al mismo tiempo. Pero los hombres nos excitamos —puntualicé— creyendo que eso, a su vez, es lo que más les excita a ellas.

—Todo se reduce a química y a física.

—No estoy de acuerdo. Está el misterio. Hay un componente mágico en el sexo. No a todos nos erotizan las mismas cosas, ni las mismas mujeres. El sexo es complejo, aúna placer y sufrimiento.

—No hay sexo sin imaginación.

—Claro que lo hay: el cine porno.

—Que es aburridísimo, sigue idénticas pautas, carece de argumento y de tensión erótica.

—Porque no hay personajes, sino cuerpos, falos y coños que se imbrican sin ningún sentimiento. Es aceptable si te estás masturbando en ese momento o haciendo el amor con alguien.

—Uno de mis amantes maduros...

Captó nuestra mueca de disgusto. Se rio de ella.

—¡No seáis celosos! No os conocía entonces. Pues ese amante maduro me decía que a los dieciocho años el erotismo es genital, el sexo está simplemente entre las piernas, pero que pasado los cuarenta, y él tenía unos cuantos años más, se ubica en el cerebro y la fantasía palía la falta de

potencia del pene. Ese cilindro maravilloso de carne que tenéis entre vuestras piernas funciona mientras vuestro riego sanguíneo sea el adecuado, queridos.

No era nuestro caso. Nuestro sexo bramaba entre las piernas con solo mirarla. Le rogamos que se desnudara. Lo hizo con lentitud, de pie, bailando, como una consumada *stripper* de tugurio de carretera. Se sacó la camiseta, jugueteó unos instantes con sus pechos, mostrándolos y ocultándolos entre sus manos, con las braguitas retozó un instante, frotándose con ellas la entrepierna antes de lanzarlas a la cara del boquiabierto Borja. Giró entonces, sobre las puntas de sus pies, exhibiéndose sin pudor desde todos los ángulos posibles, como la muñequita carnal de una caja musical. Nuestras miradas se concentraron en su bonito culo respingón, en la raya sinuosa que separaba sus dos hemisferios y ocultaba sus entradas secretas, lo prietas que eran sus nalgas.

—Me han tomado apuntes del natural —aclaró.

—¿Quién?

—Un pintor y escultor. Eudaldo Gorch. ¿Lo conocéis?

Negamos con la cabeza.

—Derivó del paisajismo vegetal al paisajismo femenino —aclaró—. Decía que no había gran diferencia entre pintar un paisaje a hacerlo con un desnudo. De hecho, una vulva es como una flor abierta, ¿no?

—¿Posaste desnuda para él?

Asintió con la cabeza mientras se observaba el ombligo y hablaba en voz alta con él.

—¿Qué tal un *piercing* aquí?

—¿Te fuiste a la cama con el pintor?

—¿Qué importa?

—Queremos saberlo.

—Claro. No iba a negarme. Era guapo, además. Y tenía manos de escultor. Y el pene duro como la piedra que empleaba. Me follaba sin darle demasiada importancia al asunto, cuando le venía en ganas, después de una sesión. Siempre me decía: “No te importa, ¿verdad?”. Y yo movía la cabeza y le dejaba hacer —nos envolvió en su mirada—. Era bastante excitante porque hablaba mientras me follaba, entablaba una conversación conmigo, ajena a lo que estábamos haciendo. Todo lo que sé de los impresionistas se lo debo a esas sesiones. Creo que debería ser una táctica para demorar su corrida. Podíamos estar haciéndolo toda la tarde. ¿Os muerden los celos?

Intuimos que ese tal Eudaldo podría haber sido el culpable de su maravillosa transformación de adolescente desgarbada a maravillosa mujer, que el pintor-escultor la moldeó con sus manos y creó la bella criatura que teníamos delante. El calor que reinaba allí adentro hacía que la piel se humedeciera, que miles de gotitas de sudor, como el rocío, la cubrieran. La humedad era como el barniz de un cuadro. Su piel era un lienzo de suaves colores, de rosas pálidos y rojos encendidos. Su cuerpo una escultura de formas rotundas, un compendio de volúmenes soñados que erotizaban nuestras miradas. Le demostramos una vez más cuánto la deseábamos. Adoptó la postura del puente, con la espalda encorvada y los nudillos rozando el suelo, y yo me pegué gozoso a su culo y luego lo hizo Borja. Nos estuvimos alternando, entrando y saliendo de su vulva, sin vaciarnos, excitados por sus gemidos, uno y otro, una y otra vez, sin darle tregua. Su cuerpo se estremecía con nuestros embates, su cuello se tensaba mientras bramaba como una

corza herida y se estremecían sus nalgas con nuestras acometidas. Tras quince minutos de hacerle el amor sollozaba de forma imparable y suplicaba que nos corriéramos. Alzaba su grupa y mostraba su sexo dilatado y brillante, la flor carnívora que devoraba nuestros penes como insectos seducidos por la golosa miel que albergaba. La lamimos, colocados de rodillas entre sus perfectas piernas abiertas, el más hermoso compás, y mientras uno lo hacía el otro acariciaba sus pechos suspendidos, frutales, ofrendas de carne que llenaban nuestras manos. Me corrí primero yo, luego lo hizo Borja. Se vistió, cuando terminamos, tras lavarse en el bidet, aunque decía no sentirse sucia por nuestro semen.

—Rompieron el molde cuando te parieron —le dije, mientras su cuerpo desaparecía bajo la ropa.

—Pues no. Tengo una hermana aún más guapa que yo.

—Imposible.

—Gemela.

—¿Gemela? ¿Dónde está? La queremos conocer.

—Mi padre la matriculó en un colegio distinto para impedir que nos suplantáramos en las clases. Estaba harto de no saber quién era la que hacía campana en el colegio.

—Tráela un día.

—No nos vemos.

—¿Por qué?

—Ella vive con mi padre, yo, con mi madre.

No la creímos. Aquella belleza solo podía ser original, no admitía ningún duplicado. Nos tomaba el pelo.

Leticia tenía una cita a la que iba a llegar tarde con nuestras fogosas demoras.

—Una amiga.

—¿El pintor?

—No, una amiga. ¿No me creéis? Nos vemos. Se despidió con un fuerte abrazo y un beso. La vimos descender la escalera, trotando, con la melena revuelta. Estábamos locos por ella.

—Creo que me equivoqué y se la metí en el culo cuando estaba con ella en la habitación —se quejó Borja.

—Pero, ¿qué dices?

—Sí, lo que oyes. Joder, estaba oscuro y todo iba muy rápido. Se tumbó de espaldas y levantó las nalgas. Pero creo que se la metí en el culo.

—Y gozó.

—Bramó de delirio. La sujetaba por los pechos mientras la penetraba.

—¿Cómo sabías que no estabas en su coño?

—Porque al principio le dolía, y aquello era rematadamente estrecho. Pero no me hizo salir.

—Pues a mí me hizo una felación.

—¿En serio?

—Completamente. Imagina esa boca tan bonita, hermosa y mullida besándote el pene y la lengua recorriéndolo a lo largo y a lo ancho.

—Joder. Tiene que ser maravilloso. ¿Te corriste?

—Claro.

—¿En su boca? —Borja compuso un escandalizado gesto de náusea.

—Ella lo quiso así. Se tragó mi semen. Le gustó. Hay mujeres que tienen el clítoris en la garganta.

—Sí, Linda Lovelace en “Garganta profunda”, pero esa era una *peli porno* de los sesenta. *Demodé*.

Éramos un buen trío. Nos compenetrábamos física y emocionalmente. El triángulo perfecto. No había lugar a los celos puesto que ambos la amábamos casi al instante. Leticia estaba abierta a todas nuestras fantasías y estimulaba activamente nuestra imaginación erótica. Le gustaba el sexo tanto como nos gustaba a nosotros dos, o quizás más. Le excitaba despertar al mismo tiempo nuestro deseo y calmarlo como un bombero incendiario que experimenta un retorcido placer tras apagar el fuego que ha provocado. La casa de Borja era nuestro picadero mientras durara aquel maravilloso verano en el que me había olvidado de los suspensos y de las broncas paternas. Los muchos cuadros que colgaban de sus paredes, los mudos testigos de nuestras acrobacias sexuales.

—Los dos a la vez —rogó en una ocasión, componiendo una carita dulce y perversa, tras besarnos a ambos en la boca.

El cómo lo dejaba a nuestro albedrío. Se tendió desnuda en la cama de sábanas fruncidas, de espaldas, y esperó. Ronroneaba como un gato, esperando. Tenía unos glúteos perfectos, sinuosos, montes de carne de vestal pagana, y un pequeño tatuaje geométrico se dibujaba sobre su carnosa nalga derecha. Le abrí las piernas, encajé mi cabeza entre ellas, hundí mi lengua en su coñito mientras separaba sus muslos. Jadeó, se estremeció, se corrió en mi boca sin saber quién de los dos la estaba estimulando. Se agitó sobre mi lengua.

—¿Borja?

Borja calló. Yo seguí lamiendo su raja. Se revolvió. Movié el trasero, lo alzó, y la estrella rosácea de su sexo se abrió como una misteriosa ameba pidiendo su pitanza. Me llamaba. Yo tenía la polla dura, a punto. La hundí hasta el fondo, la oí gemir mientras me removía en su interior y pegaba mi vientre a su culo. Nos frotamos hasta sacar chispas.

—Hernán. Esta es tu polla, Hernán. La siento, la siento.

No llegaba a entender cómo podía distinguir un miembro de otro, identificarlo sin ver a su amante. Me moví sobre ella con sabiduría. Quería tardar en correrme una eternidad. Veía su espalda tensa, que recorría con mis manos, y luego esas manos se metían por debajo de su torso y palpaban sus pechos aplastados contra la cama. Alzó la espalda, para que las tetas quedaran en suspensión y yo las pudiera tocar más libremente. Me apliqué a ello mientras seguía penetrándola sin pausa. Las liberé. Se movieron suavemente, sobre las palmas de mi mano, se endurecieron con el solo roce. Volví a tomarlas. Eran volcanes encendidos que destilaban lácteo sudor, se endurecían, y los pezones se transfiguraban de tersas superficies de textura suave a fruncidos botones bajo el estímulo de mis dedos. Murmuró algo acerca de lo que le gustaban que le tocaran los pechos, gimió. Tuvo su primer orgasmo cuando mis dedos rotaban por sus pezones y los frotaban sin cesar. Lo noté en mi polla. Su sexo se contrajo, se estremeció, me chupó literalmente como si quisiera devorarme. Sentí un mareo.

—He dicho que os quiero a ambos. Quiero que seáis los dos los que me hagáis el amor —jadeó en voz bajita, muy excitada, mientras todo su cuerpo se cubría de brillante sudor por donde resbalaban enloquecidas nuestras manos.

Borja se volvió osado. Se deslizó por la cama y se colocó, en cuclillas, delante de ella. Leticia rio al ver su pene trémulo a escasa distancia de su cara, apuntándole.

—Te veo venir. Ven, vamos. Hazlo.

Le metió el pene en la boca y la cabalgó. Yo la follaba por detrás y él lo hacía por delante. Las manos de Leticia acariciaban el pecho de Borja, le pellizcaban las tetillas con fuerza, le arañaban el torso desde los hombros al vientre mientras sus labios envolvían golosos su polla, la devoraban buscando su semen. Arrecié mis movimientos sobre su culo, me concentré en recorrer su espalda arqueada, su nuca, la rotundidad de su trasero. La oí gozar. Gruñía, puesto que su boca estaba ocupada en otra actividad, se estremecía, sudaba, se le endurecían los pezones de las tetas bajo la caricia de nuestras cuatro manos. La notábamos cada vez más excitada, a punto de explotar con una cascada de orgasmos. Yo amaba con intensidad aquel culo, aquella espalda y aquel coño que me daban tanto placer. La amaba a ella, por encima del sexo. Miré a Borja. Tenía los ojos entornados, como si flotara en su propio éxtasis, se mordía los labios mientras la cabeza de ella seguía su tarea imparable y lo engullía como quien tomaba alimento. Se corrió entre sollozos. La oí tragar el semen de mi amigo, deglutirlo. Luego me corré yo. Y ella estuvo un buen rato besando aquella polla que se había derramado entre sus labios, lamiendo su glándula, mientras yo permanecía dentro de ella, tendido sobre su espalda, besándola en la nuca.

—¡Qué placer! ¿No? —dijo, estremeciéndose entre ambos, abandonando el miembro calmado de mi amigo mientras yo salía con pesar de ella—. Nos lo estamos pasando muy bien juntos, los tres. ¿No es así? ¡Os quiero tanto! ¡Ojalá estemos siempre juntos! Expresó en voz alta nuestro deseo. Éramos el triángulo más feliz del mundo, la perfección. La desmonté para caer rendido a su lado. Estaba hermosísima después de hacer el amor. No podía mirar su cuerpo desnudo sin tener otra vez deseo de ella. A veces creía que no quería salir nunca de su maravillosa gruta, que me olvidaría de comer, beber y vivir entre sus dulces brazos, que sus labios serían mi único alimento. Se vistió mientras Borja y yo permanecíamos desnudos sobre aquella sábana arrugada en la que se había librado con pasión aquella batalla erótica y era mapa entrecruzado de nuestros fluidos.

—¿No lo notará tu madre?

—La meteremos ahora en la lavadora. Mañana estará perfecta.

—Hasta mañana.

—¡Me vuelve loco! —exclamó Borja no bien hubo cerrado la puerta—. No imaginaba que el sexo iba a ser así, tan poderoso, esa fuerza tan increíble. Me dio un vahído mientras me derramaba en sus labios. No sé si me gusta más follar o que me la chupen. No es ninguna vulgaridad una mamada. Es adorable sentir la boca en la punta del pene, esa sensación de vacío cuando te aspira la eyaculación. Es algo muy íntimo, muy privado, poner tu miembro en la boca de tu amante. Luchas por no correrte, pero no puedes, el cerebro no controla esos centímetros de carne metidos en su boca.

—Las dos cosas —bromeé—. Una detrás de otra.

—No puedo pasar sin ella.

—Es una droga.

—Pero esta dependencia es peligrosa.

—No mientras nos calme. No mientras no falte.

Hacíamos sexo cada vez con mayor frecuencia, intensidad y calidad. Sin duda teníamos a nuestra disposición a una de las mejores profesoras en el tema, una virtuosa *cum laude* del exquisito arte de amar. Leticia ponía a nuestro alcance todos los resortes del placer que había aprendido en su intensa y precoz vida erótica anterior con cuyos escabrosos detalles le gustaba escandalizarnos. Había follado con un conductor que la había cogido en la carretera, en el asiento trasero de su coche, que la llevó hasta un bosque, sencillamente porque se lo pidió y a ella le daba corte negarse a complacerlo, y al placer de hacerlo con aquel extraño, un tanto brutal y sucio, se le unió el terror que le producía imaginar que podía asesinarla una vez hubiera consumado el coito; con el padre ciego de un niño que cuidaba como canguro mientras su esposa estaba durmiendo en la habitación de al lado.

—Los ciegos tocan muy bien —dijo—. Creo que son los amantes que mejor saben acariciar.

¿A cuántos ciegos había seducido? Con un profesor, del que no quiso dar más pistas, al que alivió en su despacho antes de un examen en el que, por supuesto, obtuvo la mejor nota.

—¿El de literatura?

—¡No!

—Pues ¿quién?

—No pienso decirlo. Hacerlo con desconocidos, con tipos a los que no volverás a ver más en tu vida, tiene mucho morbo. O en la playa, a pleno sol.

No nos la creíamos siempre. A veces pensábamos que sus lides amorosas no tenían otra cosa que erotizarnos. Y lo conseguían. Narró como un día tomaba desnuda el sol en una playa desierta. Como dos chavales más jóvenes que ella se le acercaron. Como uno de ellos, más osado, le puso la mano en el culo y al ver que ella, lejos de enfadarse, sonreía, se desnudó.

—Tenía el miembro duro nada más desprenderse de los pantalones. Yo estaba corrida. Lo guie con mis manos. Notaba que no lo había hecho con nadie. Eso siempre se nota. Se tendió encima de mí, tembloroso, y me estuvo penetrando una eternidad. Dejé que se corriera. Luego se la chupé y de nuevo conseguí una erección. No tendría más de quince años y yo le volvía loco. Volvió a penetrarme. Esta vez fue mejor. El otro muchacho permanecía desnudo, masturbándose a escasos pasos de nosotros. Yo entonces me había tumbado de espaldas y el chico me follaba divinamente. ¡Cómo lo notaba! Estaba increíblemente corrida. Me excitó ver brotar el semen de quien se masturbaba a tan escasa distancia. Era espeso, blanco, surgía con ímpetu, empapaba su mano. No entendía por qué aquel muchacho prefería darse placer a sí mismo cuando me tenía dispuesta a satisfacerle. Luego desaparecieron. Muchachos sin nombre, y yo, para ellos, sin duda un maravilloso recuerdo.

La escuchábamos embobados mientras nos la imaginábamos en esas lides. Sus historias nos erotizaban.

—¿Lo has hecho con mujeres?

—Sí.

—¿Cómo fue?

—Distinto. A vosotros os pierde el pene y la eyaculación. Si esta no se produce sentís una enorme frustración. Con una mujer no hay ese *hándicap*, puedes estar con ella el tiempo que quieras, demorarte, disfrutar sin dramatismos cada uno de los orgasmos porque sabes que luego vendrá otro, que el goce puede durar lo que tú quieras. Dos dedos pueden sustituir, y hasta superar, al mejor de los penes. La mujer de un amigo de mi padre me inició en las artes sáficas.

Notaba que le gustaba. Son cosas que se captan, que se respiran: la forma de mirarme. Un día no pudo aguantarse y me arrinconó contra una pared y me besó. Luego me citó en un apartamento de la costa. Tenía que estar quieta, inmóvil, mientras ella me besaba, me tocaba, me chupaba. Era delirante.

Nos explicó como fue el descubrimiento de su sexualidad: con una bicicleta, siendo una cría. Se clavaba el sillín en la ingle y orgasmaba. Fue de niña una gran aficionada al ciclismo. Y que cuando le empezaron a brotar los senos se convirtió en una exhibicionista. Y que un tío suyo la visitaba por las noches para babear sobre su sexo.

—Pero nunca, hasta ahora, me había entregado a dos tíos al mismo tiempo.

Le gustaba jugar con los dos al mismo tiempo, sentirse el centro de la cama, la reina de la carne entre aquellos dos machos encelados que se batían con sus duras vergas por poseerla, como espadachines priápicos. La follaba yo, hasta el límite, me tomaba el relevo Borja, hasta aquel peligroso punto más allá del cual no había retorno, y yo le revelaba entonces, y así seguíamos toda la tarde, cabalgando su vientre, su grupa o su boca, acariciando sus pechos y lamiendo su vulva hasta que un horroroso dolor testicular aconsejaba verternos en sus agradables entrañas. Solía ser ella entonces quien eligiera al afortunado que iba a llenarla primero con su néctar amoroso. Medía, entre risas, la longitud, el grosor de las pollas, abría sus piernas y se dejaba follar hasta la extenuación por uno y otro. Luego dormíamos, muy abrazados, o nos duchábamos los tres a la vez. Los tres, siempre los tres en aquel verano inolvidable en que nuestros cuerpos fundidos eran uno solo.

—Os quiero tanto —nos confesó una vez, saliendo de la ducha, envuelta en una toalla, besándome a mí en la boca y cogiendo con fuerza la mano de Borja—. Os amo a los dos. Os adoro, mis hombres. Siempre juntos, siempre amándonos, sin perder la pasión ni la ilusión.

—¡Como “Jules et Jim”! —exclamó Borja, que era muy cinéfilo.

—O como “Los tres mosqueteros” —apuntó ella—. “Todos para una. Una para todos”.

Un día nos la quiso chupar a los dos. Le gustaba nuestro semen porque era el maná de nuestra excitación, la respuesta de nuestros cuerpos a sus estímulos, a su belleza y a su sensualidad, el fluido íntimo que ella provocaba. Ordenó la función como una sacerdotisa de Venus, siguiendo un rígido rito al que nos prestamos gustosos. Nos bajó los pantalones, nos desabrochó las camisas, deslizó luego muy despacito los *slips* por los muslos impidiéndonos, en todo ese tiempo, que pudiéramos tocar su cuerpo desnudo. Comprobó, fascinada, como los miembros se endurecían solos, sin más estímulo que imaginar lo que a continuación vendría.

—Nada de manos —decía imperiosa— que sino no hay juego ni premio.

Obedecimos. Cuando estuvimos desnudos nos hizo tumbar a ambos en la cama, muy juntos, con los pies colgando en el aire y los muslos abiertos. Teníamos una dolorosa erección de verla evolucionar por la habitación e intuir el placer que nos esperaba. Tragué saliva. Se arrodilló junto a mi amigo, entre sus piernas, le rozó la polla con las tetas, luego se la besó, la sopló, la recorrió suavemente con la lengua, desde su base a su punta, en lenta tortura, hasta que la chupó toda y se puso a cabalgarla. Ella se movía impetuosa y él permanecía quieto, con la verga hundida en su garganta y los ojos en blanco. Ella se daba placer a sus pechos con ambas manos, rotando los pulgares alrededor de los pezones, y él gemía intentando prolongar el delirante placer que lo dominaba. Yo los veía y me moría de excitación contemplándolos. Tuvo mi amigo un ruidoso orgasmo, chilló como un cerdo, movió la pelvis en aquella boca que se volvía pequeña alrededor

de su glande. Ella lo estuvo succionando un buen rato, hasta que lo dejó calmado, lánguido, con las tetillas erizadas de placer y el vientre húmedo de esperma que no había podido tragar. Fue entonces a mí. Yo ya estaba muy caliente. Me masajeó el pene con la mano húmeda mientras me miraba con mirada turbia y mi miembro le crecía entre los dedos. Se colocó encima de mí e hizo oscilar sus hermosos senos sobre mis ojos. Los fue bajando, como un péndulo, hasta que rozaron mi boca. Eran hermosos frutos de carne, suaves odres, envases de mis fantasías. Pasaba uno por mis labios y luego lo hacía el otro, y así sucesivamente, durante una eternidad, hasta que quedaron barnizados por mi saliva, enrojecidos por la presión de mis dientes que, sin conciencia, se cerraban ante la tentación de aquella carne voluptuosa y mórbida. Los chupé con avidez, imaginé que rezumaban leche caliente, que dejaban un surco blanco en mi pecho. Se dejaban aprisionar por mi boca, pero luego se soltaban con una leve oscilación y volvían en busca de mis labios. Era un juego y ella reía excitada mientras mantenía duro mi pene con precisas caricias de su mano ensalivada. Después se arrodilló entre mis piernas. No la vi. Pero la sentí. Sus manos abrieron mis muslos y su lengua jugueteó con mis testículos. Luego bajó con decisión la piel y desnudó el tallo. Y besó el glande, una y otra vez, hasta ver supurar una gotita de placer en él. Cuando la engulló toda, con glotonería, yo estaba en el cielo. La habitación empezó a darme vueltas como cuando una vez, en mi infancia, se me cortó la digestión por beber un vaso de agua helada después de haber estado toda la tarde corriendo. Corría, pero de otro modo, en aquel túnel de seda, intentaba mantenerme en silencio pero el placer golpeaba mi mandíbula y la mantenía abierta y de mi garganta brotaba un gemido agónico y rítmico que coincidía con las cabezadas de mi amante entre mis piernas. Me iba a correr en esa boca sexo que tan generosa se mostraba conmigo y lamentaba hacerlo porque finalizaría aquel ensueño. Lo demoré mientras pude. Saturé mi cerebro de pensamientos estúpidos y lejanos, pero la intensidad de placer, su violencia, los borraron de cuajo. La miré. Sus cabellos se desparramaban, en desorden, entre mis muslos, el sudor perlaba su nuca descubierta. Ya me encontraba al borde de mi resistencia, bombeaba hacia el glande, imparable y ella debía notarlo. Fueron segundos angustiosos los que precedieron a mi orgasmo. Sentí sus dientes y me asusté. ¿Y si se volvía loca? Por un momento detuvo el flujo. Comencé a temblar, presa de una convulsión. Y entonces ella aflojó la mandíbula y comenzó a chupármela como un caballo desbocado, con una pasión terrible. Supe la causa de aquella excitación repentina al entreabrir los ojos. Mi amigo, animado de nuevo, asaeteaba su culo y escuché sus gemidos solapando los de Leticia. Derramé la lefa en su boca, de golpe. Estuve un buen rato así, sacudido por estertores de muerte, con las piernas colgando y el miembro hincado en su cara. Luego ella se pasó mi pene por su nariz, por su barbilla, por su frente, barnizando su rostro con mi semen, lo cubrió de besos mientras Borja derramaba entre sus glúteos su nueva corrida.

—Os quiero a los dos. Os adoro, mis chicos. Venid, que os besaré. Abracémonos.

Para no herirnos, últimamente optaba por satisfacernos a ambos al mismo tiempo. Adoptaba gozosas posiciones con su cuerpo desnudo sobre los nuestros, como una actriz circense. Se retorció, flexible como un junco, para proporcionarnos placer de forma simultánea. A veces se atravesaba sobre ambos y mientras Borja penetraba su vagina ella mamaba mi polla. Puede que esa fuera una de nuestras figuras amoratorias preferidas, la menos dolorosa, la que borraba cualquier sentimiento de celos. Leticia me transmitía directamente el placer que recibía de Borja, y los orgasmos de él, sus propios orgasmos, se convertían también en los míos. El ritmo de sus

penetraciones estaba directamente relacionado con la fogosidad que empleaba ella en devorar mi glande. Yo deseaba el placer de Borja con idéntica intensidad que el mío. Leticia me traspasaba su orgasmo. Yo me vertía en su boca. ¡Pura matemática! ¡Pura teoría de los vasos comunicantes! Me gustaba verla, oírla, olfatearla. Liberábamos, en nuestras sesiones, gran cantidad de sudor, un perfume espeso de líquido resultante del lubricante de vagina más líquido lubricante de pene, el perfume de la excitación, que solo es agradable y estimulante si se está absorto en ello. Lo ideal hubiera sido disponer de un espejo en el techo, como tenían las casas de citas, para que los amantes se exciten haciendo *voyerismo*, contemplando sus propios cuerpos entrelazados. Lo tendríamos en nuestra casa, ocupando el techo del gran dormitorio, una casa sin más mueble que la gran cama. Comenzó a jadear, a resoplar, a tensarse toda ella con la vorágine del pronto orgasmo, o de su cascada. Borja liberó el semen en su coño, yo lo hice en su boca. Chupó y siguió moviéndose, lo hizo acariciada por ambos. Lloró de puro placer. Anduvo luego acariciando, de la punta a su nacimiento, mi maltrecho pene vencido, mientras Borja mordisqueaba sus pequeñas orejas, la hacía reír, la risa agitaba sus carnosas tetas.

—Quiero morir follando —dije, entrecerrando los ojos, exhausto.

Su exquisito cuerpo blando se agitaba entre nuestros excitados cuerpos, exprimía con sabiduría nuestros miembros erectos, se regaba con nuestro esperma tras alentarlos de mil maneras. El sexo era húmedo, cálido: espeso. El sexo, para ser bueno, tenía que ser sucio, decía Woody Allen en una de sus películas. Pero no había nada de suciedad en nuestra relación con Leticia, solo mucho amor, muchísimo amor, y una pasión que nos conducía hacia el abismo, unas ganas de hacerla nuestra mil y una veces que llevaba al límite nuestros corazones. Quedaba exhausta, tras complacernos, se derrumbaba en el lecho, abría los muslos para liberar el semen de su sexo, lo extendía con los dedos por su vientre mientras nosotros lamíamos porciones de su cuerpo, sus turgentes redondeces, chupábamos su precioso culo, recorriamos a pequeñas dentelladas la suave cara interna de sus muslos, allí donde la piel se vuelve seda, y nos concentrábamos luego en sus pechos. La loba del Capitolio amamantando a Rómulo y Remo. Succionábamos sus tetas con el oscuro deseo de beber su leche inexistente. Soñábamos con embarazarla, con que olvidara tomar esas pequeñas pastillas anticonceptivas, y esos vasos de carne se inflamaran y se volvieran lácteos. Estábamos locos.

—Te quiero.

Yo era un muchacho robusto sin necesidad de hacer gimnasia. Constitución genética. La tomé por las caderas, la tuve en vilo unos instantes, la dejé caer suavemente sobre mi cuerpo, la abracé y besé, rodamos luego por la cama, una, dos, tres vueltas, las palmas de las manos de cada uno sobre el trasero del otro, ante la perplejidad de Borja, sin que mi pene amorcillado intentará nuevas penetraciones. Disfrutaba besándola. Los labios. Labios que eran como un rombo rojo. Las axilas depiladas. La pequeña nariz. La barbilla. El cuello que se tensaba. Cada uno de sus pechos. La dejaba húmeda de babas. Me la hubiera comido. Hubiera sido la forma más radical de hacerla mía. Un estudiante japonés lo había hecho con una estudiante francesa, lo que no sabía si por amor o por vulgar hambre.

—¡Pulpo!

Aquel estado de felicidad era irreal. Los triángulos terminaban rompiéndose. Quizá durara lo que durara el deseo o hasta que afloraran los celos no convocados. El deseo de Leticia, puesto que el nuestro era incombustible. Conocíamos todas las interioridades y rincones de su cuerpo,

habíamos amado todos sus orificios secretos y nuestra hambre de ella permanecía intacta, como el primer día, y las horas no tenían otro positivo valor que pasaran veloces para acercarnos a la cita con ella o se demoraran una eternidad cuando gozábamos de su presencia. Estábamos en esa franja de la vida, breve, por cierto, como un soplo, en que la exaltación de la carne se vive como una epifanía continua y la mente queda felizmente supeditada a los dictados del instinto que nubla la razón. Nosotros habíamos tenido la dicha de tropezar en nuestro camino con Leticia, ese regalo de la naturaleza, el diamante curvo.

—¿Y cuándo se acabe?

—¿Por qué tiene que acabarse?

—Joder. Ha pasado un año. Ella ya tiene dieciocho años. Imagina que se quiere casar.

—Si se casa contigo, yo seré su amante.

—No digas chorradas.

—No las digo. No quiero perderla nunca. Antes me mato.

—Estás loco, Hernán.

—Sí, de amor por ella.

—Eso es sexo.

—Eso es amor. Si fuera sexo ya nos hubiéramos cansado. El sexo es mera mecánica. Nos daría igual con ella que con otra. Yo me estaría follando a la colombiana, o a otra como ella. Y no es así. Yo no deseo a ninguna mujer, sino a ella. Me muero por estar con ella. No es un coño lo que ando buscando, sino su coño. Nos une una intimidad y una complicidad imposibles de encontrar en otra persona. Hay cariño aparte de satisfacción carnal. Nos esforzamos porque ella disfrute tanto o más que nosotros. Eso es amor.

—¿Serías capaz de seguir amándola si ella te dijera que no se iba a acostar más contigo?

—Por supuesto. Aunque sufriría horrores.

—Me estoy dando cuenta de que estás chiflado, amigo.

La nuestra era una muy íntima amistad. El lazo que nos trababa era Leticia. Creo que siempre nos comportamos como hermanos que se apreciaban entre sí y apreciaban lo que compartían. Nunca hubo competencia entre nosotros, no quisimos saber de nuestro juez quién era el mejor amante entre sus brazos. Tampoco nos lo habría dicho para no herir susceptibilidades. Pero yo estaba firmemente convencido de que conmigo obtenía sus orgasmos más brutales, que se compenetraba mejor con mi cuerpo que con el de Borja. Claro que él debería pensar lo mismo.

Apenas comíamos. Estábamos esbeltos como sífides. También ella. El ejercicio sexual había afilado su cuerpo, pero sus maravillosas formas, sus abultados pechos, sus redondas nalgas, sus torneados muslos se mantenían intactos para encendernos el deseo y gratificarnos.

—Me operaré el pecho cuando se me caiga.

—No lo harás. No te dejaremos.

—¿No tengo las tetas excesivamente grandes?

—Tienes las tetas perfectas.

No eran las suyas tetas de desplegable de *Playboy*, tetas siliconadas que apuntaban al cielo. Se notaban en ellas el músculo, fuerte, la carne, mórbida, la piel lustrosa y flamante envolviendo cada una de sus maravillosas mamas. Como sus pezones, manchas oscuras de carne sedosa, color carmesí, que cubrían sus puntas, que a la mínima caricia se contraían y mutaban convirtiéndose en una rugosa superficie.

—No me miréis tanto. Me agobiáis. Date la vuelta, Hernán.

Habíamos estado toda la tarde haciendo el amor en la cama de los padres de Borja escuchando precisamente el disco de Bob Marley y The Wailers que animó una de nuestras pasadas experiencias onanistas. Tras calmar nuestro apetito sexual con ella nos encontrábamos relajados, en el nirvana. Leticia volvió a insistir en que me volviera de espaldas. Obedecí a regañadientes.

—¿Y bien?

—Que tienes un culo precioso —me dijo, riendo, mientras lo palmoteaba con sus manos—. ¿No opinas lo mismo, Borja?

—He de reprimirme para no cabalgarlo —bromeó mi amigo.

Conseguimos algo de dinero de nuestros padres y autorización para hacer un corto viaje. Oficialmente iba con Borja y él solo conmigo. Leticia, gracias a su madre liberal, no hubo de mentir. Tomamos un barco y fuimos a Mallorca. Nos pasamos la noche en vela, sobre la cubierta del navío, mientras el brillo de la luna desgajaba las nubes y desaparecía del horizonte la costa catalana. Mirábamos el mar oscuro, absortos, la espuma blanca, el agua ondulada que abría la quilla del barco con monótono rumor y nos mojaba el rostro infinidad de gotitas que la brisa marina hacía llegar. La besé lentamente y luego la besó Borja, volvió de nuevo a mis brazos y de ellos fue a los de mi amigo. Fue finalmente él quien la llevó bajo la toldilla, en un espacio vacío, y le hizo el amor. Los oí gemir durante un instante, por encima del rumor de las olas, vi cómo se agitó de forma convulsa la manta del butacón bajo la que se amaban.

—¿No deseas hacerme el amor?

Leticia cogió mi mano entre las suyas y me miró a los ojos. La luna había desaparecido bajo nubarrones de tormenta. Sus ojos verdes brillaban con una intensidad felina. La besé despacio y la acaricié bajo la ropa, pero no la llevé a la toldilla, bajo la manta.

—¿Y Borja?

Me contestó con una risita, separándose, mirando el mar cada vez más oscuro orlado de espuma.

—Se ha mareado el pobre.

Alquilamos un coche al bajar del barco, un pequeño todoterreno descapotable, y fuimos a Calasalobra, en la parte norte de la isla, en plena sierra de la Tramontana, lejos de las hordas de turistas, un lugar tan hermoso como abrupto. Llegamos a la cala tras descender por una carretera de vértigo cortada a pico sobre el mar. Aquello era el fin del mundo. Borja volvió a marearse. Yo conducía. Leticia llevaba un diminuto bikini y me acariciaba la pierna. Las caricias se tornaban pellizcos cuando la curva era pronunciada.

—¿Tienes miedo?

—No quiero morir tan joven.

—¿Por qué?

—Os perdería. No soportaría veros, desde el más allá, con otra chica.

Fueron días hermosos y tranquilos. El agua estaba azul y la playa, por la época, escasamente concurrida. Solo de cuando en cuando arribaba un *ferry* de Puerto de Soller que descargaba asombrados turistas que recogía un par de horas más tarde. Nos alojábamos en un pequeño hotel, un establecimiento familiar, y comíamos el pescado fresco que Lorenzo, el amo, cogía cuando salía cada noche a pescar con una pequeña barca a motor. Durante las cenas, el pescador

hostelero no podía disimular la curiosidad que le despertaba nuestra situación anómala y hacía preguntas que dejábamos sin respuestas o respondíamos con vaguedades.

—¿Son novios?

—No —contestaba riendo Leticia, mirando descaradamente al curioso mallorquín—. Ellos, que yo sepa, no lo son.

El agua del mar y el sol la ponían más hermosa. Se tendía en una diminuta cala, dos palmos de arena encajonados entre dos enormes rocas, en donde desembocaba un pequeño torrente, y tomaba el sol desnuda del todo, bajo nuestra vigilancia. Era una hermosísima sirena y el sol pintaba su piel con brocha de oro por delante y por detrás, borrando el antiguo dibujo del bikini. De regreso a la habitación la amábamos. La amábamos incesantemente, sin pausa, y creo que Lorenzo debía escuchar escandalizado nuestras efusiones amorosas, que duraban hasta el alba, a través de los delgados tabiques de la habitación.

—¡Que chica más bonita! —me dijo un día Lorenzo, que no tomaba nunca el sol, pasándome un cigarrillo—. Cuando se es joven —bajó la voz, adoptando el tono de una confidencia— uno se comporta como un animal, en el mejor sentido de la palabra. ¿Me entiendes? Te encandilas de una chica y haces el mono para estar en la cama con ella, y no te cansas nunca, como si fuera un caramelo —me miró fijamente a los ojos, por debajo de sus espesas cejas, y me hizo la pregunta que le venía atormentando desde que llegamos a turbar su paz—. ¿Os la tiráis los dos?

—Sí. Los dos.

—¿A la vez? —inquirió besando su cigarrillo.

—A veces sí.

—¡Hostia! Eso nunca lo hice. En mis tiempos no se estilaba. ¡Lo que daría por tener tu vigor, chaval, y tu chavala!

—Ya tuvo mi edad y seguro que también tendría su chavala.

—Sí, pero ya solo es un recuerdo, historia, y vosotros tenéis jodido presente.

Un día le propusimos a Leticia la doble penetración. Lorenzo nos había emborrachado con licores espirituosos mallorquines después de una exquisita dorada a la sal que nos ofreció como cena. Nos brillaban los ojos cuando se lo propusimos. Nos dolía el deseo. Aceptó a regañadientes.

—Estáis locos. Me vais a matar. No estoy segura de que vaya a ser agradable. Eso es cosa de películas porno.

—Lo dejamos —dije, condescendiente—. Solo era una fantasía que nos apetecía poner en práctica.

Calló un rato. Nos miró a ambos. Vestía una corta combinación de seda roja y debajo de ella no llevaba ropa interior. Tampoco llevaba zapatos. Se peinó los cabellos con los dedos mientras decidía. Finalmente tomó su decisión, que no fue otra que complacernos.

—No quiero frustrar ninguna de vuestras fantasías, porque os quiero, —dijo mientras se sacaba la combinación por la cabeza y se ofrecía desnuda.

Borja se tumbó en la cama. Leticia lo estuvo estimulando bucalmente mientras le pellizcaba con los dedos los pezones. La erección de mi amigo, cuando ella lo abandonó, era terrible. La muchacha se empaló con su miembro y a continuación danzó. Borja jadeaba, pero yo le insistía en que no debía correrse, que pensara en un complicadísimo problema de logaritmos o en integrales.

—No es fácil con esta jaca —me decía mientras la besaba y pasaba sus brazos por sus nalgas.

Ella seguía cabalgándolo y su cuerpo se acostaba contra el yaciente. Se besaban en la boca mientras Borja, bajo el peso de su cuerpo, se esforzaba por seguirla penetrando. Aquel pene que le entraba en el sexo era como una gruesa serpiente temblorosa y húmeda. Ella era la que se movía encima de él y se penetraba con su miembro mientras le daba a besar sus tetas. Me desnudé bajo los efectos de una fuerte erección. Me ofrecía Leticia su ano, un retal de carne más oscura que parecía cerrado. Besé sus glúteos húmedos, me unté bien el glande con vaselina, lo acaricié hasta endurecerlo al máximo. Leticia seguía cabalgando a su amante, despaciosa, su trasero se agitaba mientras yo tenía una visión parcial de la polla de Borja entrando y saliendo de su vulva rítmicamente. Me excitó aquel miembro tenso, duro y húmedo, perdido en el cuerpo de mi amada y la idea de acompañarlo pocos centímetros más arriba. La abracé por las caderas, puesto en pie, abriendo las piernas, orillé su ano, entré dulcemente en él, sin presionar demasiado. Noté un gemido, un vahído de placer que estremeció sus nalgas mientras la polla de Borja continuaba entrando y saliendo de su sexo en una lenta cadencia. Sumergí el glande dentro con un suave empujón. Noté el estremecimiento de sus nalgas, un aleteo de placer en ellas, una espesa sudoración que las cubría. Leticia besaba la boca de su amante y yo la torturaba por detrás. Lo hundí más. Ya entraba, ya desaparecía todo en la angosta cavidad que me proporcionaba más placer que aquella que alojaba el miembro de mi amigo. Estaba muy excitado por la situación, por la dificultad del ejercicio, por lo mansamente que ella nos complacía en nuestros más delirantes caprichos por amor.

—¡Cielos! —la oí gemir, sin que se volviera—. Sigue, Hernán, aunque me mates. Sigue y no pares.

Obedecí. Su cuerpo se había perlado con pequeñas gotitas de sudor. Estaba muy excitada. Lo notaba por su respiración, por la forma de besar a Borja, por como la polla de mi amigo se hundía en sus entrañas y vibraba de placer allí dentro. Cada vez que la penetraba, su carnoso culo se ponía más tenso. Lo pellizqué. Mi polla se hundía en su ano, vibraba en su interior y sus nalgas se satinaban de sudor. Me eché sobre su espalda y seguí moviendo mis caderas. La aplastábamos entre ambos. Éramos un verdadero sándwich de carne y ella en medio, estimulada por ambos, jadeando de placer por la doble penetración. Deseé ser ella para saber lo que experimentaba, que me transfiriera a todos mis sentidos la calidad de su gozo ilimitado. Una débil pared separaba nuestros miembros hundidos hasta la empuñadura en aquella cárcel de carne temblorosa y dúctil, en aquel abismo de placer que se dilataba para darnos cabida a ambos. Moví el culo sobre ella, pegué mi vientre a sus nalgas y noté como estas, a su vez, se movían sobre el cuerpo del amante que tenía trabado entre sus muslos. Nos movíamos con movimientos encadenados, como un perfecto mecanismo de placer, con estudiada lentitud. Noté su orgasmo, un terrible estremecimiento, un terremoto, un estertor como la muerte, acompañado de gemidos, y saqué y metí una y otra vez mi polla de tan placentero lugar. Le toqué los pechos, pero mi mano tropezó con la de Borja que se había anticipado. Nos los repartimos, como buenos hermanos. Cada uno estimulamos una de sus tetas. Veinte dedos resbalando por aquella carne húmeda y trémula. Ella alcanzaba el delirio, farfullaba palabras inconexas, iba a desmayarse de placer. Oía el batir de su corazón, imparable, bajo su teta izquierda.

—Correros los dos ahora —fue su súplica—. Folladme. Matadme si queréis. ¡Así, así, así! —chilló.

Y la complacimos. Hay un momento en la consecución del placer sexual, un instante preciso, en que el gozo es tan terrible que no te importa morir en el empeño, porque la pasión te ciega, porque ya no hay vuelta atrás, y por consumarlo seríamos capaces de matar a nuestra pareja o matarnos nosotros mismos. Aquel día alcanzamos ese excelso momento. Primero fue Borja, que ya llevaba rato siendo cabalgado por ella, luego fui yo. Me vertí con violentas sacudidas, desbordé sus nalgas, vi como mi semen cruzaba hermoso, como un espeso río lácteo, sus glúteos y se deslizaba hacia el muslo. El río blanco. La besé en la nuca. Ella giró la cabeza para que lo hiciera en los labios, una torsión suave. Le ardía la boca, como todo el cuerpo, como si se abrasara con la fiebre, y yo seguía en su interior, erecto, clavado en ella, con el oscuro deseo de verme atrapado en ese pequeño orificio de su cuerpo que había rebotado con mi placer. Borja también le besó los labios sin salir tampoco de ella. Estaba mareada. Nuestras bocas recorrían la suya, nuestras lenguas lamían su cara, violaban su garganta mientras amasábamos entre nuestros dedos cada porción blanda de su cuerpo. Aún temblaba por los orgasmos. Aún se estremecían sus tibias nalgas bajo el peso de mi vientre. La adoraba.

—No salgáis, por favor. Me gusta sentir las dentro de mí, aunque ya no estén duras. Os quiero tanto, os quiero, os quiero.

Era el delirio, la felicidad completa, el nirvana absoluto. Permanecimos así, una eternidad, abrazados a nuestro tótem y diosa sexual, adorándola en el éxtasis más absoluto, mimando con nuestros labios y manos aquellas curvas que nos enloquecían, muy juntos, un solo cuerpo.

—Os amo tanto.

—Y yo.

—Mi amor —le dije.

—No nos separaremos nunca. ¿Verdad? ¿Lo juráis? Seremos eternamente amantes, para siempre. Hermanos de semen.

Se estuvo lavando un buen rato en el bidet. No cerraba la puerta. La veíamos acucillada mientras se enjabonaba el sexo y las nalgas. Luego se levantó, cogió su ropa, se vistió con un pijama, se tumbó entre ambos, nos abrazó.

—Creo que no hay nadie más feliz en el mundo que nosotros —dijo.

—Si pudiéramos congelar este instante.

La vida debería congelarse en un instante determinado. En este, por ejemplo. Detenerse el tiempo. Detenerse el envejecimiento. Perdurar la pasión eternamente. Más allá de aquella habitación, de aquel cuerpo generoso, de aquel camarada noble, no había nada que me interesara. ¿Por qué siguió corriendo el reloj? ¿Por qué no se detuvo en ese momento? ¿Por qué no se eternizó el instante?

Regresamos de la isla: más morenos, también más delgados. Seguimos citándonos con ella en casa de Borja. Yo, después de cada encuentro, la veía más hermosa, la quería más.

—Deberíamos irnos a vivir juntos. Yo estoy dispuesta a hacerlo. Mi madre no va a poner ninguna pega. Ella, de joven, hizo lo mismo.

—Sería maravilloso hacerlo —saltó Borja—. No pensar en el mañana, solo en el presente, y no tener más meta que el placer. Podríamos fundar el Partido Hedonista.

—No se admiten más miembros —apuntó Leticia mirando los nuestros.

—Habría que trabajar —apunté yo, aportando un poco de realismo a tan quimérica situación.

—Puedo trabajar de puta y mantenerlos.

—Tú bajo ningún concepto harás una cosa así —rugió Borja, irritado por la posibilidad.

—No sería amar. Sería follar por dinero. No tendría nada que ver con el rollo que nosotros tres nos llevamos. Hay ciertos tipos que pagarían un dineral por poder estar conmigo.

Nos dolía imaginarla con otros. Quizá lo hiciera por placer o por dinero, como había insinuado. Nos costaba creer que otros, que no fuéramos nosotros, podían disfrutarla. Nos daba entonces mucha ira. Yo la lavaba con un estropajo, de arriba abajo, restregando con furia su piel para borrar todo rastro de sucias caricias venales, le metía la alcachofa de la ducha en el sexo, hasta cerciorarme de que los repugnantes homenajes de quienes habían violado su cuerpo desaparecían. Despertaba boqueando de angustia. Aquella pesadilla fue una especie de premonición.

Terminó de vestirse, nos abrazó y besó, se fue escaleras abajo, dando saltos, agitando el brazo, lanzándonos besos con la boca.

—¿Nos ama?

—Claro que nos ama.

—O es el placer que la ciega.

—Nos ama tanto como se ama a sí misma, porque todos somos ella. Los tres somos ella, como vasos comunicantes de nuestros placenteros fluidos. Sus orgasmos son los nuestros, y viceversa.

—Eso es peligroso.

—No mientras no se rompa el vínculo.

—Pero se romperá.

—Por Dios, Hernán. ¿Por qué tienes que ser tan pesimista?

—Porque me da terror perderla, Borja. Porque me da pánico despertar del sueño. Y llegará el día que no tengamos más remedio que abrir los ojos. La felicidad no es eterna, desengáñate.

—Que el miedo no te impida vivir el presente.

—Vivamos el presente.

—Sin limitaciones.

Los padres de Borja volvieron y tuvimos que buscarnos otro nido de amor. Al principio fuimos a casa de Leticia. Nos dijo que a su madre no iba a importarle. Lo dudábamos. Habíamos oído hablar a nuestra amada de lo liberal que era su madre, una hija de las flores, una *hippy* que vivió los años de la psicodelia en la turbulenta Ibiza del amor libre y buscó la felicidad espiritual en Katmandú. La primera vez que la vimos nos cohibió.

—Ah, los amigos de Leticia. Pasad, pasad.

Tendría poco más de cuarenta años. Observándola una averiguaba de dónde había sacado nuestra amada su belleza. Era una Leticia madura, algo rechoncha, de cara redonda y grandes senos, pero sus mismos ojos esmeralda e idéntica sensualidad en los andares.

—Está arriba, en su habitación.

Subimos. Leticia estaba desnuda. Por gestos nos indicó que nos quitáramos la ropa. Follamos toda la tarde, pero reprimimos nuestros jadeos. Fue excitante, también, aunque de otra forma.

—¿Seguro que no le molesta a tu madre?

—En absoluto —rio—. Solo le molesta no tener la edad para meterse en medio de nosotros.

Estuvimos viendo a Leticia en su casa durante dos semanas. Íbamos todos los días. Su madre nos abría la puerta. Era amable, pródiga en sonrisas. Nos follábamos a su hija y no parecía

importarle. Un día llegué tarde. Borja ya estaba en la casa. Su madre me abrió. Iba a ser como todos los días. Pero no fue así. Ya iba a subir las escaleras que conducían a la habitación de su hija, tras saludarla, cuando la mujer me detuvo cogiéndome del brazo.

—Están haciendo el amor.

Ya lo sabía. Me quedé demudado. La mano no me soltaba. La situación era violenta. Estaba encendido de deseo por entrar en la habitación y cabalgar a mi amada y aquella mujer me retenía.

—Te gusta mucho mi hija. Es muy guapa. Yo lo era.

—Lo es.

—¿Lo soy? —comprendí entonces mi equivocación—. ¿Te acostarías conmigo?

Me arrastró. Cuando entré en su habitación comprendí que ya no tenía escapatoria. Flotaba allí dentro un aroma a sándalo. Colgaban de las paredes tapices orientales. Humeaba una rama de incienso. Me desabrochó el pantalón, me bajó el *slip*. En un segundo tuve mi polla en su boca. Me la estuvo mamando un buen rato, de rodillas. No me corrí. Entonces se desnudó. No estaba tan mal. En realidad seguía siendo atractiva. Sus pechos eran grandes, pero no le caían, y sus caderas tenían forma. Realmente me apetecía follármela. Se echó en la cama y abrió sus piernas. Tenía un sexo amplio, húmedo, rezumante como el de cualquier muchacha. La deseé. Me desnudé y me eché sobre ella. Nos besamos y acariciamos un buen rato. Luego la penetré y la estuve follando durante media hora. Obtuvo varios orgasmos. Me rogó que siguiera, que no me corriera.

—No se lo digas a ella —me dijo, en un momento de lucidez, tomando mi cabeza entre sus manos.

Moví la cabeza. Moví luego mis caderas, froté su vientre. Me detuve. Llené su coño de esperma. Luego pasé mi polla pegajosa por sus tetas, la acerqué a su boca. La engulló. Tuve una segunda erección, una nueva corrida. Me lamió el cuerpo con su lengua, me cubrió de besos, se tendió encima de mí, me rodeó con sus brazos, sollozó de placer. Me sentí un criminal. Me había gustado. Oí de sus labios lo que nunca hubiera querido oír.

—Te quiero, Hernán.

No dije nada a Leticia, pero de común acuerdo con Borja decidimos que era incómodo vernos en casa de su madre. Alquilamos entre los tres un apartamento. Leticia ya era mayor de edad, tenía los dieciocho cumplidos y estaba radiante. Celebramos su cumpleaños con sexo. El regalo éramos nosotros. El regalo siempre era ella para nosotros, todos los días del año. Lo hicimos, aquella vez, sobre la mesa de la cocina. Los olores alimenticios nos estimulaban. Decidimos no penetrarla, aunque ella se muriera de ganas. Desnuda sobre la mesa era presa de nuestras caricias, de nuestros besos. Empezamos por las manos, cada uno de nosotros una, subimos por sus brazos, devoramos sus senos, seguimos por su vientre, nos empleamos a fondo en su jugosa vulva y acabamos devorando sus pies, dedo a dedo, ajenos a los estremecimientos de placer que tensaban sus piernas. Luego regamos sus tetas con el homenaje de nuestras cargadas pollas, las frotamos contra sus tetas, una y otra vez, hasta que, excitados, las barnizamos con nuestro semen. Me excitó correrme en sus pechos, y a Borja también. Luego comimos, aunque teníamos bastante con ella. Y cortamos el pastel del cumpleaños después de cantarle y de que soplara dieciocho velas en forma de corazón. Y nos fuimos a la cama en donde, esta vez sí, la penetramos por turnos en una sesión maratónica que duró hasta el alba y la dejó exhausta, húmeda y tibia, barbotando que nunca había tenido un regalo así.

—¡Dios mío! Os adoro. Sois tan buenos amantes. No quiero despertar de este maravilloso sueño.

Yo fui quien primero despertó. Me levanté temprano aquella mañana. Me gustaba verla dormir entre los brazos de Borja mientras el sol, tímidamente, los bañaba con su luz. Me dije que formaban una buena pareja, que Borja se la merecía tanto como yo. Ella estaba enroscada en su cuerpo, desnuda, y tenía los labios apoyados en su torso, justo donde latía el corazón de mi amigo, que lo hacía por ella. ¿A quién de los dos amaba más? No era posible que nos quisiera a los dos por igual. Siempre había alguna preferencia. Hasta los padres amaban más a un hijo que a otro. ¿A quién amaba más la dulce Leticia? La acaricié, sentándome en la cama, sin buscar sexo, como excepción. Pasé la mano por su cabello, por la espalda, por sus piernas de piel sedosa como las de un recién nacido, abrí sus muslos, orillé su ano y su sexo con mis dedos, jugué con su rizado vello dorado que lo emboscaba.

Estaba tan hermosa como cuando la conocimos y nos masturbábamos compulsivamente a su salud. La habíamos amado, para resarcirnos, de todas las maneras posibles, habíamos ejecutado con ella las más excitantes y fantasiosas combinaciones eróticas, buscando siempre repartir el placer entre los tres, y hecho realidad nuestras ensoñaciones más secretas y prohibidas. Luego, con el paso de los años, ya nada sería igual, pero esa intensidad amorosa quedaría grabada en nuestras mentes hasta el final de nuestros días, adquiriría la consideración de mito, no sería igualada por ninguna amante. No imaginaba, por entonces, que el fin de Borja estaba próximo. Nadie lo sabía. Irradiábamos una sana vitalidad. Éramos insultantemente jóvenes.

—¿Qué haces, Hernán? —me preguntó, abriendo los ojos y bostezando—. ¿Por qué no preparas café?

—Te estaba mirando.

—¿Y?

—Que te quiero mucho —le confesé con un ligero temblor en la voz.

—Pues ¿por qué esa cara de preocupación?

—Pues porque te quiero mucho.

—Yo también os quiero a los dos. Ven, cariño. Se soltó del cuerpo de Borja y abrazó el mío. Me situó entre sus piernas. Olía a noche, a sexo, un turbador perfume. Besé el sudor de sus axilas, el que barnizaba los pezones de su pecho y jadeé de excitación una vez más. La amé, aunque esta vez en silencio, y ella aguantó mis embates sin gemir, sin mover un solo músculo, mirando fijamente mis ojos.

—¿No te gusta?

—Me vuelvo loca. Pero quiero calmar tu deseo sin turbarte con mis delirios. Ámame. Prescinde de mi orgasmo. Obtén el tuyo. Esto es el amor que siento por ti: no desear nada a cambio de que consigas tu placer.

Últimamente hablábamos más de amor que de sexo. Ya no follábamos, sino que hacíamos el amor y estábamos tan pendientes del placer del otro como del nuestro. Seguíamos comportándonos como procaces subversivos carnales, promiscuos provocadores de cierto desorden sexual que habíamos oído que era práctica común en la década de los sesenta, pero el sexo ya no formaba parte de nuestras obsesiones y pronto dejaría de ser una prioridad en cuanto la fiebre primaveral de nuestro cuerpo diera lugar a la rutinaria sensatez de que hacían gala nuestros mayores.

Noté que algo no funcionaba cuando sentí una dolorosa punzada un día que vi a Borja y Leticia intensamente abrazados en la cama. Se acariciaban y se besaban mientras se susurraban palabras muy cariñosas. Hasta entonces no me importaba, aquella vez sí. Ellos no cambiaban, era yo el que lo hacía y experimentaba un sentimiento doloroso y sórdido que era una malsana novedad: celos. Leticia se volvió al sentirse observada.

—Hernán. ¿Qué haces? Ven, vamos. Penétrame. Me vuelvo loca por sentir tu polla taladrando mis entrañas. Hagamos otra vez la doble penetración. Sexo duro con mis dos amorcitos. Me corro de imaginármelo —y meneó sus nalgas para subrayar sus palabras.

No acepté su invitación, pese a lo mucho que me apetecía hacerlo. Salí de aquella casa sin que ellos se dieran cuenta. Continuaban amándose y esta vez lo hacían de una forma delicada, susurrándose palabras cariñosas en los oídos. Se iban a amar quizá para siempre e iban a enlazar un coito con otro a lo largo de los años. No tuve remordimientos al saber que era yo el que rompía la relación. El amor se había instalado en donde antaño solo hubo sexo. El amor me impedía compartirla, me convertía en un ser egoísta. Ya no podía verla en brazos de otro, aunque este fuera Borja, mi medio hermano. Me llenaba de ira y de dolor por dentro verlos en actitud cariñosa. Me alejé despacio, viendo como Borja se disponía a amarla y como Leticia, tras su insistencia, se olvidaba de mi presencia para concentrarse en su amante, se abría a él una vez más, le ofrecía el festín de su cuerpo. Cerré todas las puertas, sin hacer ruido, y bajé las escaleras. Vagué sin rumbo aquella noche sintiéndome el ser más desgraciado de la tierra. En el siglo XVIII me hubiera suicidado. En el siglo XX un hecho así hubiera sido ridículo. En mi desesperación acudí a la casa de su madre. Se sorprendió al verme. Luego se alegró. Enseguida me la chupó y luego me folló. Ella lo hizo todo, yo me limité a ceder mi cuerpo a sus desvaríos sexuales. Sabía cómo excitarme y me besó dónde antes nunca nadie lo había hecho. Me comporté como un buen semental enlazando un polvo con otro hasta dejarla saciada. Dormí entre sus brazos y aquello le hizo concebir fuertes esperanzas. Fue un error. Empecé a follarla por obligación, sin tener verdaderamente ganas de ello. Era joven. Funcionaba en cualquier momento, hasta con presión, sin importarme realmente quien fuera mi compañera de juegos. No me preguntó qué había pasado con Leticia, orilló la duda que tenía.

—¿Tienes otra hija?

Acaba de verme en su sexo y ella se levantaba de la cama, con la sábana cubriendo su cintura, para ir a lavarse en el bidet del cuarto de baño cuya puerta permanecía siempre abierta.

—¿Qué tontería es esa?

—Leticia me dijo que tenía una gemela.

—Leticia es muy fantasiosa.

Me convertí en su amante discontinuo hasta que otro vino a ocupar mi lugar para darme un respiro, un negro jamaicano muy joven y muy guapo que le echó los tejos en un local de música *reggae* que habían abierto en el puerto. Estuvo coqueteando con él mientras bailaba y no dejaba de beber. Iba ligera de ropa. Estaba orgullosa de sus senos y los lucía a través de un escote de vértigo, libres de sujetador. Los pantalones tejanos le ceñían como una segunda piel las piernas y el culo. Pedía guerra y aquel jamaicano estaba dispuesto a no darle cuartel. Vi cómo se besaban en medio de la pista, como ella frotaba sus tetas contra su camiseta y sus manos bajaban por la espalda del muchacho para posarse en su recio culo. No me importó. Seguí bebiendo mi tercer vaso de ron mientras observaba a dos negritas juncales que bailaban en solitario e imaginaba que

me lo montaba con ellas. Bebía desde que había dejado de ver a Leticia y andaba enrollado con su madre. Bebía para huir de la realidad. Vinieron luego ambos a la mesa, cogidos de la mano, como si fueran dos viejos enamorados hartos de irse a la cama. Ella estaba exultante por su éxito como seductora. Me presentó a James y me susurró al oído su deseo de meterse en la cama con los dos.

—Di que sí, por favor —me susurró al oído, cogiendo mi mano.

Fue entonces cuando me levanté y me dirigí al exterior del local. James salió detrás de mí. Estaba furioso y me gritaba. Le ignoré. Tenía la excusa para librarme de la mamá de Leticia y no iba a dejar perder la ocasión. Entonces todo sucedió rápido, de forma inesperada. Caí al suelo. No supe que había sido por dos puñetazos de James hasta que vi a mi examante madura abrazarlo para contener sus próximos golpes.

—¡Déjalo! ¡Lo vas a matar!

Agradecí a James su ayuda mientras me levantaba y escupía sangre en el suelo: me había partido el labio. Me arrastré hasta la casa de mis padres. No me abrieron la puerta, pues no sabían nada de mí desde hacía quince días. Mi vida era un desastre. Me tumbé en el banco de una plaza, a dormir. Soñé lo imposible: que volvía de nuevo con Leticia, que me quedaba con ella, que Borja emprendía la retirada, que tenía muchos niños con ella, que vivía en una casa de las afueras con jardín, que hacíamos sexo todos los días de nuestra vida hasta el final, que el final nunca tenía lugar, que los años no nos envejecían, que Leticia tenía el mismo aspecto radiante cuando cumplía cincuenta años, sesenta, setenta, que habíamos hecho un pacto con el diablo para mantenernos jóvenes y exultantes, que nuestra única actividad era hacer el amor, una y otra vez, en la cama, en el cuarto de baño, en el ascensor, en el metro, en la calle. El pelotazo de un niño me despertó de mi delirio.

—Oh, ¡cuánto lo siento! —dijo su mamá.

Decidí poner mucha tierra de por medio. Mucha. Miles de kilómetros. Pensé que la lejanía me haría más fácil olvidarla. Marché a Tailandia, dos años antes de casarme con Patricia, para apagar mi sexo en los coños estrechos de las exquisitas tailandesas. Siempre me habían gustado sus rostros hieráticos y sus cuerpos infantiles. Comencé a frecuentar las casas de masaje de la Pat Pong Road de Bangkok casi todos los días en compañía de un estudiante norteamericano de Montana del que me hice amigo una vez vi todos los templos de la ciudad y visité la casa de Jim Thompson, que nada tenía que ver con el autor policíaco pero cuya vida podría dar pie a una buena novela si la contara William Somerset Maugham. Solíamos ocupar compartimientos vecinos en las casas de masaje, separados por una leve cortina, mientras las chicas nos aliviaban y escuchábamos nuestros jadeos. Esa práctica sexual resultaba muy excitante para casi todas las occidentales que la probaban, quizá por su inocuidad, por la inexistencia de penetración vaginal. Es solo un masaje, no es sexo propiamente dicho, se decían, para exonerarse los que lo practicaban, como Clinton con su carnosa becaria. Las muchachas, hermosas, delicadas, hieráticas, esfinges que solo sonreían y rehuían la palabra, me tendían en la camilla, me desnudaban con habilidad, como lo haría una enfermera, y se desprendían a continuación de los preciosos vestidos de seda salvaje que las cubrían. Era condición *sine qua non* que tuvieran los pechos duros; eran sus herramientas laborales, sus manos. Una vez desnudas se enjabonaban con profusión, de pies a cabeza, con gel, se cubrían con jabón sobre todo los pechos, y se tendían encima de mí. La muchacha reptaba con su cuerpo sobre el mío mientras yo permanecía inerte,

con los brazos abatidos, los nudillos rozando el suelo y cada vez más excitado. Empezaba pasándome los pechos por la boca, luego lo hacía por mi torso, finalmente se concentraba en mi polla que en esos momentos ya estaba dura como una roca y bramaba por meterse entre sus piernas. El frotamiento de los pezones contra mi glánde provocaba una sensación deliciosa que no duraba mucho. Me corría en sus tetas y ella seguía removiéndolas sobre mi polla, pegajosas de mi semen. Luego, si la chica me gustaba, la llevaba a mi hotel, me la follaba durante toda la noche, la intercambiaba por la que el americano había cogido. Estuve follando durante quince días para olvidar a Leticia. Me separaban mares y tierras de ella, diecisiete horas de vuelo, los cuerpos delicados de docenas de muchachas bellas como nenúfares que eran mías, el vapor del alcohol y las drogas que me anestesiaban. Pero seguía viéndola en mis sueños. Regresé en estado de *shock*. Tardé casi un mes en adaptarme de nuevo a la gris Europa.

No volví a acostarme con Leticia hasta pasados seis años y lo hice en unas circunstancias muy especiales. La vi yo, pero no me vio ella, porque no pudo. Aquello no tuvo nada que ver con esos gozosos encuentros de antaño marcados por la delirante búsqueda del placer y adobada con la explosión de los sentimientos. Fue un asunto perverso y estúpido durante la despedida de soltero de un descerebrado amigo de la época del instituto que quería decir adiós a su soltería con sexo enloquecido. A Paulino Barrabés lo había tratado luego en la universidad cuando me dio por estudiar literatura sudamericana. Era un estudiante mediocre por el que por entonces nadie daba un duro. Empezó una fructífera carrera literaria gracias a su *feeling* mediático: hablaba, hablaba y hablaba hasta perder el aliento, como un charlatán de feria. Su literatura, infame y tramposa, tenía un componente sectario que la hacía muy querida por una juventud descerebrada que lo consideraba un gurú. Se había fabricado una falsa espiritualidad a base de frases vacías y misteriosas, de consejos de relajación que daba al lector a través de las páginas de sus austeros libros —destacaban dentro del mercado por la pobreza franciscana de sus tapas, para dejar bien claro que lo importante en ellos era el contenido y no el continente— y de sus numerosas apariciones en televisión. Era el rey de la novela filosófica y de autoayuda. Públicamente daba consejos teñidos de espiritualidad, pero en la intimidad era un putero, pura carne, más o menos como todos, y si había alma dentro de aquel armazón delgado de músculos era la de un fenicio con una máquina calculadora dentro. Por esa razón, antes de casarse por la iglesia con su novia rica —y fea, en proporción a su patrimonio familiar— nos invitó a acompañarle en los desahogos sexuales que preceden a ese momento y reciben el nombre de despedida de soltero, el último desmadre antes de sentar la cabeza.

Tras el abundante alcohol de esa noche loca animada por dos *strippers* siliconadas de aspecto anglosajón —grandes pechos, buen culo, depiladas vulvas, piernas y brazos torneados en gimnasios y bocas esculpidas con colágenos— que nos pusieron a cien con los contoneos de sus caderas y un numerito lésbico de alto voltaje, mi amigo nos hizo pasar con cierto misterio a una habitación contigua escasamente iluminada. Había tres chicas completamente desnudas con los ojos tapados con vendas y las muñecas atadas a la espalda, y estaban de rodillas. Pero yo solo me fijé en una de ellas.

—Se han dejado ellas libremente, no temáis. No soy un violador. Completamente legal. Está incluido en el precio. Se llama “delicias de *bondage*”. Funciona como un *self service*, o un buffet libre —sonrió como una hiena mientras se desabotonaba el pantalón y sacaba el pene—.

Sírvanse ustedes mismos, follen la que quieran y cuantas veces aguanten, y recuerden, cuando lo hagan, al novio que mañana, tras la ceremonia, sentará cabeza.

Tuve un vuelco en el corazón. Una de aquellas mujeres era Leticia y no acertaba a entender como Paulino, que la conocía, no se había dado cuenta de ello. Resultaba inconfundible a pesar de los ojos vendados y de aquella luz rosada de tugurio de mala muerte que le salpicaba el cuerpo algo más pleno, más maduro y desbordado, pero todavía muy excitante. Estaba arrodillada, sentada sobre sus tobillos, y sonreía de forma estúpida sin vernos, bajo el antifaz, y se mostraba más excitada que asustada. Mi amigo se bajó el pantalón y se la metió en la boca sin más prolegómenos mientras los otros tomaban a las otras chicas y las sometían sexualmente a sus caprichos. Paulino Barrabés estuvo una eternidad con su polla dentro y seguro que en aquellos momentos su cerebro no le dictaba ningún precepto moral. El alcohol le impedía correrse con prontitud. La tenía arrinconada contra la pared y sus golpes de pelvis, violentos, como el de un bailarín de rock, hacían que la nuca de ella se golpeara levemente contra el estucado. Le manoseaba los pechos mientras la penetraba, una caricia que no tenía otro objeto que el de estimularse. Ella permanecía de rodillas, quieta, con la boca abierta, dejando que el pene entrara y saliera de entre sus labios y simulaba que le gustaba hacerlo. Lo hubiera matado. No lo hice, sino todo lo contrario. La follé cuando la dejó. La deseaba con demasiada intensidad para respetarla. Lo hice sin decir palabra. La tumbé en el suelo, me desnudé y me tendí sobre ella. Olía a sexo, tenía el coño lubricado de excitación, pensando quizá en sus anónimos amantes y en el placer que obtendrían de un cuerpo completamente sumiso que no podía negarles ningún capricho. Separé sus muslos y la penetré a conciencia mientras la besaba en la boca y la manoseaba. Pensé solo en mi placer, en que estaba con una puta. Me excitaba que tuviera las manos atadas a la espalda, que no pudiera resistirse, que no me conociera. Palpé las ligaduras que se clavaban en sus muñecas, sus glúteos poderosos que temblaban de excitación bajo ellas. Le besé los pechos, el cuello, la barbilla, la boca, dejando un rastro de baba en su piel. Le retorcí con brutalidad los pezones mientras eyaculaba y la oí gemir de placer bajo mi abrazo, zarandeada por un orgasmo que no era ficticio a no ser que fuera la más extraordinaria actriz. No podía creerme que no me reconociera. Solo me dijo que le había gustado mucho como le había follado, al terminar, pero que era muy silencioso. Cuando me levanté para dejar pasar a otro pensé en Borja. ¿Lo sabría? Me alegré de no ser él. Me emborraché de whisky. Terminé tirado en una cama de aquella casa de lenocinio, cubierto por mi propio vómito. A la mañana siguiente, con la resaca, todos hablaban de ella, del éxito que tuvo, de lo bien que se lo montó con todos ellos, de lo dotada que estaba para proporcionar placer sin medida a sus amantes. Tenían su número de teléfono y su nombre de guerra muy literario: Salambó. Me sorprendió agradablemente el que hubiera tomado el de una heroína de Gustave Flaubert, pero me llenó de consternación su venal actividad. Los machos evocaban fragmentos de su cuerpo como si fuera un animal despiezado en una carnicería. Tomé conciencia, mientras oía cómo se referían a ella, de mi animalidad, de mi crimen hacia ella. La había humillado, exactamente como todos, amparándome en el anonimato. Un violador que había pagado por su infamia y ella una violada que oscuramente gozaba de sus asaltantes. ¿Y Borja? ¿Lo ignoraba?

Seguí teniendo una buena relación durante años con Borja y Leticia al margen de aquel oscuro encuentro. La veía a ella cuando iba a visitar a mi amigo en la casa que tenía en la parte alta de la ciudad, y no podía quitarme de la cabeza imaginármela con la venda en los ojos y las

ligaduras en las muñecas en aquella habitación. ¿Cuándo hacía su trabajo? ¿Con qué frecuencia? ¿Cuántas despedidas de soltero había animado? ¿Qué le diría a él en las ausencias? ¿Por qué lo hacía? ¿Arrastrada por el morbosos placer de ser dominada por extraños a los que no veía o estimulada por el dinero que recibía a cambio? Me dolía el que finalmente se hubiera convertido en una prostituta.

—¿No os animáis a tener hijos?

—Leticia no quiere —dijo riendo Borja—. No quiere sucedáneos, me quiere a mí.

Seguía siendo hermosa. Vestida o desnuda la amaba secretamente. Me puse a hablar con Borja, recordando viejos tiempos, y mi mirada no podía dejar de perseguirla por la estancia. Cuando ella se sentó sobre las rodillas de su amante, buscando una caricia, un mimo, me sentí mal, herido. Fue en aquel momento que decidí buscar pareja para compartir mi vida.

Me casé. Creó que busqué lo más opuesto a Leticia. Era guapa, pero no tenía ese atractivo tan especial, la sensualidad a flor de piel. Patricia era, sobre todo, inteligente y dulce, y elegante, y delgada. Los invité a la boda, a ambos. Noté en la nuca la mirada de Leticia cuando dije el “Sí quiero” con el que sellaba la unión. El beso en la mejilla de su felicitación fue breve, frío, distante.

—Sé que serás muy feliz con ella —me dijo, mientras bailábamos.

—Y contigo.

Los primeros meses del matrimonio fueron activos, sexualmente hablando. Pasamos una maravillosa luna de miel en Bali. Patricia se plegaba a casi todos mis requerimientos con dos excepciones, la felación y la sodomización, prácticas que consideraba brutales y perversas. Pasados unos meses, me esquivaba alegando que le dolía la cabeza, que tenía la regla, que estaba cansada. No era Leticia, no era un volcán insaciable y estimulante. Ni siquiera le caía bien mi antigua amiga. Un día me pidió que le contara nuestro secreto.

—¿Qué secreto? —le dije, fingiendo ignorancia.

—Seguro que hubo algo entre vosotros tres. Lo intuyo en cuanto os veo juntos. ¿Os acostabais?

No solté prenda. Me limité a decir que Leticia había sido primero mi novia en el instituto, pero luego se enamoró de Borja.

—¿Por qué no se casan?

—Está *demodé*.

—¿Tú y yo estamos *demodés*?

Conservaba la tarjetita con su móvil y su nombre de guerra, Salambó, en un cajón cerrado con llave de mi secreter. Me tentaba llamarla. Soñaba que lo hacía y la amaba sin que ella se diera cuenta de con quién estaba. La llamé un día desde el despacho. Imposté la voz. No me reconoció. Pude ser actor de cine o de teatro, pero opté por una profesión menos interesante. Interpreté a partir de aquella llamada un papel, me creé un personaje que sería el que se viera con ese otro personaje oscuro que se había fabricado ella. Fue una conversación excitante. Le pregunté qué era capaz de hacer. Me contestó que “todo”. Luego hablamos del precio. Me pareció justo. La cité en un hotel. Le expliqué mis condiciones: la quería con una venda en los ojos y debería dejarse atar. Aceptó y subió el precio.

—¿Por qué?

—Es un riesgo que hay que ponderar. Usted puede ser un psicópata.

Le abrí la puerta de la habitación del hotel a oscuras. Ella pasó. Olía muy bien, no me refiero a su perfume, sino al cuerpo que estaba debajo de él, a su piel, al sudor que destilaba. Olía a excitación, a lubricación sexual. Se dejó desnudar a oscuras. Suspiró cuando le desabroché el sujetador y le rocé las puntas de los senos con las manos. Temblaron entre mis dedos, como si tuvieran vida propia, estremecidos. Lo mismo hizo cuando le saqué las braguitas. Se volvió, para mirarme, y yo le hice girar la cabeza. Entonces ella rio por mi temor.

—Si no te veo. ¡Con esta oscuridad! ¿Quién eres? ¿Un ministro? Soy discreta, no chantajeo. Me limito a follar y a que te lo pases muy bien y quieras repetir otro día.

Le sujeté una venda a los ojos, luego le até las muñecas al dorso con los cordones de mis zapatos. Ella permaneció de pie en medio de la habitación mientras yo me desnudaba con celeridad. Ardía de deseo por tomarla. Me acerqué y recorrí con mi polla erecta su espalda y la apetecible línea divisoria de su culo. Le había crecido, era una hermosísima redondez exultante que truncaba su espalda, pero seguía gustándome hasta el punto de morderlo. Ella suspiró cuando notó mis dientes, se le puso automáticamente la piel de gallina. Su carne ardía, su piel estaba húmeda. La llevé contra una ventana de la habitación. Era una cuarta planta. Quien pasara por la calle, si alzaba los ojos, podía ver sus pechos aplastados contra el cristal y su rostro con los ojos vendados. Tanteé sus nalgas mientras me bajaba el pantalón, las abrí, busqué su vulva, empujé, la metí toda. Luego me moví suavemente, me flexioné para que entrara mejor. El placer me vencía, las piernas me temblaban. Su coño estaba bien lubricado, se corría a mares.

—¡Está frío el cristal! —se quejó ella.

No la hice caso. Golpeé sus nalgas con mi vientre con brutalidad. Estaba presto a eyacular. Sentía como me venía, como la oleada de placer cabalgaba por el tallo endurecido y se disponía a desbordarse por la punta del glande. Iba a explotar. Iba a regar su precioso coñito con la ambrosía de mis testículos. La mordí en la nuca. La tomé por los senos, se los froté. Pegué mi pecho a su espalda. No pasaba una brizna de aire entre nosotros. Tuvimos un orgasmo al mismo tiempo. Comenzó ella a jadear ruidosamente mientras su piel se cubría con miles de gotitas de sudor y los dedos de sus manos atadas a la espalda me rascaban el estómago, sus uñas se clavaban en mi piel. Mi vientre temblaba sacudido por el placer, presa de espasmos imparables. Gemí. Era doloroso liberar el placer. Era como si un río caudaloso tuviera que desbordarse por una pequeña compuerta. Estuvo besando el cristal de aquel hotel todo lo que duró mi corrida.

—No salgas todavía, por favor. Dime alguna cosa bonita.

Así no hablaban las prostitutas. Y ella lo era en aquellos momentos para mí. No era la dulce Leticia sino la lasciva y morbosa Salambó que aceptaba ser dominada por un macho que había comprado su cuerpo durante treinta minutos.

Yo le hablaba lo justo. Me horrorizaba que pudiera reconocerme por la voz. Le dije que follaba muy bien, que me gustaría verla más veces. Dejó la marca de sus tetas en el cristal de la ventana, dos círculos en el vidrio empañado que tardaron en desaparecer. Sus pechos habían perdido la dureza y rigidez de antaño para adquirir una consistencia más maleable. El caramelo estaba en el pezón. Luego la lavé, froté su sexo en el lavabo con una esponja, dirigí el chorro de agua del bidet a su vulva, la sequé, la vestí como si fuera una muñeca.

—¿Por qué lo haces?

—Me gusta limpiarte.

—¿No me dejarás verte?

—Sufrirías una decepción —me excusé.

—¿Por qué? ¿Tienes alguna tara? ¿La cara quemada? ¿Viruela?

—Dejémoslo.

Le pagué en efectivo. Metí el dinero en su bolso. Luego la acompañé a la puerta, la desaté, desprendí el antifaz de su rostro. La habitación seguía a oscuras.

—¿No vas a besarme para despedirte?

—No te voy a besar —y la empujé fuera, por el trasero.

La situación era escabrosa. Me estaba obsesionando con ella. Creía que la había olvidado cuando opté por romper unilateralmente el triángulo, pero estaba muy equivocado, contra los dictados del corazón poco puede el cerebro, y volvía a ella de esta forma vergonzante, como un delincuente. Tenía memoria histórica de mi deseo mi cuerpo. Realmente Leticia estaba en mi cabeza a todas horas porque nunca se había ido del todo, una gloriosa presencia. Empezó a afectarme en mi vida laboral. No podía concentrarme en mi trabajo de publicista. Cada chica me parecía ella cuando tenía que hacer un *cásting* de modelos. Hasta mi esposa, cuando cerrábamos la luz del dormitorio, era ella.

—Hernán —me dijo mi jefe, tras echar un vistazo a mis últimos proyectos—. ¿Te ocurre algo?

—No. ¿Por qué?

Removía con nerviosismo el café aguado en el vaso de parafina con una cucharita de plástico. No notaba que el vaso me quemaba. Bebí un sorbo con cierta inquietud. Trabajaba con Ray, un americano de Texarkana, en aquella empresa de publicidad desde hacía diez años, cuando terminé mi carrera de audiovisuales tras dejar la literatura sudamericana que no me iba a dar dinero. Ray era un tipo bastante llano que no daba rodeos al hablar, aunque su castellano tenía un puto acento americano que no había manera de limar. Estaba casado con una negra bastante bonita que tenía un buen culo y le gustaba que se lo dijeran.

—Esto es una mierda, amigo. ¿Se te han ido las ideas? ¡Fíjate en esta campaña, la de las patatas fritas! ¡Putas penas! ¿Necesitas descansar?

Tuve que volar a Ámsterdam un fin de semana. Debía entrevistarme con los representantes de una firma de cosméticos. Me quedé bastante perplejo al ver ante mí a una bonita mujer en representación de la empresa de perfumería cuando lo que esperaba era encontrarme con un tío. Era una ejecutiva rubia y pálida, pero muy fuerte, carne de gimnasio, espíritu de fitness. Le busqué rápidamente un parecido. Con Rebeca de Mornay. La niñera de “La mano que mece la cuna” me había dejado gratamente impresionado, aunque menos que a Leonard Cohen que abandonó su vida monástica de monje budista para abrazarse a sus caderas. Klara, con K de Kafka y de Kavafis, era una hábil negociadora. Quería encargarnos una compleja campaña publicitaria a cambio de prácticamente nada. Me reventaba la gente que quiere hacer sus negocios a costa de los otros. Discutimos el precio mientras cenábamos en un Holiday Inn con vistas a uno de los canales. Mis intentos porque bebiera algo de vino resultaban infructuosos. Desconfiaba de los que no bebían alcohol, los detestaba. Leticia bebía, Patricia también. Su copa estaba llena al principio y permaneció llena al final de la velada, cuando trajeron los postres, sin haber sido besada por sus labios. Seguíamos negociando el precio de la campaña sin llegar a un acuerdo económico. Ray me había impartido instrucciones muy precisas sobre mínimos a aceptar, pero aquella ejecutiva era inflexible.

La observé con descaro. Yo llevaba media botella de vino en el estómago, un exquisito *beaujolais*, y al empezar la cena había tomado un aperitivo. Tenía una cara angulosa, que daba bien para fotografías, y un cuerpo bien dotado, macizo. Mi mirada la turbó y la excitó. Jugó con la cucharilla del postre entre los labios, mientras reinaba en la mesa un silencio cómplice. Me imaginé lo agradable que sería besarlos mientras le desabrochaba el sujetador.

—Nos vamos a levantar sin llegar a ningún acuerdo —espeté.

—Podemos seguir en mi habitación.

Su proposición me dejó helado, francamente no lo esperaba de ella. Puede que fuera divorciada, soltera o simplemente insatisfecha, que creyera que mi polla era como la de Rocco Siffredi. Acepté. Se alojaba en una preciosa suite desde la que se divisaba la destartada plaza del Damm. Corrió las cortinas. Las negociaciones seguían abiertas, pero al menos habíamos llegado al acuerdo de follar. Sin lugar a dudas yo le gustaba. Ella era del tipo nórdico, yo era mediterráneo. No se desnudó del todo, lo que me dejó frustrado. No se quitó el sujetador por mucho que insistí en verle los pechos. En eso se mostró inflexible. Tuve que contentarme con imaginármelos inmensos bajo los conos de copa de color rosa que los envolvían y levantaban. Quizá se avergonzara de ellos, porque eran demasiados grandes, o estaban surcados por estrías, o tenía los pezones hundidos, o carecía de pezones, o lucía un entramado de venillas azules que rodeaban las areolas. Tampoco me dejó tocarlos, lo que me sulfuró. Me di cuenta entonces de lo rara que era. Se sacó las braguitas en medio de la suite y tenía un hermoso coño depilado y un redondeado culo con las nalgas firmes y alzadas. Últimamente las mujeres se rasuraban el sexo como norma, les molestaba el vello, lo encontraban antiestético. Me exigió que me colocara un preservativo y no se abandonó hasta que no lo hice. Estaba por largarme. En mi vida había tropezado con una mujer tan especial, tan llena de manías.

—Te ruego que no me pongas las manos encima —fue su última imposición—. Si lo haces se termina todo.

Decidí follármela, de todas maneras. El preservativo estaba lubricado y le metí sin dificultad el pene en el coño. Me moví. Tenía un buen culo. Recordé que no lo podía tocar. Ella permanecía de pie, de espaldas a mí, ligeramente encorvada, una posición incómoda, y el único nexo entre los dos cuerpos eran los veintitantos centímetros de carne erecta que entraban y salían de su cuerpo embozados en un impermeable. Era sexo *light*, sin verdadero contacto físico, casi virtual. Como la Coca Cola *light*, el café descafeinado, la sacarina, lo políticamente correcto, la cerveza sin alcohol. Sería más cálido si me masturbara. Duré más de lo habitual. El alcohol retardaba la eyaculación tanto como el puto plástico que me impedía gozarla con mayor intensidad. Me hundí seis veces seguidas, me detuve, seguí entonces sin pausa, imaginando que me hacía con sus tetas, que le manoseaba los pezones. Colmé el preservativo, salí con cuidado, fue la única ocasión que me dejó sobar ligeramente su trasero. A todas las mujeres les da pánico que les dejes un preservativo usado dentro. Y seguimos la negociación en la habitación. Ella se envolvió en un albornoz y yo me vestí. Conseguí, sobre las tres de la mañana, que aceptara un acuerdo. Me retiré a la habitación con un fuerte dolor testicular y las hojas del contrato firmadas, y un cheque barrado que iba a ingresar al día siguiente en la primera entidad bancaria que encontrara abierta.

Después de desayunar me fui al Barrio Rojo. Tenía ganas de follar, de hacerlo más o menos decentemente, para resarcirme del sexo *light* de la noche anterior. Las calles estaban concurridas.

Habían árabes, negros, pálidos europeos que se relamían los labios. Las chicas se exhibían sonrientes tras los aparadores de sus negocios con ropa interior y saltos de cama. Abundaban las negras, las negras guapas, macizas, sensuales, de grandes bocas y buenos culos. Era difícil decidirse. Algunas cabinas tenían la cortinilla corrida y la luz roja: se estaba trabajando en el interior.

Se abrió la puerta de una de las cabinas y vi al cliente que se despedía de su prostituta con un beso en la mejilla. Me gustó el detalle por lo familiar que era. Era como la esposa que despide al marido después de servirle el desayuno. El cliente podía ser cualquier persona, un hombre de mediana edad, poco atractivo, algo grueso, felizmente casado, con niños pequeños, que follaba antes de entrar en su oficina, que quizá lo hacía todos los días para empezar con buen pie en su trabajo y ejercitar su sexo. Me gustó la chica. No di más vueltas. Entré. Era una africana que se había estirado el pelo. En el Barrio Rojo de Ámsterdam casi todas lo eran, beldades de ébano dispuestas a aliviar pollas blancas. Tenía aires de princesa senegalesa. Princesa en el Tercer Mundo, ramera en el Primero. Cerró la puerta detrás de mí y encendió la luz roja que alertaba que estaba ocupada. No había más muebles que los necesarios, una cama estrecha, a la que colocó una sábana de papel encima, un bidet portátil, un expendedor de preservativos, una luz tenue, un televisor con sesión continua de películas porno con hombres y mujeres jadeantes y fotos de muchachas negras tetudas llenando las paredes. Empecé a desnudarme mientras la miraba. Era muy negra de piel, pero sus rasgos eran suaves, hermosos, nobles. Tenía un cuerpo espléndido, de gacela, brillante. Quizá se hubiera untado con aceite para estar más hermosa. Llevaba una ropa interior blanca que aún lo parecía más en contraste con su piel. Me excitó la forma de moverse, la curva de sus caderas, el balanceo suave de sus pechos, la escultura rococó de su ombligo, la delicada manicura de sus pies descalzos de plantas blancas. Tenía ganas de hacerlo con una negra. De hecho era una de mis fantasías más recurrentes. Me pidió el dinero antes. Se lo di. Lo contó y lo guardó bajo llave en un arcón metálico. Vi muchos billetes dentro. Luego me bajó el pantalón, me hizo sentar en la cama, me abrió las piernas, se arrodilló entre ellas y tomó mi pene con su boca. Lo estuvo chupando hasta que lo tornó duro; lo consiguió de inmediato, era buena mamando, su lengua se movía con habilidad, segregaba gran cantidad de saliva. Entonces me indicó que me colocara el preservativo. Para entonces ya se había sacado el sujetador y las braguitas y me esperaba echada en la cama, desnuda, los gruesos muslos abiertos y la almohada bajo los riñones. Tenía los pechos afilados, los pezones de sus tetas negrísimos, más negro su coño. Solo sus ojos y sus dientes brillaban de forma extraña. Era una puta hermosa y me sonreía aunque en su fuero interno me estaría detestando y pidiendo a su *orixá* que me fuera al infierno. Me tendí sobre ella. Entré sin contratiempos, estaba bastante corrida o puede que, sin yo verlo, se hubiera untado el coño con vaselina. Me moví entre sus labios que parecían tener vida y se cerraban como si fuera una planta marina ante el pez que pasa a su lado. Ella sí se dejó tocar los pechos todo el rato, y el culo, y hasta besar la boca. La estuve lamiendo y besando mientras le hacía el amor. Me gustaban sus nalgas casi tanto como sus pechos. Tenía unos glúteos musculados, potentes, muy redondos, ligeramente salidos. Me corrí cuando atisé una mirada suya al reloj que había sobre una mesita. Fue agradable el orgasmo. Me estuvo acariciando el trasero mientras eyaculaba con la cabeza hundida entre sus tetas, llenándolas de baba. Tenía las manos grandes pero suaves, y los labios húmedos, blandos, dispensadores de besos agradables a los que precisamente no eran muy propensas las mujeres venales. Envolví el

preservativo en papel higiénico, lo tiré a un cesto que estaba medio lleno de ellos mientras la chica se ajustaba el sujetador de nuevo y se subía las bragas por las piernas hasta ajustárselas a las nalgas. Se dejó abrazar mientras se despedía de mí, hasta agitó ligeramente la mano antes de cerrar la puerta. Me sentí algo estúpido luego mientras salía, cruzaba un canal, esquivaba a una chica que iba en bicicleta y tomaba un tranvía que me llevaría hasta el aeropuerto. Cuando llegué a casa Patricia quería sexo. Fue un desastre.

—¿Cómo puede ser que nunca me desees? —gimió lloriqueando.

Un día Borja y Leticia nos invitaron a cenar. Hacía tiempo que no nos veíamos. Fuimos, claro, aunque a Patricia no le resultaban especialmente simpáticos mis amigos, como si intuyera lo íntimo de nuestra relación a pesar de que yo no le había contado absolutamente nada al respecto. Cenamos en el pequeño jardín del adosado que se habían comprado endeudándose con una hipoteca de por vida. Estaban muy orgullosos de sus muebles de teca indonesios y de la iluminación verde de su largo ciprés: un faro circular plantado en la tierra, junto a las caléndulas, que irradiaba una luz vegetal sobre el larguísimo tronco. Yo me callé la opinión con respecto al entarimado del suelo. El buen gusto estaba matando literalmente el planeta, los hermosos árboles de Oriente caían bajo el hacha homicida de las grandes compañías madereras para satisfacer a unos cuantos sibaritas del mobiliario de jardín. Leticia estaba guapísima, radiante. Era todo sonrisas. Llevaba un vestido etéreo, corto, que dejaba admirar sus bonitas piernas, y se ceñía perfectamente a su busto con un plisado de la tela. Demasiado sexy para una mujer con una vida sentimental aparentemente estable. Borja, en cambio, no tenía buen aspecto; estaba avejentado, como cansado, la piel de color ceniza, los ojos hundidos bajo las anticuadas gafas de concha.

—Me han ofrecido un puesto como crítico de cine en La Nación. Lo he aceptado —me dijo.

—Me alegro mucho por ti. Felicidades.

—Veré cine gratis, asistiré a festivales y hasta me pagarán por ello. ¿No es maravilloso?

—Lo es. Y eso que te olvidas de los sobornos.

Se hizo el loco. Me miró por encima de sus gafas.

—¿Qué sobornos?

—Las de las *majors* americanas para dejar de puta madre sus películas, la de las productoras españolas para lo mismo. Vamos, Borja, no vas a ir de puro y angelical. No hay una crítica libre, y eso lo sabes. Hay un montón de mierda que se estrena y recibe elogios de todos los críticos y, en cambio, buenas películas que no tienen en sus presupuestos de producción la partida para corromper a los críticos de turno pasan sin pena ni gloria. El dinero mueve el mundo de la creación.

—Me sorprende tu nihilismo.

—A mí me sorprende tu inocencia.

Me ofrecí a lavarles los platos después de la cena, lo que dejó ligeramente desconcertados a nuestros anfitriones.

—Pero si tenemos lavavajillas —apuntó Borja.

—Da igual. Me relaja fregar los platos a mano.

—Debe de ser una perversión.

No sé por qué lo hice. O sí. El agua tibia corriendo entre mis dedos era como un sedante. Ordenaba los platos, una vez los libraba del jabón, en el escurridor. Leticia llegó cuando enjuagaba la sopera que había contenido una exquisita sopa fría de manzana, yogur, pepino,

aceite y ajo, una receta propia. “La manzana es mi aportación al plato. Creo que le da una acidez y un dulzor adecuados” dijo. Estuvimos de acuerdo con ella.

—¿Cómo te va con Patricia?

—Muy bien —pero el tono de mi voz no fue capaz de transmitir el entusiasmo intrínseco de las palabras.

—¿Ya no te acuerdas de mí?

—¡Claro! —me volví y le sonreí—. ¡Cómo iba a olvidarte! Es imposible olvidar aquella época. Creo que fue la más hermosa de nuestra vida.

—La más excitante, sí. Éramos muy jóvenes. ¿Me sigues queriendo?

—Está Borja.

—Yo te sigo queriendo.

Me tomó la mano con la suya y antes de que pudiera impedirlo —no lo hubiera hecho, de todas maneras— la llevó a su pecho. Mis dedos se mantuvieron un segundo quietos, abrazando el mórbido seno que palpitaba entre ellos y traspasaba la tela. Un segundo más tarde la abrazaba y la besaba con pasión. Ella se dejó hacer y puso de su parte. Yo estaba excitado, como antes. La tocaba por debajo de la ropa, le subía el vestido con una mano mientras la otra tanteaba su trasero. Llevaba unas bragas pequeñas, elásticas, tipo tanga, que dejaron pasar con facilidad los dedos de mi mano. Bordeé su sexo, froté su vello, me unté las yemas con su humedad.

—Estamos locos —dije, recuperando la cordura, separándome de ella.

—No, no lo estamos. Ven.

La seguí como un zombi. Me excitaba el perfume de su cuerpo, que me precedía. Patricia y Borja hablaban en el jardín, ajenos a nosotros, bajo la luz de una velas aromáticas que ahuyentaban a los insectos. Subimos las escaleras del segundo piso. Nos volvimos por si nos habían visto: estaban de espaldas, paladeando sendos Cardhus, absortos en su charla. Tuve la sensación de que mi mujer coqueteaba con mi amigo. Hablaban animadamente. Leticia abrió la puerta del cuarto de baño. Entró. Yo la seguí. Colocó el pestillo y se desnudó en un corto espacio de tiempo. El vestido, las bragas con la manchita delatora de su flujo, el sujetador. Me sabía su cuerpo de memoria, aunque ahora era distinto, sin vendas, sin emboscarnos en personas interpuestas, ella y yo. Ansiaba retozar conmigo, respiraba de forma entrecortada, como en los viejos tiempos, o como cuando se transmutaba en la misteriosa Salambó que yo amaba en secreto. La besé en los labios. Fue el delirio. Tracé un dibujo húmedo por su cuerpo con mi boca, devorando cada centímetro excitado de su piel, paladeando cada poro, lamiendo cada turgencia. La besé en la ingle. Ella se abrió toda, como una flor, mientras yo encajaba mi boca en su sima. Me excitó el sabor marino de su sexo lubricado, su pesado perfume. Tuvo una corrida. Me apretó la nuca con la mano mientras sus dedos rotaron por uno de sus pechos. Yo quería devorarla, especialmente los pezones. Se endurecieron bajo mis mordiscos, desaparecieron entre mis labios. Jadeó mientras sus tetas brillaban bajo un mar de baba.

—No hay tiempo —me urgió—. Fóllame. Hazlo. Quiero que te corras, que me empapes, como antes, Hernán querido. Tu cálido semen quemándome por dentro.

Se sentó en el borde de la bañera. Yo temía que cayera dentro y se lastimara. Abrió los muslos, separó con sus dedos los labios de su sonrosada vagina que brillaba barnizada por el deseo y parecía cera que se estuviera derritiendo bajo el fuego de una llama. Me hundí en ella hasta el fondo, sin dificultad, tragado, aspirado por su sexo. Éramos una extraña pareja. Ella

desnuda y yo vestido, como una rebuscada composición fotográfica de Helmut Newton, pero sin su perversa frialdad. Mi polla entraba y salía sin descanso y ella se mordía los labios para no gemir. Su cuerpo se agitaba con las embestidas, se curvaba peligrosamente hacia atrás y los cabellos se movían sobre sus hombros, como una cortina agitada por un vendaval. No era una posición cómoda. Yo debía permanecer de rodillas, entre sus piernas, y hacer un gran esfuerzo físico para poder follarla adecuadamente. Cuestión de ángulo de entrada, como apuntaba el racional Borja a quien traicionábamos en su propia casa. Mi pene frotaba su clítoris incesantemente y ello le llevaba a un orgasmo encadenado, sin pausas. La expresión de éxtasis de su cara me excitó. Cerró los ojos, se humedeció los labios con la lengua, los abrió, se tensó su cuello mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás y la melena bailaba libremente sobre su espalda y expulsaba, entrecortadamente, el aire por la boca. Su excitación multiplicaba mi placer. Alguien, desde fuera, giró la manecilla de la puerta para entrar. Leticia tuvo un temblor, pero fue de pánico. Me golpeó con el puño en la nuca para que me detuviera. Yo no la hice caso. Ya me venía. No estaba dispuesto a salir de ella aunque me colocaran en la sien el cañón de un revolver y apretaran el gatillo o una navaja segara mi garganta. No había vuelta atrás aunque me mataran. Mi yo era sencillamente los veintitantos centímetros de carne erecta hundidos en el cuerpo de mi amada. Oímos la voz de Borja.

—¿Estás ahí, Leticia?

—Sí cariño. Ahora salgo.

Me estremeció de asombro que pudiera hablar sin el más leve temblor en la voz. La monstruosidad de aquel engaño, la levedad de aquella puerta que separaba la verdad de la mentira y que podía ser derribada de un puntapié, me excitaron. Borja hablando con su compañera sin saber que, a pocos centímetros de donde se encontraba, su amigo del alma, su medio hermano, se la estaba tirando, consumando una monstruosa traición.

—¿Y Hernán? No está en la cocina.

Fue rápida en reflejos. Mentía con facilidad. Lo mismo debía hacer cuando se transmutaba en Salambó.

—Ha ido al coche. Se había dejado las luces abiertas.

Le oímos alejarse y bajar los escalones. Me corrí entonces de golpe, como una liberación escampé mi semen en su bendito coño. Había estado aguantando todo ese rato. Fue excitante. Le empapé los muslos. Hacía meses que no tenía una eyaculación tan copiosa, era como si liberara el deseo de años en sus entrañas. Ella obtuvo simultáneamente un nuevo orgasmo. Luego me separé y me lavé en el bidet. Leticia estaba todavía como en un sueño y se tocaba, se abrazaba los pechos, se besaba los brazos, demorando el vestirse. Me miró con ojos turbios de deseo mientras yo me subía el pantalón, lo abrochaba.

—Te quiero —me dijo—. Te quiero mucho —y me tomó la mano—. ¿Por qué no vuelves con nosotros?

No contesté. Ella era la reina Ginebra engañando al rey Arturo con su amigo Lancelot. Me despreciaba a mí mismo. Reprimí mi deseo de preguntarle qué sabía de Salambó. Estaba traicionando a mi mejor amigo bajo su techo y humillaba a mi mujer con mi conducta impropia. Tuve suerte cuando salí. No encontré a Borja en las escaleras. Ni a Patricia por los pasillos de la casa. Me deslicé como un delincuente, sin ruido, andando de puntillas. Salí a la calle, cerrando la

puerta con sumo cuidado, y cuando estuve fuera me volví y llamé al timbre a continuación. Borja me abrió.

—Habías desaparecido. Te estábamos buscando.

—Las luces del coche. Leticia se dio cuenta. Me hubiera quedado sin batería.

Mentía tan bien como lo hacía ella.

A los quince días cité a Salambó en un nuevo hotel. Me reconoció la voz impostada. Dijo.

—¡Ah! El caballero anónimo que practica el *bondage*.

Esperé ansioso en la habitación. Me desnudé antes. No quería perder tiempo. No llevaba ropa interior debajo del albornoz de ducha. Me había perfumado intensamente, para evitar que su olfato me pudiera reconocer. Llegó con puntualidad. En ese detalle y en todo era extremadamente profesional. Fue el mismo rito: la luz de la habitación apagada, yo oculto en la penumbra, ella me ofreció las manos, yo le coloqué la venda de seda en los ojos después de atarla. Luego, la desnudé deslizando el vestido por su cuerpo, desabrochando su sujetador negro, bajando sus braguitas de encaje por sus generosos muslos hasta los tobillos, besando, mientras lo hacía, las parcelas de su cuerpo que descubría, tocándola sin pausas, hundiendo mis dedos ansiosos en todos y cada uno de sus orificios húmedos, las múltiples puertas del santuario de su cuerpo que me ofrecían el sinfín de placeres soñados. Me excitaba verla desvalida. Me sentía un canalla con ella y sospechaba que a Leticia esa situación le producía una morbosa excitación, la de no saber exactamente cuáles iban a ser los caprichos del anónimo amante que se disponía a poseerla.

La tomé del brazo y la guie a la cama. Me esperó anhelante. Temblaba de excitación. Tenía los labios abiertos, rojos, un carbunclo encendido, los pechos brillantes, aceitosos, agitándose con su respiración, que se deslizaban suavemente por su torso y quedaban separados, independientes. Yo tenía la certeza de que emboscándome bajo ese misterioso personaje sin nombre la gozaba doblemente, eran dos seres distintos los que disfrutaban de sus encantos. El anonimato me liberaba de cualquier responsabilidad, tener que dar explicaciones de mis actos. La acaricié suavemente los senos, el estómago, las caderas, tomando sus carnes entre mis dedos, apreciando la tersura de su piel, la morbidez de sus músculos. Empotré mi mano entre sus piernas. Estaba húmeda, como siempre. Se tensó. Se movió contra mi mano. Sonrió.

—¿No me dejarás ver nunca tu cara?

—Nunca.

Me deslicé por su cuerpo en mi afán de tocarla con cada centímetro de mi piel. Ardía de deseo. Restregué mi torso contra sus senos, froté su vientre con el mío, luego ascendí por su pecho, hacia su cabeza ciega. Ella tomó mi polla cuando la sintió sobre su cuello. Movié la cabeza y la atrapó. La estuvo chupando un buen rato, pero yo no me corría.

—¿No te gusta?

Prefería hacerle el amor. Le abrí las piernas. Un ángulo agudo que se hizo recto para ser luego obtuso y terminar en llano, como esas bailarinas que se rompían todos los tendones y aterrizaban en el suelo, con las piernas en línea recta con las nalgas, después de cruzar con un espectacular salto el escenario, una progresión en la abertura de sus muslos que obtuve venciendo su resistencia, poniendo a prueba su elasticidad. Noté que le dolía la posición. Saboreé su sufrimiento. La penetré. La tenía sujeta por los tobillos para que no cerrara los muslos, la mantenía inmóvil. Solo sus pechos se agitaban a cada golpe de mi cuerpo. Llegaba muy adentro

con la polla. Sollozaba. La golpeaba cada vez que la penetraba. El placer prevalecía sobre el dolor de la incómoda postura. Tuvo un rosario de orgasmos que aún fueron más terribles al tener que permanecer rígida. Literalmente me fundí en su sexo, apoyé todo el peso de mi cuerpo en esa uve perfecta y mágica, en ese accidente de la geografía femenina cuyos misterios continuaban fascinándome. Bombeé entonces en el abismo. Grité de placer y ella, lo noté, se sorprendió de su intensidad.

—Deseo tocarte —me dijo—. Suéltame las manos y deja que te toque.

—No puedes —le respondí.

Una tarde, cuando la llamé, se excusó y me hizo una extraña proposición que me turbó.

—Hoy no puedo. Tengo otra cita —me dijo.

El personaje que yo interpretaba se comportaba como un enloquecido celoso. Le pedí cuentas. Dudó al teléfono antes de desvelarme un secreto.

—Hoy estaré en un antiguo palacete de la zona alta —me dijo—. Podrás hacerme el amor si eres capaz de identificarme. Seré una de tantas mujeres.

—No lo entiendo.

Me lo explicó. Se trataba de una orgía multitudinaria, sexo en grupo, pero con una perversa variación: nadie sabía realmente con quien intimaba, la habitación en donde tenía lugar el encuentro debía permanecer por completo a oscuras. El anonimato absoluto era parte importante de aquel juego sexual. Un club privado de adictos al sexo que estaba abierto a nuevas incorporaciones. No había reglas y desde luego los preservativos estaban rigurosamente prohibidos, lo que lo convertía en una peligrosa ruleta rusa. Cada uno hacía lo que le pluguiera.

—Si quieres venir te puedo facilitar la dirección.

Últimamente yo tenía un comportamiento un tanto extraño y aventurero, proclive a lo sórdido. Era capaz de caminar por el filo de la navaja, siguiéndola en sus pasos hasta el borde del precipicio, y mucho me temía que si ella se lanzaba de cabeza a él yo iría después. ¿Amor u obsesión? ¿Dónde estaban los límites de mi atormentada pasión hacia ella? Descubirla en el anonimato de un ejército de cuerpos entregados al goce sexual era un ejercicio estimulante. La simple idea de actuar sin nombre y sin cara me tentaba y me preguntaba lo lejos que sería capaz de llegar. Le dije que sí. Tomé nota de la dirección y la hora. Fabriqué una excusa para Patricia: una reunión de trabajo ante una importante campaña publicitaria de una multinacional del perfume. Cogí un taxi y, mientras me dirigía a las señas indicadas, desconecté el móvil. Estuve un rato, cuando me apeé, dudando de entrar en el portal de aquella casa de principios de siglo que se alzaba en uno de los puntos más privilegiados de la ciudad y debió pertenecer a una aristocrática familia, un indiano seguramente, que labró su fortuna en Cuba, explotando negros en la caña de azúcar, y erigió ese monumento vanidoso de su riqueza, para proclamarlo a la ciudad. Una parte de mí se avergonzaba de mi comportamiento, de la serie de pasos que me habían llevado hasta allí, pero la otra me azuzaba a subir de dos en dos las escaleras y liberar mi cuerpo en esa fiesta de la promiscuidad en la que Leticia actuaría de sacerdotisa. Aún dudé, acobardado ante lo desconocido, como durante mi primera cita con la prostituta colombiana. Una chica hermosísima, con delicado aspecto de ángel, entró en el portal. Me miró al hacerlo. Yo me paseaba con cierto nerviosismo por la acera, con un cigarrillo en los labios. Devolví la mirada. Lancé la colilla al suelo. La pisé. Y entré en el portal con las manos en los bolsillos. Era

noviembre, los árboles estaban desnudos de follaje y el cielo estaba extrañamente limpio de polución.

El ascensor era decimonónico y las puertas, de acordeón, chirriaron al cerrarse. Luego, experimenté una sacudida, parecida a la que me producía esa situación, y tardé una eternidad en llegar a la planta. Ese tiempo muerto me permitió mirarme en el espejo desportillado de la cabina: seguía siendo un hombre atractivo, aunque el cabello ya no tenía la fuerza de la adolescencia y arrugas en paralelo fruncían mi frente y mi mirada había perdido la insolencia de la juventud.

Me abrió la puerta un ser extraño, un fantasma pálido que parecía sacado de una fantasía de Wes Craven. Era alto, delgado hasta marcar las costillas en el pecho desnudo y llevaba la cabeza rasurada. Se había pintado los ojos y la boca y no llevaba otra prenda que un taparrabos nimio. Parecía un *clown* inquietante. O el genio salido de una lámpara. O Nosferatu. No hablaba, era como un mimo, se expresaba con gestos de sus manos, con los alambicados movimientos de sus alargados dedos con los que era capaz de comunicar sus pensamientos, y uno de sus delgados apéndices me indicó que lo siguiera. Me guió por un pasillo largo hasta una puerta corredera blanca con tirador dorado, ornada con bajorrelieves dionisiacos, que permanecía cerrada, y ante la que había una gran alfombra de seda china sobre la que los invitados habían dejado sus ropas. En aquel improvisado guardarropía ya comenzaba la promiscuidad. Zapatos de tacón afilado sobre zapatillas deportivas; sujetadores de encaje mezclados con calzoncillos Kelvin Klein; tops de licra junto a camisetas Nike; maletines de ejecutivo haciendo compañía a bolsos de puta forrados con piel de serpiente; corbatas de seda enroscadas a braguitas de encaje. Mientras me desnudaba busqué la ropa que pudiera ser de Leticia. Vi un sujetador que se adaptaba a su pecho, unas braguitas tanga que me parecieron las que ella usaba. Desistí. Era absurdo. No llevaba nunca la misma ropa.

El *clown* mudo me repasó con sus ojos cuando me desprendí de la última prenda, lo que hice tras muchas dudas y comprobar que si no lo hacía esa puerta que iba a descorrerse y dejarme entrar en otra dimensión no se abriría. Yo llevaba un calzoncillo ajustado, tipo meyma, azul marino. Lo deslicé por mis piernas con semblante enojado al saberme observado y tuve, mientras lo hacía, un pensamiento absurdo: la próxima vez me pondría un *velcro*, como las *strippers* profesionales. No pude disimular una automática erección imaginando lo que me esperaba al otro lado de esa puerta cerrada que de un momento a otro se abriría para ofrecerme su sinfonía de sexo en la que iba a participar aportando mi propia música. Le gustaba al cancerbero, era tan innegable como que era gay: miraba con no disimulado arrobamiento mi pene excitado, duro, ligeramente alzado ya, como disponiéndose a cabalgar. Descorrió la puerta con suavidad, me hizo una ceremoniosa reverencia. Entré entonces en otra dimensión, en el de aquella ficción fabricada al margen del mundo real y corriente, en el oscuro reinado de la fantasía sexual que, saliendo de la mente, se plasmaba en la realidad.

Lo primero que advertí fue el predominante olor a sándalo en aquel territorio de la sensualidad y la música enervante, una melodía indonesia ejecutada con los instrumentos gamelán que yo ya había escuchado durante mi luna de miel en Bali. El perfume oriental apagaba el acre mejunje del sudor de los cuerpos anónimos en lidia y de los fluidos sexuales que profusamente se intercambiaban, aunados por una sinfonía de gemidos. Avancé, sorteando cuerpos tendidos que se movían, hasta que la puerta se cerró de nuevo y entonces la oscuridad

fue total. Sentí terror. Oía gemidos cerca de mí, intuía brazos y piernas enlazados, gozando de un sexo sin límites, y temía tropezar y caer sobre ellos, pero de eso se trataba precisamente, de provocar una deliberada confusión carnal y participar activamente en ella. Mi erección parcial se convirtió en total y ansié de forma salvaje saciar mi deseo con quien fuera. Un sexo húmedo y profundo que me saciara, una boca de labios carnosos, un estrecho ano o el canalillo de unos pechos endurecidos con silicona.

Me detuve, en mi lentísimo progresar, cuando mi pie tropezó con una pierna. No supe qué hacer. Subí por el muslo tembloroso y suave, barnizado de sudor, hundí la mano en un sexo licuado y advertí que ya estaba ocupado por una fuerte polla que lo perforaba como un émbolo, sin descanso. Oí una risa sorda, una voz que me decía: “Mete la mano también, no nos importa”. Me agaché tanteando con los dedos, que desde entonces se convirtieron en los ojos en aquella oscuridad total, y repté por el suelo, presto a saltar sobre el primer ser desocupado que encontrara. Pronto un cuerpo se trenzó al mío y unos labios recorrieron ardorosos mi cara para seguir un descenso vertiginoso por mi torso. Comprobó que estaba erecto. Masajeó la polla con la mano mojada con saliva y besó luego mis atributos. Me excitó muchísimo. La toqué e intenté hacerme una idea de ella. Era delgada, eso sí lo supe, de pechos pequeños que cabían en mis manos, y suponía que joven a juzgar por la suavidad de su piel, la ausencia de estrías. Buscó mi sexo con el suyo. Reía de una forma enloquecida. Se lo di. Copulamos, pero no pude correrme. Me abandonó con cierta decepción y pasó a los brazos de otro macho cuyos brazos ya le ceñían la cintura mientras se entregaba a mí. Yo estaba más asustado que excitado. Proseguí mi extraño periplo a ciegas con la esperanza de tantear el cuerpo de Leticia en aquel maremágnum de formas que se amaban en el anonimato. El jadeo de los orgasmos, el ruido de los besos, de las succiones, de la deglución del esperma, del roce de formas, de palabras obscenas, solapaba el ritmo monótono del gamelán indonesio. Me imaginaba a Leticia gozando con varios machos a la vez mientras la buscaba palpando a ciegas cuerpos femeninos desnudos estremecidos por el placer que agradecían una mano más. La promiscuidad de aquel secreto escenario me excitaba. Traté de medir la habitación. Era enorme. No había muebles, solo parquet pulido en el suelo y algunas alfombras mullidas y peludas. Intenté hacer un cálculo de los seres que disfrutaban de esa sesión de amor perverso: quizá cincuenta. Pasé por encima de dos cuerpos que se revolvían al unísono. Palpé unas nalgas sudorosas que se movían sobre un vientre sumiso, rozaron mis labios unos pechos que eran amasados por cuatro manos y cuando quise cabalgar un amplio culo, sin duda de una mujer obesa, alguien se me adelantó y hundió en él su verga levantando un gemido. Comencé a lamentar mi presencia allí. Todo el mundo estaba aparejado, todos activos; yo era la única excepción que vagaba pidiendo limosna. Fue entonces cuando sentí unos dedos que se hicieron con mi polla, tras recorrer mis piernas, y luego unos labios que la besaron. Me tumbé, dispuesto a dejármela mamar, e imaginé que quizá fuera la chica tan guapa que había visto al entrar o que quizá se tratara de la misma Leticia. Se me endureció de repente con el barniz de la saliva que extendió alrededor de la cabeza de mi pene. Mi anónima pareja era ducha en el arte de la felación y disfrutaba mucho en su actividad; acarició largo rato el glande con la lengua hasta que optó por engullirla toda. Se acomodó entre mis muslos para chupármela mejor. Aceleró el ritmo de sus cabezadas. Mi polla erecta se perdía en su boca y sus labios abiertos descendían por mi miembro hasta besar mi ingle. Me excitaba el anonimato de mi furtiva amante. Evalué, preso de la excitación, agitado, rápido, si deseaba verterme en su garganta u

optaba por follarla. Quise tocarla. Alargué la mano y palpé aquella cabeza que se agitaba entre mis muslos, gimiendo de placer con mi miembro capturado. Maldije el haberlo hecho, de inmediato. El pelo era corto, duro. El ritmo arreciaba. Mi polla palpitaba en su garganta, pese a todo. Decidí seguir en ella, no quería salir: el placer venía ya en oleadas imparables, como un maremoto, del vientre hacia el extremo del glande, estremeciendo a su paso el tallo, ajeno a mi voluntad. Mi cuerpo reinaba sobre mi sentido común. ¿Qué importancia tenía quién me satisfacía clandestinamente? Luego sentí una boca sensual lamiéndome el pecho, de otra persona, y esta vez, indudablemente, del sexo femenino puesto que sus dos pechos buscaron asentarse en mis manos. Después aquellos labios se fundieron con los míos en un beso apasionado. Abracé a la dueña de ese ósculo. Su cuerpo ardía, su piel estaba pegajosa, sus senos, encendidos de mil caricias, se escurrían entre mis dedos. Pensé en Leticia. Dije su nombre entre beso y beso. Y gemí estremecido por el placer dejando escapar el semen en aquella boca anónima que me había violado a traición. El felador había culminado su trabajo, pero seguía succionando mientras me acariciaba el vientre con sus dedos. La mujer me besaba y colocaba sus senos sobre mis manos. La estuve tocando. La conduje luego a mi sexo. Tenía una nueva erección, como si quien había efectuado la mamada hubiera dispuesto una línea de coca en el glande que provocaba ese nuevo empinamiento. Encajé a la desconocida sobre mis piernas. Ella se movió.

—¡Tócame las tetas! ¡Tócame el culo! ¡Por Dios! ¡No pares de tocarme!

Tenía las tetas grandes, blandas, como de masa de pizza, solo bonitas para ir embutidas en sujetador, pero muy sexuales en aquella tiniebla absoluta. Quizá fueran unas tetas horribles, pero me gustaba tocárselas en la oscuridad. Su culo, en cambio, era pequeño. Traté de imaginar su rostro mientras la besaba. Los labios eran delgados. Lamí su cara, su garganta. Llevaba una cadenita de oro con un crucifijo sobre los senos. Quizá fuera una chica de misa diaria que pecaba a escondidas. La chupé. Nos abrazamos gimiendo. Ella me arañó el pecho cuando sintió que me corría. Tuvo un orgasmo potente. Restregó su boca contra la mía, me hundió el índice en el ano.

—No sé quién eres —me dijo, frotando su pecho contra el mío, reacia a levantarse—. A lo mejor nos cruzamos en la calle y no sabremos que hemos estado follando. Extraño, ¿no?

—Puedes darme tu nombre y tu número de teléfono.

—No. Eso no se hace, tramposo. A lo mejor soy tu madre, o tu hermana.

—Y yo puedo ser tu padre.

—Claro. Por eso vengo.

Pasé por otros cuerpos. El sexo se esparcía en aquella mágica y oscura estancia como por vasos comunicantes. Tenía la sensación de que todos formábamos un mismo organismo, un monstruo con cincuenta penes, otras tantas vulvas y cien tetas que transmitía el placer a través de un engranaje perfecto. Fui cabalgado por dos Amazonas sudorosas que fueron alternándose hasta obtener su satisfacción, rodé abrazado a dos poderosos glúteos, duros, puro músculo, alzados y en ángulo recto con su espalda, que solo podían ser los de una mujer de raza negra, acaricié pechos vencidos por la gravedad y finalmente, agotado, me arrastré hasta una esquina y de allí a la puerta. Mi ropa estaba en su sitio y calculé que había más zapatos, sujetadores, braguitas y calzoncillos que cuando entré. El mimo misterioso me acompañó hasta la salida con una sonrisa cómplice. Cuando llegué a casa fui rápido a ducharme. Olía a flujo femenino, a colonias extremas, a mi semen. Patricia no advirtió nada extraño en mí, aunque yo juraría que estaba

cambiado, que me había adelgazado, por lo menos, un par de kilos tras aquella jornada agotadora de gimnasia sexual. ¿No lo veía o le era más cómodo ignorarlo?

—¿Cómo fue con la multinacional?

—Muy bien. Creo que firmarán. Les ha gustado mucho nuestro trabajo. Ray es un buen elemento, un vendedor de ideas —me asombraba mi rapidez para inventar, mentir, sin que se me descompusiera el gesto. Me sentía satisfecho de ello y a la vez avergonzado, como si tuviera doble personalidad, una especie de Jekyll y Hyde—. Pronto nos pondremos comprar una casa en la montaña.

No tardé en llamar a Salambó. Coqueteó conmigo a través del teléfono en cuanto supo quién era. Me dijo que estaba desnuda, que se excitaba pensando en mí, que se excitaba con sus clientes creyendo que quizá uno de ellos fuera yo. Absurdos pensamientos.

—¿Participaste en la orgía? —me preguntó en cuanto llegó.

Moví la cabeza afirmativamente. Solo la habían vendado los ojos esta vez a Leticia, o Salambó. Se desnudaba con sus propias manos en la habitación de aquel hotel en la playa, un picadero de lujo con canal pornográfico en la habitación. En el televisor el gran Rocco Siffredi hundía su más de veintitrés centímetros de polla gloriosa en un excitante coño abierto mientras otra amazona le ofrecía sus pechos y su boca. Nos llegaba el rumor de las olas y el olor del mar por la puerta de la terraza abierta. Había pasado una semana. Aún me estremecía recordándolo.

—No te oigo —liberaba sus tetas del sujetador. Clic. Los años las habían agrandado. Resultaban más maternas que sexuales. ¿Noventa o noventa y dos? Tenía una marca en una de ellas, junto al pezón, un rosetón producido por la succión violenta de unos labios. Me sentí mal al verla.

—Estuve —dije, impostando la voz de mi personaje—. Quería estar contigo.

—Pues seguramente estuviste con otra. No recuerdo haberte follado.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar tan segura de no haberlo hecho?

—Nadie lo sabe. Esa es la gracia. El no saber con quién te lo montas, el anonimato absoluto, el ignorar que a lo mejor se la chupas a un tipo asqueroso y gordo o un reprimido te encula. Hacer sexo con gente con la que nunca lo harías de no ser así, a oscuras. Es perverso. Sexo anónimo. Orificios que se prestan a ser llenados por el deseo.

—¿Con cuántos lo hiciste? —quise saber, con morbosa curiosidad.

Tardó en contestar.

—Puede que fuera una veintena. No todos se corrieron, pero todos, eso sí, estaban empalmados.

—¿Te gusta eso?

—Me divierte. El sexo me gusta. Siempre. De pequeña. ¿Qué quieres hacerme hoy? ¿Cómo puedo complacerte?

—¿No tienes pareja estable?

—No puedo tenerla si quiero disfrutar del sexo como lo hago. No soy tan cabrona como para andársela pegando a alguien. Tú sí, ¿aciertó? —dijo mientras se arrodillaba.

La amorré a mis piernas. Abrió la boca. El glande desapareció primero. Lo retuvo con la lengua. Lo estuvo acariciando un buen rato. Siguió luego con el tallo. Me excitaba verla de rodillas, mamándomela con los ojos vendados. Me excitaba la visión de mi polla desapareciendo

entre sus rojos labios entreabiertos. La cogí por la nuca. Me moví yo entonces. La dejé respirar tras una docena de acometidas. No me corría.

—Tienes una buena polla —me dijo, tocándomela, deslizando la piel hasta el límite, subrayando con la lengua el tenso frenillo que parecía a punto de romperse. Me la besó. Tuve que luchar para no tener una corrida. Me dolía el esfuerzo. Ella seguía con sus besos y sus lametones. Me la devoraba con glotonería. El glande flotaba en el mar de baba de su boca.

—¿Diferencias unas pollas de otras? —pregunté con sarcasmo.

—Puedo reconstruir a un hombre a través de su pene.

—Inténtalo —la desafié, divertido.

—Treinta y tres años. Alto. Delgado. Guapo. Clase media. Heterosexual. Casado o con novia fija. Infiel por naturaleza. Una profesión creativa que le da un buen tren de vida, que le permite pagarme. De izquierdas. Enamorado, pero no de tu esposa. ¿De quién?

Tenía treinta y tres años, en efecto, el número perfecto, en el que desearía detenerme y por ello firmar cualquier pacto con el diablo. La plenitud de la vida. El mejor momento. Era consciente de que de ahí en adelante la situación empeoraría de forma inexorable. Lo sabía por mis padres. Ya no eres un crío, pero nadie te llama todavía de usted. Dominas el cuerpo y este obedece sin sobresaltos las leyes de la naturaleza. Puedes ser todavía un atleta sexual.

Trunqué su discurso abatiendo su cabeza con una ligera presión de mis dedos en su nuca. La conduje a mi ingle. Hundí de nuevo mi polla en su boca tras un instante de jugueteo en que ella se negaba a abrir los labios y estos besaban mi glande. Me aceptó luego. Fue muy placentero. Noté que a ella le gustaba. Me moví. Me excité viendo su boca tragando mi miembro. La follé hasta el final. Toqué su garganta cuando sentí el primer espasmo. Me corrí. Oí como se ahogaba. Siguió mamándomela, agitando su cabeza entre mis muslos.

—Tienes mucho semen —se quejó.

—¿No te gusta?

Incrementamos la frecuencia de nuestros encuentros. Empecé a faltar al trabajo para estar con ella. Mentí a mi jefe diciéndole que mi esposa se encontraba mal. Mentí a mi mujer diciéndole que mi jefe me necesitaba. Me mentía a mí mismo diciéndome que dominaba la situación cuando realmente no era así, yo no era más que un pelele dominado por los turbios instintos del bajo vientre. Era una borrachera irracional, un deseo siempre insatisfecho que, lejos de aplacarse, crecía ante cada nuevo coito. No sabría decir si prefería a la morbosa Salambó que me recibía a ciegas e inerme, o a Leticia; aquella puta era su parte oscura. Y yo era un adicto a ella. La necesitaba como un chute de heroína, como los cuatro cafés que me tomaba al día y la línea de cocaína que esnifaba en el lavabo de la empresa. Pero luego, siempre, después de follar con ella me sentía un canalla.

Una tarde, antes de sodomizarla, me fijé en una marca roja y grande que tenía en la nalga derecha. La dibujé con el dedo. Ella permanecía arrodillada en el suelo, con el cuerpo convertido en una zeta de carne: la cabeza sobre los pies de la cama en la que se apoyaba, ladeada, la espalda arqueada, las nalgas ligeramente alzadas mostrándome todos sus orificios, ofreciéndomelos en una tensa y excitada espera que la hacía sudar copiosamente. Volvía a ser verano.

—¿Quién te ha hecho esto? —le pregunté colocando mi dedo sobre su magulladura.

—¿Te importa? Tú solo quieres follarme —me dijo con cierta amargura—. ¡Qué más te da que a algún cliente se le vaya la mano! Hay tipos que cuando se mueren de placer llegarían a matarme, se vuelven locos cuando eyaculan. Soy buena, míster Bondage, soy la mejor.

—¿Quién es el hijo de puta que te pone la mano encima?

—Alguien al que le gusta hacerlo y yo le dejo. Es mi cuerpo, señor cliente, y lo empleo en lo que me plazca.

—¿Por qué lo haces?

—¿Qué?

—Ser puta.

Rio.

—Hoy haces demasiadas preguntas.

—Tienes razón.

—Porque me gusta. Es una forma fácil de ganar dinero, al menos para mí, y no quiero renunciar a los privilegios de mi cuerpo mientras la naturaleza me permita servirme de él. No te imaginas lo que puedo llegar a ganar en una noche, o en un fin de semana, lo qué me piden los tíos. Los hay que me pegan, pero también que se dejan pegar. Los que me piden que me orine en su cara y abren la boca, entre mis piernas, para tragarla. Hay quien simula ser mi padre. Hay matrimonios que solo funcionan si estoy yo, yo soy la medicina para la falta de erección del marido, él se empalma conmigo y yo se lo paso a la comprensiva esposa en estado de gracia para que se corra en el lugar debido. Hay viejos a los que no se le levantan y se conforman con mirarme desnuda, mientras bailo para ellos o follo con otro. Hay quien goza observándome como me lavo en el bidet. Hay paralíticos que tienen que satisfacer de algún modo su instinto y yo soy comprensiva con ellos.

—¡No es cierto! ¡Mientes!

—¿Qué te importa?

Me hundí entre sus glúteos, con el preservativo lubricado. Me moví parsimonioso. Al principio le dolió, como siempre, se quejó. “Ten cuidado”, me dijo, “Ábrelo despacio”. “¿No disfrutas con el dolor?”, le contesté rabioso. Me deleité con mi propio espectáculo. Mi polla desaparecía en aquel pequeño agujerito en forma de estrella oscura que se dilataba para darme cabida. Me apoyé en sus nalgas. Me hundí por mi propio peso hasta juntar mi vientre a su culo. La oí gemir, esta vez de placer. Se estremeció. Me puse en pie, sin salir de ella. Arrecié las culadas. Cada uno de mis movimientos fue subrayado por un sollozo de ella. Sintió como me corría. Besé su trasero cuando salí. Le pagué más que ninguna otra vez. El dinero me quemaba los dedos. Ella se vistió y esperó dócilmente a que la liberara de la venda.

—Si un día me vuelvo y te miro, ¿a quién veré?

—A nadie —la empujé fuera de la habitación, con una cachetada.

El 11 de septiembre de 2001 nos cogió a todos con el paso cambiado. Patricia estaba en la cocina cuando me llamó para que viera lo que estaba pasando por televisión. “Una avioneta se estrelló contra una de las Torres Gemelas”. Yo entré justo cuando el otro avión impactaba limpiamente en la otra torre y se convertía en una bola de fuego. Asistimos atónitos a aquella puesta en escena. Nos olvidamos de comer. La sopa de calabaza con langostinos se enfrió en la mesa. Las escenas apocalípticas se sucedían ante nosotros a un ritmo vertiginoso. Los ejecutivos saltaban al vacío por las ventanas o recorrían las calles de Manhattan con sus maletines en la

mano bajo nubes de ceniza. Empezaron a hablar los politólogos mientras comenzaba a sospecharse que el integrismo islámico estaba detrás de la fechoría.

—Hay que cerrar filas —afirmó Patricia.

—No lo veo tan claro.

Surgieron a continuación un sinfín de interpretaciones. Hablaron de choque de civilizaciones, de civilización contra barbarie, de guerra de los mundos, de la pataleta del Tercer Mundo hacia ese Primer Mundo henchido de soberbia y despilfarrador que convertía a sus varones en esclavos y a sus hembras en prostitutas. Se llegó a decir que los servicios secretos israelíes estaban detrás de todo el asunto. Empezó una nueva época, por supuesto, con un mundo unipolar, con un gobierno radicado en Washington y una situación de vasallaje feudal de todos los estados europeos hacia el gigante americano herido. La guerra contra el terrorismo derivó luego descaradamente hacia un conflicto de geoestrategia en cuyo fondo estaba el petróleo, el control de las fuentes de recursos de medio mundo. No se habló en lenguaje críptico, sino con claro cinismo, no había derechos humanos que defender, ni agresiones que detener, ni peligros inminentes, solo había un tablero de ajedrez con un bando desarbolado que se batía en retirada y el contrario eufórico de poder, ocupando las casillas vacías.

Pasados doce meses, la guerra contra el terrorismo se había convertido en un conflicto colonial. Estábamos en el mismo lugar que hacía cien años, cuando las potencias occidentales trazaban mapas imposibles sobre el mundo sojuzgado por ellos que engendrarían las guerras del futuro, y estos nuevos mapas diseñados por el único poder del mundo iban a ser la espita de conflictos bélicos en los próximos cien años, por lo que los fabricantes de armas se estarían frotando las manos. Borja escribió un artículo irónico en La Nación. La historia se parecía a una mala película del Oeste en la que el protagonista resultaba tan deplorable como el antagonista. Tuvimos una interesante charla, una conversación inspirada por sendos habanos Montecristo y una botella de Armañac.

—Creo que el sexo está en el sustrato de este conflicto —soltó Borja, cuando iba por la segunda copa.

Lo observé con cierta perplejidad.

—Con Clinton no hubiera pasado. Clinton estaba demasiado pendiente de los labios de la Lewinsky como para preocuparle otra guerra que no tuviera que ver con el cuerpo poderoso de la becaria. Cuando se metía en el despacho Oval lo único que le importaba era ver las grandes tetas de su secretaria y correrse en su boca. Su debilidad femenina, su pecado, lo hacía encantador para Europa pero detestado en su país, para el que era un obscuro obseso sexual. Su mundo se circunscribía a la habilidad felatriz de aquella muchacha. No tenía tiempo para otros asuntos de Estado, como Kennedy, que estaba mucho más capacitado para el sexo y la política y los alternaba. Bush es distinto, es un calvinista, un justiciero, no peca, seguro que su mujer no se la chupa, y eso lo convierte en un gallo de pelea peligroso, en una caja de testosterona. Se enfrentan dos integrismos de distinto signo, uno islámico, que aborrece al cristianismo, otro cristiano, que detesta a los musulmanes. Me temo que sí tenemos choque de civilizaciones, aunque lo nieguen.

Borja tenía explicaciones delirantes con respecto al derrumbe de las Torres Gemelas.

—Esos monolitos, tan iguales al que sacara Kubrick en “2001”, eran el símbolo de la falocracia occidental. El mundo islámico nos ha emasculado, Hernán.

La desgraciada hecatombe había tenido la suerte de haber sido grabada en tiempo real y reproducida centenares de veces a lo largo de aquel año para que no olvidáramos la tragedia y preparásemos la venganza. Las tres mil víctimas del Primer Mundo habían tenido su película, aunque de terror, mientras millones de seres anónimos morían en diversas partes del mundo a consecuencia del desarrollo del Primer Mundo sin que una triste cámara de 8 milímetros grabara su agonía. La de las Torres Gemelas fue una glamurosa película *snuff* que se dio en abierto para todo el mundo, el golpe maestro del terrorismo, el asesinato en masa como una de las bellas artes desde el Holocausto judío. Eran nuestros muertos. Y nuestros muertos exigían nuevos muertos en el campo contrario como compensación. Ni yo ni Borja compartíamos semejante simplificación.

Patricia andaba extrañada de mi inapetencia sexual. Ahora era yo el que tenía jaqueca cuando se sacaba por los hombros el camisón de seda y buscaba acoplarse a mi sexo.

—¿No me deseas?

—No es eso.

—Pues ¿qué es?

—Estoy estresado. Es el trabajo. La empresa no funciona como es debido. Hay recesión y la publicidad es la primera baja. No soplan buenos vientos con ese cabrón instalado en la Casa Blanca y la bolsa por los suelos. ¿Sabes cuánto hemos perdido?

—No quiero oírlo ahora.

—Dos kilos. No sé cuántos putos euros.

—Quizá quieres que te la chupe. Nunca lo he hecho. Di. ¿Quieres?

Parecía un felino, de rodillas sobre la cama, desnuda, apoyada en las palmas de sus manos. Experimenté un vivo rechazo. Esas cosas me apetecían hacerlas con Salambó. Lo pensé mientras ella me hacía arrumacos, me acariciaba la pierna con la mano y hundía la mano en la abertura del pantalón del pijama.

—A ti no te gusta. Déjalo.

—No lo he probado. Quizá me guste. ¿No debería intentarlo? Todas lo hacen, ¿no es cierto?

—Déjalo —le dije cuando intentó besar mi miembro lánguido, acostado contra mi muslo.

Solo me excitaba con Leticia / Salambó. Se había creado una dependencia terrible de mi cuerpo hacia el de ella. Patricia no conseguía excitarme a pesar de que era bella, tenía bonita figura y me gustaba. Comencé a alejarme de ella, a dormir en camas separadas. Nuestro matrimonio naufragaba. Hubiera entendido que Patricia se hubiera echado un amante. No lo hizo. Era demasiado tradicional para hacerlo. Le horrorizaba salir de cacería, frecuentar los ambientes de ligue, entregarse a un desconocido, entrar en esa dinámica salvaje que quizá podría gustarle y engancharla de por vida.

—No me quieres.

—No es eso.

—Pues ¿qué es?

—Inapetencia.

Leía las críticas de La Nación. Borja ya recibía su sobresueldo, se dejaba corromper. Todo lo *made in U.S.A.* era soberbio. Elogiaba las películas más detestables, se aburría con el buen cine europeo tachándolo de pedante, ignoraba el cine del Tercer Mundo. Un puto corrupto, como todos los que tenían un puesto en un medio de comunicación. La información deformaba. Nunca

habíamos estado tan desinformados. El mundo enloquecía, no había ética política ni estética, entrábamos en una época de bucaneros guiados por una potencia pirata que, tras haber colonizado nuestros gustos y costumbres se disponía sencillamente a desventrar a sus súbditos. Era la naturaleza caníbal. El débil para servir de alimento al fuerte. El fuerte actuando ya sin subterfugios. No entendía al mundo. No me entendía a mí mismo. Sentía profundo asco.

Nos invitó Borja a su cumpleaños. Treinta y seis. Los años pasaban por su cuerpo a más velocidad que por el de Leticia o por el mío. Estaba muy avejentado. No había luz en sus ojos y el pelo se tornaba canoso por las sienes. Tenía el aspecto descuidado de algunos escritores que no se preocupan de su *look*. Yo estuve violento todo el rato, como el delincuente que espera ser descubierto de un momento a otro por su delito. Leticia pasaba por mi lado, me tocaba subrepticamente, me miraba a los ojos. ¿Reconocía, por fin, a su misterioso cliente del *bondage*? ¿Quién la lastimaba? Quizá fuera Borja, furioso por sus infidelidades. ¿Borja lo sabía?

Recogiendo los platos tropecé con Leticia. Volvía a insinuarse, pero yo decidí no repetir lo del otro día. ¿Día? Año, el tiempo pasaba con demasiada velocidad, el tiempo nos iba enterrando sin que nos diéramos cuenta. No debíamos tentar la suerte. Solo me apetecía tomarla desde el anonimato, en las habitaciones frías de los hoteles. Era muy hipócrita.

—Podríamos quedar en un hotel una tarde —me susurró mientras pasaba por mi lado y yo vaciaba los platos en la basura.

—Mejor lo dejamos.

—Me dejaría atar y vendar los ojos.

La miré con inquietud. ¿Lo sabía? ¿Lo había sabido desde siempre?

—¿Por qué?

—Me excita mucho la indefensión. Hay mujeres que lo hacen y yo sé que eso gusta a los hombres. Os encanta saber que domináis. Ah, por cierto, mi madre preguntó el otro día por ti.

—¿Sí?

—Dijo que le gustaría verte. Te manda saludos.

—Gracias. Recuerdos de mi parte. ¿Cómo le va?

—Se volvió a casar.

—¿Con quién?

—Con un negro jamaicano. Un muchacho estupendo. La hace muy feliz.

—James...

—¿Qué?

—No, nada. Me alegro por ella.

Fuimos la semana siguiente a la playa, los cuatro. Borja quería pagarme una antigua apuesta: juró que se gastaría una buena cantidad de dinero en una comida cuando yo encontrara a la chica de mis sueños. Jugó con ventaja, pues la chica de mis sueños la tenía él, en su cama, y lo sabía. Patricia era otra cosa, el amor burgués, quizá la seguridad hogareña, las zapatillas de cuadritos y mirar el fuego de la chimenea. Aceptamos su invitación. La playa estaba vacía. El día nublado. Patricia se bañó en un traje de baño pudibundo en un mar gris, como si se avergonzara, sin causa, de su cuerpo; Leticia llevaba un bikini minúsculo tipo tanga: le encantaba exhibirse aunque ya no fuera una jovencita. Lo primero que hice fue buscar la marca en sus nalgas. Las mostraba ambas, generosamente, enmarcadas por la diminuta prenda. La tela oscura solo cubría exclusivamente la hendidura de su pubis. No vi nada. La observé cómo se dirigía hacia el mar, con mis gafas de sol

caladas, mientras simulaba escuchar atentamente a Borja que me hablaba de situaciones políticas injustas en el mundo que clamaban al cielo y sus aportaciones pecuniarias a una ONG que actuaba contra la globalización. Asentía, sin abrir la boca, pero seguía las evoluciones de su compañera por la playa. Su trasero estaba immaculado. Se lo observé luego, más detenidamente, cuando se tumbó de espaldas, empapada por el agua del mar, brillante de sal, en la toalla, para secarse, y Borja le extendía crema protectora por los glúteos. Ni rastro de marca. Aquel detalle me inquietó, no me permitió saborear la maravillosa comida que siguió al baño.

—¿Qué opinas, Hernán?

—No sé. No estaba por lo que hablabais.

—De eso me quejo. Hablaba de por qué razón los Estados Unidos no apoyan el TPI ni suscriben los compromisos de Kioto. ¿Por qué no incluyen a USA en la lista de organizaciones terroristas peligrosas? Se están cargando el planeta, van a desaparecer no sé cuántas islas con el maldito cambio climático y ellos sin parar de contaminar y nosotros callando. ¡Puto mundo!

—Puto mundo, sí. Y tú contribuyendo a él, elogiando toda la mierda que viene del otro lado del Atlántico.

—¿Qué dices? —dijo malhumorado.

—Leo las críticas de La Nación. ¿Cuánto te pagan por cada mentira? ¿Cuesta mucho escribir lo contrario de lo que piensas? ¿Cómo se llega a ese proceso?

—No cuesta nada, amigo. Soy sincero. Escribo lo que pienso. El cine europeo no va a sobrevivir, y el cine del Tercer Mundo solo lo ven integristas tipo Jean Luc Godard. El cine es espectáculo e industria.

—Creía que era arte fundamentalmente.

Tras otro nuevo baño Leticia y Patricia regresaron a la arena: ansiaban broncearse. Quedé a solas con Borja. Pidió un par de cigarros habanos al camarero: Romeo y Julieta. Fumamos ante sendos vasos de whisky Cardhus tras guardar las vitolas. Veíamos, desde la mesa, a nuestras mujeres tumbadas en la arena. Leticia hacía *topless*. Patricia, finalmente, había optado por enrollar su casto traje de baño sobre su cintura y ofrecía sus pechos al sol.

—Es muy atractiva Patricia —murmuró Borja, tras exhalar una columna de humo—. Tuviste un excelente gusto.

—No es Leticia —dejé escapar, sin reflexionar, traicionado por mi subconsciente.

—¿La sigues queriendo? Nunca lo entendí, Hernán. Fuiste tú quién se fue dejándome el campo libre para actuar. Ella nos amaba a ambos, era nuestra novia. Nos hubiera dado todo su amor, se hubiera entregado en cuerpo y alma. El tres sigue siendo un buen número, un número mágico.

—Porque la quería con toda mi alma, pero la quería solo para mí. Era cuestión de resistencia. Vencería el más fuerte. Yo no podía soportar ya verla entre tus brazos. La deseaba en exclusiva.

—Quizá la tengas.

—¿Por qué?

—No creo que viva mucho. En ese caso quiero que Leticia sea tu amante. Pero está Patricia. Lo has complicado todo con tu boda.

—Estás delirando. ¿Qué historia es esta de que no vas a vivir mucho? ¿Te gusta dramatizar?

—No. No dramatizo. Me viene a la cabeza cuando hicimos el amor con ella por primera vez, ¿te acuerdas? No nos lo creíamos. Nos parecía imposible que ella aceptara. Se presentó como

una diosa, hollando con sus pies la arena, con su espléndido cuerpo. Imagino que actuamos con torpeza, que nos corrimos antes de tiempo. Pero el placer fue inenarrable. Aún lo recuerdo. Y lo vivo.

—Fue el mejor coito.

—No hubo otro igual —suspiró Borja embozándose con el humo del cigarrillo.

—Bueno, tampoco estuvo mal en Calasalobra.

—Estábamos muy borrachos.

—La enculé mientras te follaba. Fue muy excitante verla herida por los dos penes.

—Me ofende que hables así de mi mujer.

—¿Cómo te va con ella?

—Bien. ¿Por qué? Tenemos nuestras crisis, nuestros cabreos, nuestras salidas de tono, como todo el mundo. A veces desaparece, pero luego vuelve con más ganas.

Me propuse dejar de ver a Salambó definitivamente cuando Patricia quedó embarazada, un suceso que vino a salvar nuestro deteriorado matrimonio. Aquel germen de vida que vi danzando dentro de su vientre en la pantalla de la ecografía me dijo que debía cambiar mi vida, centrarme en ser un buen padre y un fiel esposo. Me despedí de mi amante venal con una sesión de sexo triste. Ella presumió mi estado de ánimo al primer contacto. La abrazaba con menos pasión, me demoraba en correrme, estaba más cariñoso, menos sexual, mis labios recorrían sus párpados mientras levitaba sobre su cuerpo, sin dejarme caer del todo, sin estrujarlo.

—¿Te ocurre algo? ¿Por qué no entras?

—Nada.

Me levanté y la dejé en la cama. Me senté en una butaca de la habitación y prendí un cigarrillo. La estuve observando un buen rato con los ojos empañados. Era perfecta. La misma generosa curva de su perfil de pie que cuando estaba echada. Los pechos le caían suavemente por los costados, ya no apuntaban orgullosos al techo de la habitación, como cuando tenía dieciocho años recién cumplidos y toda ella estaba en estado de gracia, exultante. Observé otros detalles de su cuerpo que mi apetito sexual por ella habían solapado y convertido en accesorios. Se le marcaba con nitidez la clavícula que formaba una hermosa paralela con sus hombros. Hasta me gustaron sus brazos. Me gustaba todo de ella, absolutamente, hasta el más íntimo detalle, hasta el rincón más sórdido. Veía, mientras saboreaba aquel cuerpo con los ojos, al adolescente imberbe que había sido, retozando con intensidad en su cuerpo generoso y tomando lecciones de él. Leticia había sido un servicio social, una prodigiosa maestra de iniciación sexual para dos adolescentes deseosos de calmar la llamada de la carne. Pronto los años ajarían la belleza de sus formas y las arrugas ensombrecerían su rostro, sería otra, dejaría de ser una muchacha lozana para ser una mujer madura, menos bella, menos atractiva y sexual. La muerte de la mariposa, su breve reinado de belleza. La naturaleza era infinitamente más perversa con las mujeres, a las que hacía bellísimas para luego, bruscamente, quitarles ese don gratuito de un día para otro, que con los hombres, cuyo declive no era tan espectacular porque nunca habían sido especialmente hermosos. Envejecer era patético y de mal gusto. Comprendí por qué Marilyn Monroe se había suicidado: no quería ninguna fotografía de su decadencia. Los suicidas eran los más radicales rebeldes.

Ella esperaba inquieta sin entender mucho lo que ocurría. Movié la cabeza. Quizá temiera que la hubiera dejado sola, que hubiera marchado de la habitación y la camarera la descubriera a

la mañana siguiente al ir a hacer la cama en esa comprometida situación. Pero podía oler el humo del cigarrillo que perfumaba la estancia.

—¿Qué fumas?

—Un cigarrillo.

—¿Qué marca?

—Un cigarrillo turco. Lo compré en Estambul. ¿No has estado nunca allí? Es un país de hermosas muchachas, chicas de serrallo, odaliscas de cuerpos sinuosos.

—¿No quieres hacerme el amor?

Entonces me levanté y la amé con la conciencia de que quizá fuera la última vez. Fui un corcel vigoroso espoleando cada rincón de su cuerpo. Arranqué gemidos, risas compulsivas y sollozos. Mugí sobre su pecho, muy abrazado. Por un momento pasó por mi mente matarla. Matándola sería mía para siempre. Pensé en hacerlo durante el orgasmo, ceñir con determinación su cuello con mis manos y apretar hasta quebrarlo. El sexo era un poco morir, la muerte dulce y violenta al mismo tiempo, el paroxismo exacerbado de los sentidos, el instante en que el cuerpo se separa de la mente, escapa a su control, se sumerge en la más excitante animalidad. Eyaculé. Sentí sus pechos endureciéndose bajo mi torso y su vientre temblando bajo mi peso mientras me recibía. Permanecí un rato, presionando su ingle, frotando su vello con el mío. Luego salí de ella lentamente y descansé mi polla lánguida y húmeda sobre su pubis. Un río blanco de semen brotaba de su bonita raja y recorría su muslo, el precioso licor de mi amor por ella, la expresión física y líquida de mi deseo, el ámbar de la vida y el placer. Se secó con un extremo de la sábana, a ciegas, en cuanto la liberé de sus ataduras. La besé en los labios. Permanecí una eternidad haciéndolo mientras ella temblaba debajo de mí, aturdida por mis efusiones y me pasaba sus manos por la nuca.

—¿Me quieres?

No contesté. ¿A quién le estaba haciendo la pregunta? ¿A míster Bondage o a Hernán? Instintivamente deslicé mi mano por su nalga derecha: noté el surco. Lo tenía. Pero no en la playa. Me volvía loco.

—Ya cura —me dijo—. El próximo mes no lo notarás.

—¿No vas a dejarlo nunca?

—¿El qué? ¿Acostarme con tíos por dinero? Si a ti te gusta, ¿por qué iba a dejarlo?

Dejé de acostarme con ella. Ni cuando murió Borja y ella me confesó que hubiera preferido tenerme a mí compartiendo su vida y que lloró tanto por mi ausencia como lo hacía en aquel momento ante el cadáver de mi amigo. Demasiado tarde. No le confesé que estuvo conmigo sin saberlo. Me pareció una mezquindad por mi parte hacerlo. No estaba orgulloso de mis hazañas. O quizá incurriera en una ridiculez suprema si ella ya lo sabía y fingía ignorarlo. ¿O yo tampoco era míster Bondage? Tuve otras muchas amantes, porque el sexo me hacía sentirme vivo, era un excelente engaño ante el paso turbador de los años, y las busqué diferentes, porque no deseaba recordar ni sus rostros ni sus cuerpos, pero nunca nadie se aproximó a Leticia ni ninguno de esos abrazos eróticos y festivos por las camas de aquellas mujeres se acercó, ni de lejos, a aquella extraña intensidad que alcancé entre sus brazos. Convertí el sexo en un ejercicio compulsivo. Pechos pequeños como manzanas, grandes como la cabeza, duros, blancos, desparramados, siliconados, redondos, apepinados, moldeables, de pezones pequeños, de grandes rosetones, morenos, negros como la noche, pálidos como las sábanas que los arropaban, sexos angostos,

amplios, velludos, depilados, decorados con una simple tilde de vello púbico, de pelo rojo, rubio, negro, lacio o rizado, poderosas nalgas de negra, culos de mora, nalgas delgadas, redondas, cinturas de avispa, generosos muslos, anchos labios de africana de la región de los lagos, ojos oblicuos de inocente oriental, la mirada centelleante de las muchachas árabes, la belleza exquisita de las rubias rusas. Después de cada coito venal, tras desbordar mi placer en aquellos sexos comprados para la ocasión, me invadía la infinita tristeza de no estar con ella. Nos vestíamos en medio de un culpable silencio, ya nada teníamos que decirnos al margen de lo que habían expresado los cuerpos. La magia desaparecía en cuanto el deseo se desbordaba. Luego me sobrevenía la tristeza, infinita.

No he vuelto a ver Leticia desde que Borja nos abandonó. Prefiero vivir de su hermoso recuerdo. Hay una foto imborrable de Leticia que tengo en mi cabeza y según la cual ella sigue siendo perfecta, el más bello rostro sobre un cuerpo sin mácula, el canon de un artista del Renacimiento. Es la instantánea que nunca hicimos porque nos pensábamos que ni íbamos a envejecer y menos morir. He intentado borrar a Salambó de mi mente al mismo tiempo que a Leticia, he olvidado el teléfono que me dieron en una cartulina. No quiero despertar de mi sueño. Y sueño constantemente. Cada vez duermo más. A veces me paso los fines de semana en la cama, sin salir de ella, y Patricia cree que se trata de pereza.

—¿En qué piensas, cariño?

—En nada.

—¿Llevarás a Paulina este domingo al Zoo?

—Claro.

Paulina tiene siete años y será una mujer bonita cuando crezca. No creo que la deje salir con nadie.

—¿Por qué no me quieres?

—¿Qué?

—Lo has oído. Ya no me quieres. Quizá nunca me has querido.

—No seas tonta, cariño.

—Soy tonta, soy tonta.

Tempus delectare

Topé con ella, sorpresivamente, en una fiesta que dio el escritor de libros espirituales e iniciáticos para inaugurar la vivienda que se había comprado con los *royalties* de sus libros. La mentecatez era global y acababan de traducirlo en los Estados Unidos y en Rusia al mismo tiempo. Aquel estúpido se creía un discípulo de Salinger o Hesse cuando no era más que un mercachifle sin estilo, un estafador de idiotas adulado por el éxito. Los críticos que lo detestaban habían terminado por amarlo. El gran Paulino Barrabés. Fui porque me prometió bebida y sexo y porque mi nombre aún figuraba en la agenda de su ordenador. Me dijo que fuera solo, lo recalcó. Caí en lo que podía encontrar.

Se había divorciado y allí estaban, agasajándole, su club de lectoras acérrimas, las que compraban cualquiera de sus veintitantos libros sin advertir que todos eran el mismo libro, la misma pamema. Entonces la distinguí en una esquina de la habitación en donde se desarrollaba el guateque, solitaria. Ya no era ninguna chica, pero seguía teniendo un contorno de cuerpo excitante, prevalecían las curvas sobre las rectas, no había perdido ese aire felino y seguro que tenían sus movimientos al andar. Me vio la cara. Y yo la suya. Habían pasado siete años desde la última vez. Fingí que no la conocía, y tan esmerada fue mi actuación que debí convencerla de que yo era otro. Fue ella la que se aproximó a pedirme fuego. Lo hizo para probarme. Llevaba un vestido ceñido negro cuyo escote pronunciado mostraba con orgullo el canalillo de sus senos al juntarse, un triángulo de carne trémula y apetecible pese a haber perdido las turgencias de la juventud. Prendí su cigarrillo sin que me temblara el pulso. Luego fuimos a una habitación a acostarnos. Fue un coito brutal. Lo hicimos callando nuestros nombres, nos despedimos como dos absolutos desconocidos, sin un beso, sin ni siquiera rozarnos la mano, rehuendo las miradas. ¿Tanto había cambiado yo?

Volví a caer en sus redes. Pese a mis propósitos que me había hecho de no frecuentarla, lo cierto es que seguí llamándola y viéndola, y amándola, por supuesto, pero ya nunca fui para ella Hernán sino el estrambótico caballero del *bondage*, el hombre oscuro y sin rostro que la sometía a sus caprichos sexuales, y ella Salambó. Mis encuentros clandestinos con ella duraron muchos años, porque mi pasión era incombustible. Una vez al mes tenía lugar la excitante cita y abrazándola y ciñéndola por la cintura imaginaba que me sentía más vivo, que era el hombre más feliz de la Tierra. Era falso. Todo era falso, como las vendas, como las ataduras, como mi sobrenombre, como su nombre de guerra, como el escritor de *best-sellers* iniciáticos. La llamaba por teléfono y Leticia, transmutada en Salambó, me reconocía y, cuando acudía a mis citas, — nunca el mismo hotel— seguía a rajatabla mis normas: no mirarme nunca a la cara, no preguntar,

dejarse hacer el amor. Yo prefería hacerlo con una vieja conocida que tentar el sexo joven de una desconocida. Quizá fuera temor, conservadurismo, aburguesamiento. La amaba todavía y había algo familiar en nuestra relación que la hacía cómoda. Yo no precisaba competir y ella era sencillamente una puta que me daba placer sin pedir nada a cambio salvo dinero. Eso me eximía de la obligación de hacerla gozar. Una relación fácil, sin aspavientos, reproches ni compromisos. Ya simplemente veneraba su carne.

—¿No preferirías hacerlo con otra más joven?

—No.

—No lo entiendo. ¿Por qué? Llevamos años acostándonos. Eres mi cliente más duradero.

—La comodidad del hábito.

—Sin embargo, no sé quién eres. Ya sé que no eres ningún ministro. Ninguno dura tanto en su cargo. Quizá un banquero.

Los años, cómo no, pasaban factura a su físico, pero pese a todo se mostraban benignos, respetuosos con su cuerpo. Sus formas se desbordaban con cierta ligereza no exenta de encanto, la fuerza de la gravedad tiraba de sus antaño lozanos pechos, que seguían siendo hermosísimos, el culo empezaba a caer sin perder su elasticidad ni el encantador bamboleo y la piel ya no era la de una adolescente pero seguía siendo agradable al tacto, sustento de su plenitud. Solo su sexo resumaba la misma vitalidad, se mostraba joven. Yo tampoco era lo que había sido y me preguntaba, cuando me miraba en los espejos, mientras me desnudaba y descubría con frialdad mis carnes, en qué momento preciso empecé a envejecer, cuando se inició ese imparable declive. ¿Los treinta y tres años? ¿La edad que tenía Jesucristo al ser crucificado? No, mucho más tarde, los cuarenta y cinco. Pero con nuestros cuerpos envejecidos, nuestros achaques y nuestras heridas seguíamos disfrutando de una forma enfermiza de placer sexual acorde con la maduración de nuestro físico y cada coito, con la dosis de violencia brutal que conllevaba, se me antojaba un paso más hacia el deceso que daba sin arrepentirme de ello. El conocimiento íntimo y completo de nuestros cuerpos —podía enumerar el número exacto de pecas de su espalda, la forma precisa de sus pezones, la rugosidad de los labios exteriores de su sexo, la disposición de su vello púbico, la curiosa forma de los dedos meñiques de sus pies, las plieguecitos que se intuían en sus ojos, bajo la venda, las arruguitas que fruncían sus labios— nos hacía gozar de forma plena. Éramos un magnífico ejemplo de que el vigor sexual se mantiene con los años si la llama no se apaga, si se ejercita, si existe un estímulo para ello.

Cierto día, paseando, encontré a un viejo amigo de la universidad, Paco Gómez. Me reconoció a pesar de mi depauperado aspecto. Por aquel entonces mi salud se encontraba muy resentida y salía muy poco de casa. Mi hija Paulina, a pesar de mis deseos, se había ido a vivir con un pintor bohemio no bien cumplió los dieciocho años y Patricia casi nunca estaba en casa, me detestaba por pasadas infidelidades que había ido descubriendo a lo largo de todos estos años y amenazaba con abandonarme. Yo llevaba francamente mal la soledad y si no fuera por el estímulo de la cita con Leticia —ya no nos veíamos todos los meses, sino cada seis, mi respuesta física ante sus encantos no tenía la vehemencia de la juventud, mi corazón no lo hubiera resistido — creo que no valdría la pena seguir viviendo. Había pensado en el gas, muchas veces, o en dar un volantazo al coche, en una curva, y forzar la caída por un barranco. Cualquier excusa para no reunirme con la secta de las batas blancas.

—¡Hernán! ¿Me conoces?

Tampoco él estaba lozano. Un compendio de arrugas, canas, michelines y una ostentosa cojera. Nos sentamos a tomar café en un local aséptico —las viejas cafeterías habían sido sacrificadas en la ciudad en aras de establecimientos clónicos cuyas paredes estaban limpias de humos— mientras hablábamos de nuestro pasado común y empezábamos a enumerar a los conocidos que ya nos habían abandonado, que ya casi igualaban en número a los supervivientes.

—¿Te enteraste de lo de Leticia?

Me puse tenso, en guardia. Tomé un sorbo de café mientras buscaba en el bolsillo de la americana un cigarrillo.

—¿Qué ocurre con Leticia? —le pregunté mientras encendía el pitillo y vomitaba una voluta circular de humo.

Temí que me dijera que había descubierto que se dedicaba a la prostitución, que él también disfrutaba de sus esmerados y sofisticados servicios eróticos.

—Sabes que murió, ¿no? Me enteré de su muerte leyendo el periódico. ¿No lo sabías? Se había casado, cuando perdió a Borja, con un hombre de negocios adinerado con la idea de sobrevivirle, supongo, pero no fue así. ¡Pobre chica! La nota necrológica indicaba la iglesia en donde tendrían lugar las honras fúnebres y la hora. Pero no fui. Me dolió mucho. —Se detuvo a mirarme y al verme la expresión de la cara se excusó—. Creía que ya lo sabías. Perdona, chico.

Notó que me temblaba el pulso y creyó que era de dolor por la noticia. Me dolía. Pero más me inquietaba. Hice una pregunta, retorcido de temor por la respuesta.

—¿Cuándo murió? —deseé con vehemencia que me dijera que hacía un mes, dos, tres o cuatro, no más de seis.

—Por lo menos hace cinco años. Lo siento. No debí decírtelo. Había algo entre vosotros, ¿no?

Regresé a casa confuso. Mi amigo tenía que estar forzosamente equivocado, pero yo no le podía decir que me estaba acostando con ella y que la última vez había sido hacía seis meses. Sonaba a tenebroso, a fantasía de Lovecraft. Me abstuve de llamar a Salambó. Hubiera sido un sistema de salir de dudas, desvelar mi identidad y ella, la suya, poniendo las cartas sobre la mesa. Opté por un procedimiento lento y engorroso. Fui a la hemeroteca y durante más de veinte días estuve hojeando los periódicos de cinco años atrás buscando en las necrológicas, convencido de que no encontraría aquella esquela de la que me habló mi viejo amigo, que este chocheaba y la mente le había jugado una mala pasada. Pero la vi. Me calé las gafas de cerca y seguí con el dedo el texto repitiéndolo mentalmente para mis adentros, con creciente incredulidad. Allí figuraban el nombre y los apellidos de mi amada, hablaban de una larga y penosa enfermedad e indicaban el día y la hora del funeral. Estuve largas horas leyendo una y otra vez la esquela hasta que cerraron la hemeroteca y regresé a casa con la sensación de que me habían vaciado por dentro y no era más que un espantajo disecado. Patricia notó mi estado de ansiedad y le mentí de forma convincente: maté a otro amigo de la infancia en vez de a mi amada Leticia.

—Tienes la cena en la nevera —me dijo, con desafección—. Calientala en el microondas. Yo me voy a la cama.

Aquella noche lloré en silencio en el sofá de la salita mientras buscaba consuelo en una botella de whisky Chivas y veía el sucio amanecer por los cristales de la terraza. Leticia solo engañó a Borja conmigo una sola vez, en su casa. ¿Quién era entonces la Leticia que se prestaba a dejarse atar y vendar los ojos? ¿Una impostora? ¿Una clónica? ¿Con quién me había estado

acostando durante todos estos años y había puesto en juego toda mi vida? ¿Me había estado engañando imaginando que una experta prostituta era ella?

Tuve una mala idea días más tarde. Estaba solo en casa y no conseguía concentrarme en un libro de Borges que releía, imagino, que por última vez, con la premura de saberme ya en la recta final y con la angustia de ver tantos libros en los anaqueles y tan poco tiempo para leerlos. Orillaba los setenta y el mundo se había convertido en algo plano y detestable que no me importaba abandonar. El libro hablaba, precisamente, de un tema querido por él, presente en casi toda su obra literaria: la impostura. Todos éramos impostores, impostores a sabiendas, tan impostores que finalmente ignorábamos quién éramos. Me levanté y marqué el teléfono de Salambó. Estuve rezando para que lo cogiera. Descolgó entonces ella el auricular y contestó. No era la voz de una chica joven.

—¿Diga?

—¿Salambó?

—¿Quién llama?

—Soy el anónimo del *bondage*.

—Cambiate la voz. ¿Me quieres ver? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Qué me harás?

Enmudecí. Estaba llorando.

—Pero, ¿qué te pasa?

—Nada. Que me alegro mucho de oírte, Leticia.

No lo desmintió.

—Ok. Seré Leticia para ti. ¡Mira que sois raros los tíos!

Morituri

Tuve la mejor muerte posible, la muerte soñada. Ni inhalación de gas ni politraumatismo. Morí en una cama, pero no fue en la de un hospital a manos de la odiosa secta de las batas blancas, martirizado en mi agonía por un entramado de tubos y violado por jeringuillas. Leticia, o Salambó —¡qué más da ya ahora!— fue mi dulcísimo verdugo. No una muerte huesuda, con guadaña, boca desdentada y manto polvoriento, sino una muerte hecha carne sinuosa, de sonrisa dulce y entrañas húmedas. Ya no le ataba las manos, las necesitaba libres para que me acariciaran y excitaran cada rincón de mi cuerpo. Estaba bella y exultante con su venda en los ojos, el cuerpo redondeado por una grasa bien distribuida sentado a horcajadas sobre mi estómago, sus rodillas clavadas en mis ijares, balanceándose suavemente sobre mí. Entraba una vez más en su maravillosa gruta húmeda y gozaba de forma indescriptible de su hospitalidad. Pude detenerla, colocando mis manos en sus caderas, parando su movimiento, aquella rítmica flexión que me hacía entrar y salir de ella; no lo hice. No podía detenerme ni detenerla. Como cuando la amé en la bañera y Borja llamaba a la puerta y yo, lejos de parar, arrecié mis movimientos. La insensata llamada de la carne. Coloqué mis manos sobre sus nalgas saltarinas que caían sobre mi vientre como relámpagos de carne. Sudaban profusamente y se escurrían. Brillaban como grandes perlas nacaradas. El sudor que le resbalaba por la espalda y se concentraba en dos pequeños hoyuelos en su trasero y luego se desbordaba formando una película pegajosa que se fundía con el flujo de su sexo. El amor era calor, sudor, fluidos, aliento, una apoteosis de todo lo físico. “Sigue, sigue, sigue” gemí, pese a saber que me mataba. Un vahído que ella no apreció. Dos enormes aspas removían el aire pesado sobre nuestras cabezas en la habitación de aquel motel habilitado para picadero en medio de ninguna parte. Ella ya no paraba, absorta en obtener su orgasmo, implacable amazona de mi sexo, los labios abiertos, la lengua desbocada entre ellos, las puntas de sus pezones erizadas de excitación, las tetas agitándose con movimientos precisos, afirmativos, del cuello a la cintura. La sacerdotisa del amor sacrificándose en el ara del lecho venal. La mantis dando cuenta del macho durante la cópula.

Mi corazón ya no fue capaz de asimilar tanto placer y en un momento determinado, en mitad de aquella apasionada efusión amorosa, sencillamente se detuvo coincidiendo con un hermoso clímax, el último, el mejor por ser el más reciente. Mi polla rendía su último fluido al maravilloso coño que la había estimulado. El pene bombeando mientras el corazón dejaba de hacerlo. El corazón latiendo solo en aquellos centímetros de carne convulsa que me vinculaban a mi amante. No salí de ella y su cuerpo aún siguió cabalgándome y yo viéndola como una

valquiria de pechos saltarines que me arrancaba la vida. Luego se detuvo, asustada al comprobar mi falta de respuesta, la inercia de mis manos resbalando por sus formas, sin tomarlas, cayendo sobre la cama, la inmovilidad de mis muslos, la quietud de mi vientre y escuché, muy lejanos, sus gritos mientras la veía, ya por última vez, cruzar la habitación, desnuda y llena de mí, en busca de auxilio. Esa es la última imagen, la imagen congelada en mi retina a falta de fotografías, la imagen que voy a ver hasta que arda en las llamas del tanatorio y sea definitivamente polvo y Patricia me aventé en la montaña rechinando sus dientes de rabia porque no morí en sus brazos y lo hice en cama ajena. Un hermoso y carnal cuerpo desnudo huyendo bajo el vano de la puerta, el más hermoso lienzo, el desnudo soñado. Una turbulencia, un vendaval de formas. Su precioso culo de melocotón y su espalda pecosa sobre la que ondea, como una bandera, el oro de su cabellera. El cuerpo lujurioso de Leticia.

FIN



JOSÉ LUIS MUÑOZ JIMENO (Salamanca, 1951). Escritor y articulista español. Cursó estudios de Filología Románica en la Universidad de Barcelona.

Ha escrito artículos de opinión en los periódicos *El Sol*, *El Independiente*, *El Observador* y *El Periódico*, así como *dossiers* en las revistas *GQ*, *DT*, *Interviú*, *Penthouse* y *Cinemanía*.

Escribe desde el año 2000 en su blog *La soledad del corredor de fondo*, reseñas literarias y cinematográficas, así como crítica social.

Sus novelas han sido traducidas al francés, italiano, checo y búlgaro y han sido elogiadas por Luis García Berlanga, Manuel Vázquez Montalbán, la RAI, medios de comunicación franceses, así como de las revistas *Qué Leer*, el suplemento *Culturas* de *La Vanguardia*, el blog de literatura *La Tormenta en un Vaso*, *La Biblioteca Imaginaria*, *Anika entre libros*, *Llegir en cas d'incendi*, entre otros, y han sido citadas por el *New York Times*.

En la actualidad, colabora con artículos de opinión, reseñas literarias y cinematográficas en una serie de medios digitales: *El Cotidiano*, *Entretanto Magazine*, *Culturamas*, *Otro lunes*, *Suburbano Miami*, *El Destilador Cultural*, *Narrativas*, *Letralia*, *Calibre 38* y *Literatura Abierta*.

Es el director de las colecciones de novela policial *La Orilla Negra* y *Sed de Mal*, y director de las antologías hispanoargentinas *Juramento Negro* y *El origen del mundo*. Organiza como comisario el festival cultural *Black Mountain Bossòst* desde el 2017, que se celebra en esa localidad del Valle de Arán (Lérida). Director y fundador de la organización *Lee o Muere*, y de las actividades culturales de *Els dijous de Mercantic*, en Sant Cugat (Barcelona).

Sus libros publicados, entre otros, son *El cadáver bajo el jardín* (1987), *Barcelona negra* (1987), *Los ojos ajenos* (1988), *El Barroco* (1988), *Serás gaviota* (1989), *La casa del sueño* (1989), *La*

lanzadora de cuchillos (1989), *Pubis de vello rojo* (1990), *Mala hierba* (1992), *El final feliz* (1993), *La malformación de R. Melic* (1994), *La precipitación* (1999), *Una historia china* (2000), *Lifting* (2001), *Guanahaní* (2001), *Fuerte Navidad* (2002), *Caribe* (2002), *El sabor de su piel* (2004), *Lluvia de níquel* (2004), *Los ritos ajenos* (2005), *Último caso del inspector Rodríguez Pachón* (2005), *Viajeros de sí mismos* (2006), *La caraqueña del Maní* (2007), *El mal absoluto* (2008), *El corazón de Yacaré* (2009) y *La mujer ígnea y otros relatos oscuros*.

Está en posesión de algunos de los premios más prestigiosos del panorama literario español como son el Tigre Juan, Azorín, Café Gijón, La Sonrisa Vertical y Camilo José Cela, entre otros.